



EL OJO ILUSTRADO



Número 341

1º Marzo - 1906

G.A. SEMPARE

SUMARIO

TEXTO

	PÁGINAS
G. Martínez Sierra.....La tristeza del Quijote.....	164
A. Arvelo Larriva.....Miro el río.....	166
José Santos Chocano.....{ Blasón.....	168
.....{ El idilio de los cóndores.....	168
Enis M. Urbaneja Achelpohl.....Tiempos difíciles.....	168
Rufino Blanco Fombona.....Un matrimonio feliz, [Las dos razas].....	172
Fed. Henríquez y Carvajal.....Alma de poeta.....	175
Samuel Darío Maldonado.....A la faz de un problema.....	176
Amado Nervo.....Ruego.....	180
Carlos Paz García.....Los puñales de la risa.....	180
Felipe Tejera.....Cristóbal L. Mendoza.....	182
Juan D'Sola.....El 41.....	182
P. Arismendi B.Amor platónico.....	182
Enis Correa.....En silencio.....	183
Mark Twain.....El Arca de Noé.....	183
Alejandro Cármas.....Crónica.....	184
W. Jacobs.....La mano de mono.....	185

VIDA LITERARIA

Jesús Semprún.....Bibliografía.....	186
Samuel Darío Maldonado.....Letras impresas: Carta á Herrera Irigoyen.....	187

La Dirección.....{ Suelos Editoriales.....	189
.....{ Explicación de los grabados.....	190

SECCION RECREATIVA

Casas nobles fundadas por comerciantes.—Cómo mueren los soberanos.—Granizo de colores.—La cámara de oro del Sultán.—Hacer crecer al hierro.—Gente que se viste al estilo del siglo XVI.—Los cigarros más caros del mundo.....	190 á 194
Anuncios.....	

GRABADOS

Geoffroy: Una visita.....	163
Siebel: Tiempo de rosas.....	165
Bodelinstein: Perfumes de estío.....	167
El peso del niño.....	169
Gérome: Rembrand en su taller.....	170
Julius Kronberg: Cleopatra.....	171
A. Langhard: Visión de primavera.....	173
Palacio del Luxemburgo: Cámara de María de Médicis.....	175
Armand-Dumaresq: Declaración de la Independencia de los Estados Unidos.—Philadelphia, 4 de Julio de 1776.....	177
H. Mosler: Museo del Luxemburgo, El retorno.....	179
Una garganta del Sierro.....	181
Sahara argelino: Una caravana.....	183
Sahara argelino: Una calle.....	185
Panamá: Parque central.....	187
Panamá: Hospital Ancón y la capital de la zona del canal.....	189

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XV

1º DE MARZO DE 1906

Nº 341

PRECIO

Suscripción mensual.....B 4
Un número suelto.....B 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

Empresa El Cojo - Caracas - Venezuela

EDICION QUINCENAL

Dirección: J. M. Herrera Irigoyen & Ca.
Este 4-Número 11
Caracas - Venezuela

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



GEOFFROY: Una visita



LA TRISTEZA DEL QUIJOTE (*)



El libro maravilloso duerme en la estantería entre una vieja Historia de Francia y un tomo de versos donde están las églogas de Garcilaso. ¿Cuánto tiempo hace que no descubren á nadie su secreto las páginas amarillentas; cuánto que ojos humanos no contemplan los vetustos grabados en madera en que está retratada la triste figura del hidalgo manchego? Pero un rapaz de apenas nueve años ha entrado en la estancia; tiene el rostro risueño y los ojos llenos

de curiosidad. Impetuosamente llega á la estantería, se apodera del libro y comienza á leer. Y con la lectura se va despertando una nueva vida en el espíritu del lector, y en sus ojos se enciende una calentura. Va leyendo aprisa y soñando más aprisa que lee; y la historia del generoso loco á quien la cuerda realidad va moliendo á palos y puñadas y á quien el desencanto sigue como la sombra al cuerpo, no entrístete su corazón; ni tampoco le mueve á reír la cómica tragedia: es que su alma recién nacida se ha fundido con el alma loca del buen hidalgo, y va siguiendo las malaventuradas aventuras subido en ancas del mismo Rocinante, mirando la vida por los ojos mismos de don Quijote; y para él también es la venta castillo, y son furibundos gigantes los molinos de viento, y es bella y es princesa Maritornes, y es Dulcinea la sin par fermosura, y son granos de perlas los granos de trigo tocados por sus manos. Este rapaz lector ha nacido también en la llanura castellana; el sol de esos calurosos días de julio, en uno de los cuales quiso Cervantes que acaeciese la primera salida de don Quijote, ha puesto en su cerebro ardorosa semilla de quimeras; la luz perlina de las noches de estío —como la de esa noche memorable en que veló sus armas el novel caballero— ha dado alas de luna á su corazón; y por ello ha podido acoger como suyas las quimeras aladas del que —andando tiempos y desdichas— había de llamarse Caballero de la Triste Figura; y así no siente melancolía cuando el héroe cae á los villanos golpes de un mozo de mulas, ni cuando los yangüeses lo apalean, ni cuando un arriero le bruma las costillas, ni cuando desalmados galeotes le apedrean; que por encima de la mala suerte está el sueño de oro, y la fantasía hecha corazón—para los niños y para los locos— aureola con lumbre de gloria el más lamentable vencimiento.

El niño y el loco son desde aquella hora grandes amigos; el niño y el loco caminan juntos por el Campo de Montiel, bajo la pesadumbre del sol, sin sentirla, y juntos, lanza en

mano, arremeten contra el ejército de Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana, y abren á un tiempo los maravillosos ojos cuando malas artes y encantamientos truecan el ejército en rebaño, y los tajos y mandobles gloriosos en ruín apedreamiento; y juntos se entran por las fragosidades de la Sierra Morena, más intrincadas y fragosas para su desatada imaginación, y juntos hacen versos y dan suspiros y sueñan con castísimos amores ¿á Dulcinea? á la hermosa de lo desconocido, de lo remoto, á la belleza oculta, que es norte y vida y lumbre y luz de amanecer para las almas que están amaneciendo.

Pero ¡ay de mí! que ya es de día, ya es casi medio día en la vida del alma de aquel rapaz que montó en Clavileño con los ojos cerrados, y creyó que volaba por las nubes. ¿Qué ha sido de aquella su amistad con la flor y espejo de la andante caballería? ¿Usóla el tiempo? ¿Quebráronla los años? No, por cierto; el tiempo la ha arraigado y fortalecido; pero al hacerse vieja la dulce unión de almas, de maravillada se ha vuelto melancólica, y cuando torna á leer el Quijote, quien antaño vibraba de entusiasmo, hoy se conmueve de tristeza. ¿Por qué? Porque ahora sabe ya que su héroe estaba loco; y si los poetas siguen diciéndole que «para los locos es el sendero» la vida, la amarga vida le dice á gritos que siempre en el sendero se encuentra con los cuerdos el loco, y que los cuerdos tienen siempre en la mano la piedra que hiera, y la risa que insulta en la boca.

¡La risa! Hay quien se rie leyendo el Quijote; hay quien se regocija ruidosamente cuando da en tierra, armado de todas sus menguadas armas, el menguado cuerpo del buen caballero, consumido por el poco dormir y el mucho leer; hay quien celebra su hambre con carcajadas y su molimiento y su desnudez, y aun aquella tan honda tristeza ante los puntos de sus medias verdes, en una clara noche de verano, junto á la reja abierta sobre un jardín ducal, mientras le van llegando, junto con el aroma de las flores y la fresca musical de las fuentes, los versos de aquella Altisidora que le mienten amor....

¿Es posible? Reír, reírse de un héroe tan sin ventura, de un héroe doliente, de un héroe que es pobre y que va para viejo....—Yo se lo diré—respondió Sancho—porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva áquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamás he visto.—Y esta mala figura, esta lamentable figura ¿ha de hacernos reír? ¿Acaso porque es noble? ¿O por desventurada? ¿O porque es como el símbolo de toda espiritual fortaleza? Sí; que fuerte es el alma de don Quijote, con ciega fortaleza de predestinación. Vedle; va por el mundo como iluminado y como poeta, con los ojos clavados en la visión maravillosa que trueca para él todo lo que existe á vida nueva y á ser soberano: él va por el mundo: su mirar está sobre la tierra; pero hé aquí que la tierra para él es sólo su alma, y en su alma no hay miseria, ni fango, ni tristeza por la sangre vertida; en su alma hay pompa caballeresca y principesca gala femenil y espiritual galantería y amores limpios y músicas y

aromas de ámbar y orientales esencias: hay victorias y gestos arrogantes y apostura de eterna juventud. Y eternamente joven, en su rocín flaco y maltrecho, por sobre el campo de Montiel—cielo implacable, llanura inacabable y árida—va soñando el alma y va el cuerpo tendiendo su lamentable sombra sobre la llanura.

¡Qué triste es la tristeza á la cruda, luz del medio día! Al sol de julio, la pobreza es más pobre y la vejez más vieja y el desamparo más desamparado; el polvo se posa sobre las arrugas del rostro y las ennegrece y ahonda; el sudor baña la cansada frente y enturbia los ojos; el moño de las armas escandalosamente muestra su lepra herido por la luz meridiana; y Rocinante esfuerza su andar penoso y lento, y los hierros de la armadura vieja crujen como gimiendo. ¿A qué aventuras vas, soñador tardío? ¿Qué glorias pretendes lograr, tú que has despertado al llamamiento juvenil del heroísmo y del amor en el umbral mismo de la vejez? ¿No sientes en el ánimo la pesadumbre de la carne marchita, y sobre los ardores del cerebro la nieve de las canas? Mira la vida en torno tuyo, la vida árida y parda—vestida de sayal, como el llano por sobre el cual caminas.—Oyeme, loco; detente, loco; sublime loco razonador, escucha cómo los que aún conservan la razón que perdiste, de ti se rien, de ti se burlan al ver cómo pagas con dolor de tu cuerpo y daño de tu bolsa lo que osó tu alma, nido de quimeras: porque los cuerdos, loco, no tienen piedad, los cuerdos no saben compadecer y han olvidado mucho antes que tú entrases por los caminos de la locura, las sendas de la misericordia.

Pero el loco hidalgo no quiere oír, y el alma que fué antaño su ideal y entusiasta compañera, no atreviéndose á caminar con él, se sienta á la orilla del camino, y le va siguiendo con los ojos, y siente envidia de sus andanzas y peregrinaciones. Como madre que mira combatir al hijo—siempre los tristes á quienes amamos son algo como hijos de nuestro corazón—le está mirando, y á cada golpe planea, y de cada desventura se duele, y exclama, pensando en todos los sueños que andan zaheridos por la tierra: ¿Por qué no tiene el mundo más caridad?

Nadie la tuvo con el pobre hidalgo, nadie, ni el padre que en idea y en palabra le engendró. Para D. Quijote fué cruel el destino; fueron crueles los hombres y las horas, fué cruel más que todos Cervantes, y de ahí la peculiarísima tristeza de esta historia.

Hay en los libros tristes diferentes maneras de melancolía, y el matiz de ella depende de cómo el autor sienta las desventuras de sus héroes, siéndoles amigo ó enemigo, blando, indiferente ó riguroso. Hay desdichadas historias en las cuales el autor toma parte por el desventurado: su compasión le envuelve como manto y caricia, y el llanto de su corazón es bálsamo para las heridas, y entonces la tristeza que de la historia nace es dulcemente emocionada; lloramos, sin duda, los dolores del héroe, pero sentimos compiacencia en llorar, y nos parece que el héroe mismo no quisiera por toda la alegría del mundo renunciar á la augusta prerrogativa de su dolor. Estas son las obras que lla-

(*) Este bello artículo que nos ha remitido para *El Corzo Ilustrado* el notable escritor D. Gregorio Martínez Sierra, forma parte de su libro *Motivos*, próximo á publicarse.



SICHEL - Tiempo de rosas

mamos románticas, tales *Werther*, *Otelo* y *Romeo y Julieta* y la dulce y trágica *Genoveva* de Lamartine. Tristeza de melancolía. Esta es la tristeza de los libros de versos, porque el poeta, cantor de los dolores de su propio espíritu, nunca á sí mismo se desampara y siente para su dolor compasión femenina, porque todo poeta que lo es de veras tiene en el alma algo de mujer.

Otras veces el alma del narrador se esconde; él cuenta cómo acaecieron tales desventuras, cómo tales dolores y tales llagas vulneraron cuerpos y corazones: nos habla de la angustia y del sollozo; pero él no solloza ni muestra padecer: los héroes están solos, frente á frente con su mala ventura: así Shakespeare hace que pase ante nosotros la tragedia de Hamlet, así cuenta la Biblia los dolores de Job y narra el Evangelio la Pasión de Cristo, diciendo: "Pasó", "El dolor ha pasado" ó "Mirad cómo pasan el dolor y la dicha". Y entonces la tristeza que sentimos leyendo el libro ú oyendo la tragedia es de desamparo, y el llanto que dejamos caer sobre las páginas es amargo y no tiene consuelo, porque lloramos frente á la soledad: bien quisiéramos alcanzar con los brazos á sostener al que desamparado está padeciendo, ¡y no podemos! ¡y no alcanzamos! que el narrador ha puesto entre aquel dolor y esta emoción nuestra el abismo de su silenciosa impersonalidad: ¡y Cristo llora solo, y suda sangre en el jardín de los Olivos!

En otras dolorosas historias el autor es cruel: su corazón, como dejándose vencer por el intelecto, parece tomar armas contra el héroe—que entonces es como nunca sin ventura.—Las desdichas llegan como traídas por mano sabia,

refinadamente y encadenadamente: bien se ve entonces cómo es el brazo del autor el que mueve el azote, y bien se oye cómo complacido en la perfección de su trama, apartándose un tanto del flagelado y escarnecido, acaso se ríe, y ayuda en sus burlas á los que burlan de él. Modelo de estos libros es el *Quijote*: Cervantes, con impasibilidad abrumadora, va prolijamente dejando caer palos y piedras, vilezas é inmundicias sobre el caballero bien molido y mal andante. En toda la primera parte de la historia no hay un solo momento de piedad: la vuelta lamentable de aquella primera salida, con el cuerpo maltrecho y el romance en los labios; molinos de viento, mozos de mulas, yangüeses cobardes, innumerables trabajos en la venta fatídica, miedo y corrimiento junto á los batanes, penitencia en la Sierra, golpes de Cardenio, encantamiento ruin: y vuelta enferma y triste. ¿Y quién para compadecer tanto mal? Nadie. Cervantes ha alejado el amor de su héroe. Ama y sobrina lamentan el desvarío de su tío y señor con indignación egoísta, y en sus duelos va siempre el propio interés por delante; socarrones el cura y el barbero y nada conscientes de la suprema dignidad de un hombre sólo por serlo y de la máxima reverencia que se debe al alma cuando es niña ó es loca ó está soñando, burlanse del hidalgo y procuran su vuelta á la cordura con más bellaquería que compasión, y se rien del dolor de su cuerpo; Sansón el bachiller, que de su desvarío quiere sacarle á golpes, no sabe perdonarle por desvariado los que de él recibe y busca venganza y la logra cruel, ya que es tanta la melancolía que el vencimiento causa á D. Quijote, que trae por la mano la muerte. Cruels son las burlas de los duques con toda su aparente cor-

tesía, crueles y desagradecidos cuantos de D. Quijote reciben favor, crueles hasta en la hora de morir, cuando á pesar del duelo y á pesar de la sombra de la muerte, "con todo—dice la implacable historia—comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza", por amor de la herencia. Amarga es la tristeza que la muerte del buen caballero deja en el corazón de quien la lee. ¿De qué murió? "Fué el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan". ¿Cómo murió? "Morir cuerdo y vivir loco" escribe en su epitafio el bachiller. ¿Hay más desconsoladora melancolía? Morir cuerdo, después de haber vivido loco. Hay ciertamente para morir con sólo despertar á la razón después de haber vivido la radiante y musical locura épica; hay para morir viéndose flaco y viejo quien se creyó galán y valeroso, viéndose pecador—él juzga su locura pecado—quien se soñó espejo de limpia excelsitud, viéndose sin amores el que fué enamorado de Dulcinea. ¿Y cómo soporta el desengaño del alma y el acabamiento de la vida aquel espíritu que fué noble hasta el punto de guardar la más alta nobleza en el desvarío, pues no eligió en el mundo del ensueño—para él abierto de par en par—papel de emperador y camino de flores y ley del propio gusto, sino vida de caballero andante y senda de trabajos y ley de inagotable caridad? Dice su historiador hablando de la revelación siempre tremenda: "Oyólo D. Quijote con ánimo sosegado". ¡Muerte, como su vida, de poeta! Alma templada á golpe como acero, en pie estás tú si el cuerpo que animaste, rendido á la enfermedad y la desventura, yace en el lecho precursor de la tierra y del sudario; en pie estás, lanza en ristre, aguardando á la muer-

te—último encantador—para vencerla con la inmortalidad. “Y así dió su espíritu, quiero decir—dice Cervantes—que se murió”. ¿No os parece esta frase, cortada de ritmo, comenzada con afectación retórica y traída de golpe en mitad del camino á términos vulgares, no os parece digo, una última y cruel carcajada, un supremo desdén del historiador al historiado? Yo de mí sé decir que es una puñalada de amargura. Porque así es la tristeza de este libro admirable; la tristeza de todos los libros en los que como en él se ensaña el narrador contra el héroe malaventurado: amarga y rebelde. ¿No sentís una calentura de ira ante esta persistencia de la mala suerte? ¿No os bulle la sangre, atropellada y generosa, contra todos, sucesos y personas, cuantos á D. Quijote hicieron mal? Y más que contra todos contra aquéllos que pretendieron y lograron quitarle su locura, única razón de su existencia, despojar para él la visión de la vida y del mundo del sortilegio, del velo mágico, de la niebla de oro que se los hacía apetecibles y deleitables. ¿No pensáis como yo que el primer deber de todo hombre para con las almas de sus hermanos es conservarles la que Ibsen llama *mentira vital*? ¿Tenemos derecho á poner nuestra mano sobre una ilusión? ¿Acaso podemos ni debemos llegarnos al misterio de cualquier humano pensamiento sino con reverencia temerosa? ¿Acaso sabemos con qué voz habla la verdad? ¿Quién ha venido á revelarnos la razón de la sinrazón? Cada alma es un templo, porque allí donde existe un misterio él á sí propio se levanta un altar: pasemos sin quemar incienso, si es que nuestra razón no nos deja creer; pero nunca derribemos el ara, que tal vez sobre el ara está el espíritu, y ¡ay del que peca contra el espíritu!

El misterio está en derredor nuestro como el aire, y como el aire para la vida, así es él alimento indispensable para esta otra vida interior, sin la cual la del cuerpo es harto menguada y despreciable: el misterio está en todo, y nosotros inconscientemente nos acogemos á él y le celebramos siempre que intentamos celebrar alguna de las cosas que nos parecen bellas y respetables. Así, hablamos con amor de la inocencia de la niñez y respetamos los entusiasmos de la infancia y sus arrebatadas rapsodias y los vuelos de su fantasía hacia el mundo de lo maravilloso, y nos detenemos con respeto ante el mirar, á un tiempo profundo y vago, *vidente*, pudiéramos decir, de los ojos de un niño ó ante la inmotivada sonrisa de otro niño que está durmiendo. El misterio es quien hace para nosotros todo esto respetable y sagrado, quien pone en aquélla mirada una suprema significación y un sentido alto en aquella sonrisa.—¿Qué ves, qué sabes?—quisiéramos decir al niño que mira ó que duerme—¿por qué jardín ó por qué senderos está vagando tu alma, cuya visión así cuaja tus ojos y hace sonreír tus labios? Misterio: y por serlo, hermosura. Por el misterio nos conmueven las voces lejanas, y las músicas oídas acaso, y que no sabemos de dónde vienen; por el misterio de su ritmo, que es como voz que hablase en lenguaje desconocido, nos hablan al alma—que en todas las lenguas es maestra—el són del agua y el gemir del aire y el canto de los pájaros entre las ramas de los árboles, que también á su modo cantan ó gimen; por el misterio nos sobrecoge con melancolía el caer de la tarde y el ir llegando de la noche, puesto ya el sol, misterio no presente, sino heredado de los días pueriles de la humanidad, cuando ignorante de toda ciencia el hombre temblaba ante las sombras creyéndolas figura ó símbolo del mal; por su misterio amamos la luz silenciosa de la luna, y gustan los que no son

poetas de escuchar versos, que también les suenan á bello lenguaje desconocido; por el misterio amamos la esperanza del amor más que el amor logrado, y soñamos con lo futuro y nos dejamos acariciar por lo que fué presente y ya es pasado, cuando el recuerdo esfuma las crudezas de lo real, amable y misteriosamente; por su misterio jamás desvelado amamos la vida, y por el suyo temeroso estamos enamorados de la muerte, «la inexplorada región—dice Hamlet—de la cual ningún viajero retorna.» Porque misterio no essino otro nombre de poesía, y la poesía es la madre y la amiga y la arrulladora de todo humano corazón.

Misterio fué y poesía para D. Quijote, bajo la enramada de profusos castaños, el sonar del agua de aquel arroyo de los batanes que de lo alto con espumas se despeñaba; misterio y poesía tan intensos que llegaron á infundirle pavor; por eso es gran crueldad la de su destino que, valiéndose de la luz del alba, le muestra su engaño, y cómo los rumores y temerosos golpes vienen de los plebeyos mazos.» «Miróle Sancho, y vió que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido.» Y esta confusión de D. Quijote, es suceso amargo y lástima digna de ser llorada, bien que Sancho ante ella—nueva amargura sobre el amargo de la desilusión—sólo acierta á reír. «Miró también D. Quijote á Sancho, y vióle que tenía los carrillos hinchados y la boca llena de risa.»

Poesía y misterio es para el caballero soñador la sigilosa entrada de Maritornes, á la hora propicia al amor, en el camaranchón donde maltrecho yace; poesía el trasnochado aliento y los ojos tiernos y los cabellos como crines de la fregona, merced al misterio con que la noche misericordiosa los envuelve; y por ello es crueldad no menos grande el despertar villano y el candilazo del cuadrillero sobre la frente ensoñadora. Fingidas pastoras halla D. Quijote en fingida Arcadia; preso en el misterio de sus redes y de su cortesía, quiere no menos cortesmente sustentar su hermosura á los cuatro vientos de un camino real; y por ser la empresa de tan placida y señorial poesía es más cruel el cruelísimo desenlace. «Cuando esperaba—dice el una vez más asendereado caballero—cuando esperaba palmas, triunfos y coronas granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acecado y molido de los pies de animales inmundos y soeces.» Y á tal pena le lleva su desventura, que dice luego; «... de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes.» Si no hubiera en el mundo—pudiera muy bien haberse respondido á sí mismo el infeliz hidalgo—muerte de melancolía. Y así desde que el libro empieza hasta que da fin.

Ahora bien: amando el lector sobremanera á D. Quijote y viéndole tan mal tratado de quien imaginó su historia ¿no ha de sentir cierto rencoroso desvío hacia el creador implacable? No; este es otro milagro de la maravillosa invención: no sé por qué magia ó por cuál sortilegio la persona de Cervantes se confunde para el que lee y se hace una con la de D. Quijote; acaso contribuye á esta ilusión el saber, como todos sabemos, que la vida de Cervantes fué también pobre y melancólica, que padeció también tristeza, desnudez, hambre, prisión, mercedes de grandes y desdenes de necios; acaso sea parte á este espiritual hermanamiento el que su figura se nos aparezca, como la de su héroe, á las puertas mismas de la vejez, con la amargura de la decadencia del cuerpo sobre la lozanía del alma inmortal; de otros artistas, de otros grandes ó célebres ó por cualquier modo ilustres varones, podemos fantasear la juventud; los vemos en la

gloria de sus años mozos, en la hora de la esperanza, con los ojos encandilados, la frente serena y los labios entreabiertos con risa esperando el manjar de la buena ventura: á Cervantes, viejo le vemos siempre, manco le amamos, tanto suena á la posteridad su pobreza como su ingenio; por la lisonja cancelada de sus dedicatorias corre el amargor de la limosna recibida; lo que de su hogar ha dejado venir hasta nosotros el paso de los tiempos, más que gloria de amores es niebla de resignación; las mujeres que rodean al soñador son nobles mujeres llenas de abnegación, rezadoras y silenciosas, heroica y melancólicamente avenidas á vivir á la sombra gris de un ideal que no entienden, y del cual sólo se les alcanzan los sinsabores esculpidos á arrugas en la frente del marido, del hermano, del padre aún más respetado que querido.

Por todo este gris que envuelve su vida, acaso es Cervantes hermano de su D. Quijote; acaso es D. Quijote mismo: como sobre la aridez de la Mancha el espejismo de las andantes caballerías, sobre el yermo de la vida pobre el espejismo de la belleza y la visión del arte. Cervantes, bien sumido en sus desdichas, se complace en afligir con ellas á un hijo de su pensamiento, y ahonda y revuelve en la llaga con desesperada complacencia.

Caballero triste, y vos, no menos triste engendrador de su triste figura, de la mano vais pasando por los siglos, aureolados de una misma gloria, en la memoria de las gentes; por las inacabables aventuras que ambos soñasteis, por las heridas que ambos recibisteis, por Dulcinea á quien los dos amasteis, por las palabras peregrinas que uno y otro supisteis decir, sufrid que un soñador de estos tiempos ponga un instante el gozo de su sueño á vuestros pies, y que deshoje para vosotros las rosas alegres de su corazón, regadas por hoy—en reverencia de vuestra melancolía—con rocío de lágrimas.

G. MARTINEZ SIERRA.

Madrid.

MIRO EL RIO...

Pura Alejandra Curias.

Sobre el río, donde ríela
Diana, el disco de oro fino,
teje un bote en su camino
los encajes de la estela.

En su rumbo, no ladino
se desliza. Rauda vuela
con el ala de la vela,
ala tímida de lino.

Oh paisaje de acuarela
de algún álbum femenino!
Taciturna, mi alma vela.

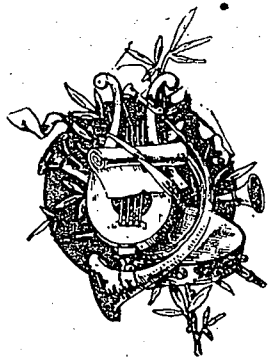
Tú le brindas el divino
vago encanto que ella anhela
y la embriaga como un vino!

A. ARVELO LARRIVA.

Cárcel de Ciudad Bolívar.



BODEINSTEIN : Perfumes de estio



BLASÓN

(De "Alma América")

Soy el cantor de América autóctono y salvaje:
mi lira tiene un alma, mi canto un ideal.
Mi verso no se mece colgado de un ramaje
con un vaivén pausado de hamaca tropical....

Cuando me siento inca, le rindo vasallaje
al Sol, que me da el cetro de su poder real;
cuando me siento hispano y evoco el Colonaje,
parecen mis estrofas trompetas de cristal.

Mi fantasía viene de un abolengo moro:
los Andes son de plata, pero el León de oro;
y las dos castas fundo con épico fragor.

La sangre es española é incaico es el latido;
¡y de no ser Poeta, quizás yo hubiese sido
un blanco Aventurero ó un indio Emperador!



EL IDILIO DE LOS CÓNDORES

(De "Alma América")

Como si fuese en pedestal de plata,
en un témpano enorme, en cuya frente
se desespera el Sol, un grupo alado
bulle, sobre la abrupta escalinata
de los Andes.

El cóndor, que se siente
junto de su hembra, un ala enamorado
tiende sobre ella en forma de abanico,
la oprime con vigor á su costado
y en el trémulo moño húndela el pico.
¡Es el amor!

El viento se desata
cual se desata un lazo. Nubarrones
pasan en fugitivos escuadrones,
como una fabulosa cabalgata...
El señor de los Andes, que fulmina
su mirada de cólera hasta el hondo
valle que hay á sus plantas, adivina
la tempestad que se insinúa: inclina
la señorial cabeza; y, en redondo,
veinte leguas domina
de tierras desdobladas en el fondo...

Y el cóndor ve los campos, que parecen
telas tijereteadas por los ríos;
y las llanuras, á sus ojos, crecen
cubiertas de pintados sembradíos:

la cañada... el cafeto... Allí, una ruina;
más allá, un humo de ondulante sombra:
á veces, el perfil de una colina,
que en la tierra aplanada se adivina
como un zurcido en opulenta alfombra...

Y el cóndor va arrastrando la mirada
hacia el atrevimiento de su cumbre:
la selva le parece muchedumbre,
que va, de una quebrada á otra quebrada,
en escalonamiento portentoso,
en el que todo monte es una grada
y todo abismo un salto de coloso.

Luego, ya no ve selva. La pelada
roca, musculatura en carne viva,
se contrae en un impetu nervioso:
lánzase á la altitud, en superpuertas
arrugas cual de frente pensativa,
hasta turbar, con el fragor vidrioso
que se estremece en las plateadas crestas,
el mudo terciopelo del reposo...

¡Ah! Y el cóndor miró, como en un sueño,
que, desde allí, desde el rastrero llano,
se desprendió la audacia de un empeño
á sojuzgar las cúspides. No en vano
hasta la cumbre sola
en que el cóndor está, férrea serpiente
fué arrastrándose, en círculo ascendente,
como queriendo ensortijar su cola.

¡El tren!... En donde el pájaro salvaje
imperó sin rival, ya el tren impera.
El, soberbio, sacude su plumaje;
invita á su amorosa compañera;
y rompe el vuelo: entonces, de soslayo,
lanza al tren su mirada, á la manera
de un nubarrón que descargase un rayo...
¡Un rayo! Otro después...

Y nube obscura
rodeó el picacho y ensayó un estruendo.
¡Qué lobreguez en derredor!

La pura
limpiez de la nieve iba saliendo
de esa nube, cual de una sepultura;
porque esa nube, en derredor, sombría,
cubrió la tierra y se ensanchó en la altura:
sólo el picacho, en la mitad, se erguía.

El cóndor y la hembra, en sus amores,
rasgaron el azul, viendo á sus plantas
la tempestad, que envuelta en resplandores,
tiene el delirio de las iras santas;
y escucharon del trueno el estampido,
mientras caía el agua en los regazos
de las profundas selvas, con el ruido
de una cristalería hecha pedazos...

Y se amaron así: sobre los vientos
suspendidos los dos. ¡Eran dos vidas
y una palpitación; ó dos alientos
y un óbscuro de amor! Las dos figuras
simulaban dos breves carabelas;
pero, al batir las alas confundidas,
¡destacábase el grupo en las alturas
como una embarcación de cuatro velas!

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Madrid.

(Para EL COJO ILUSTRADO).

TIEMPOS DIFÍCILES



Corrían tiempos difíciles
para las gentes humil-
des. Los mozos robus-
tos y fuertes eran arran-
cados á sus hogares, co-
mo lo habían sido sus
padres y lo serían sus
hijos en cumplimiento,
quién sabe de qué ley ineludible y fatal en
los pueblos incipientes, en el cotidiano
afán por echar la basamenta del pró-
pero futuro....!

Corrían tiempos difíciles....! Para en-
tregarse á la labor las gentes campesas
colocaban vigias en las bocas de los ca-
minos y en los desechos sospechosos.
Si el viento soplabá furioso entre los
árboles, los ánimos sobresaltados creían
oír en cilo voces de alarma, alertas y
disparos. Si algún caballo atado en le-
jano barbecho relinchaba al ventear hem-
bra lozana, de súbito soltaban las he-
rramientas y corrían presurosos á am-
pararse en los escondrijos de los mon-
tes, pues, aquellos relinchos se tomaban
por señales evidentes del sigiloso avan-
ce de marciales caballerías con el avie-
so fin de sorprenderles en la labor,
merced á las quiebras del terreno y
tupidos herbazales. En tales días Re-
migio y Valentín, dos de los hijos de
más edad de la señora Pilar, vivían
como tantos otros, á salto de mata,
con la escardilla en la mano y la vista
puesta en el oscuro y dilatado monte.
Buenos muchachos eran los hijos de la
señora Pilar, sanos y formalotes; el jornal
íntegro no faltaban jamás de llevarlo á las
manos de la madre, quien, en los afue-
ras del pueblo vivía, con cuatro hijos
menores, de ellos uno varón, llamado
Acisclo y hembras las restantes, todos
de crianza, pues, Acisclo, que era el
de más años, aún no le servía para
traer el agua de la cercana acequia y
ni acarrearle la chamiza en lomas y
cañadas. En sus buenos tiempos, en
los días de gloria de su marido, la
señora Pilar, comía á manteles, pues,
á aquel no le faltaban sus posibles y
gozaba además de un buen sueldo co-
mo mayordomo, para satisfacer con hol-
gura las necesidades de los suyos y
mostrar como mostraba grande empe-
ño en hacer de los hijos, no rudos
gayanes, sino mozos listos en materias
de labranza y cosas de número. Pero
á lo mejor, cuando más falta hacía á
la familia, al señor lo dejaron una tar-
de, para toda la eternidad, bajo un pi-
lón de roja tierra, allá en el desarra-
pado cementerio del lugar, donde la
cabra mora del señor Cura y la polli-
na del comisario, brincan y saltan y
se acarician sobre las yerbas piadosas
que se multiplican, sobre las tumbas
en abandono.

Con ese lamentable suceso la señora
Pilar hubo de venir á menos. Lo poco que
poseía se evaporó en sus manos y en
tales ahogos se vió, que por caridad
le cedieron para vivir un rancho de
la Hacienda donde ejerciera el difunto
la mayordomía, situado á la vera del
camino y á boca de poblado. En tal
estado la señora, no tuvo otro remedio
sino quitar á los chicos la cartilla y
buscarles jornal como braceros. En
síntesis, tal lote de vida el destino



El peso del niño

había deparado a la señora Pilar y a sus hijos. Mas ella, con orgullo decía refiriéndose a Remigio y a Valentín: «A ellos, no les da asco el trabajo para no dejarme sin salado, y lo que es Pilar, aunque quebrantada y todo, se basta para los quehaceres de la casa y velar por todos». Así es que contentos con su suerte, los chicos de la señora Pilar, metían el hombro a la vida, reciamente, como que estaban en el verdor de sus años. Entre ellos no había desgracias mayores que lamentar, a no ser el recuerdo del difunto, que los años amortiguaban. Y respecto a alegrías, no escaseaban joropos los sábados (para los mozos) y velorios de cruz en todo el mes de mayo, por las tibias y aromadas noches. Vivían, pues, dichosos, alcanzaban una relativa felicidad: la de estar siempre hartos y contentos. Y si los mozos aspiraban a mayor bienestar de seguro era cónsono con su visión del mundo: a lo más, poseer tierras, para unos cuantos almudes de sembradura; añádase una vaca, una yunta de adiestrados bueyes, una borrica proliera y algún caballín de coraje con qué trotar tras la penca de bravia res en los clásicos días de jolgorio del lugar. En esto de poseer alguna hacienda, creo que Remigio y Valentín andaban acordes y que la señora Pilar, les daba ánimo y ejemplo, ahorrando cuando se

podía, algunos céntimos con qué coadyuvar a la futura dicha. No otra era la vida de aquellas honradas gentes labriegas, pero llegaron para ellas, como para todos los de su generación, tiempos difíciles. Y tanto los hermosos sueños de la choza, como los del alcázar se aplazaron, o bien, como ascuas encendidas, fueron a alimentar la quimera de los tiempos difíciles.!

Como las cosas marchaban mal y las comisiones y patrullas se cruzaban en poblado y despoblado a caza de bisoños soldados, pobres destripaterrones que mueren sin dar con el gatillo, los hijos de la señora Pilar, se veían en el caso de andar a ocultas, de esquivar el ir y venir de la casa al sitio de sus fajinas; viviendo en los montes, y sólo los sábados, con muchas precauciones, aventurábanse a traer el jornal y a tomar las provisiones, que junto con la bendición, les guardaba la madre en casa. Más, en una de éstas, el comisario que estaba urgido por llenar los números de una recluta, y que para salir de apuros tenía puesta la vista en Remigio y Valentín, por estar más a la mano y no ser muy afectos a su persona, les puso una celada con tanto acierto, que los mozos, a pocas varas del rancho, fueron salteados, sin que pudieran intentar escaparse aun a costa de recibir una descarga.

Sea porque el comisario quisiera evitar los ayes y lamentos de la señora Pilar, o bien, porque temiera alborotar al vecindario demostrando con aquella recluta que las cosas iban mal, es el caso, que convino con los salteados en que terminada la recorrida, les pondría en libertad; que todo se reduciría a acompañarle hasta las mismas doce, en las que les dejaría libres. Hecho el convenio, los salteados no pensaron sino en esas benditas doce, en las cuales, de un salto, se pondrían en la casa a la que no se arrimarían más hasta que las cosas cambiaran.

Si eso pensaban los mozos, otros planes alimentaba el comisario. A golpe de doce ya los tendría a buen recaudo junto con otros que cayeran, encerrados en un cuartucho, que en el poblado hacia las veces de cárcel y de allí, sólo a su superior correspondería ordenar para dónde los debía llevar.

Con la madrugada los patrulleros hicieron alto en la comisaría. Remigio y Valentín, aunque aquellas doce habían sido las más retardadas de su vida, suspiraron de gozo: pronto, más ligeros que el viento, estarían al lado de la madre, contándole la aventura y prometiéndole no dejarse atrapar otra vez con el comisario. Pero viendo que los preparativos a que se entregaba el comisario para ponerlos en libertad, no venían al

caso, pues, hacia montar guardia con patrulleros de su confianza a la puerta de la comisaría, en tanto que él corría el cerrojo del cuartucho, un escalofrío recorrió sus cuerpos y la angustia les oprimió el corazón. Mas, en esto llegó el momento en el cual el comisario revistiéndose de toda su autoridad dió la orden de acuartelarse la reclusa en el calabozo.

Un profundo silencio reinó en aquel instante: todos aquellos hombres que reían y charlaban enmudecieron y sin asomo de protesta alguna se doblegaron ante la voluntad del más osado. Sólo cuando llegó su turno a Remigio, el hijo mayor de la señora Pilar, la columna de reclutados hizo alto y esto porque el mozo, tímidamente se atrevió a decir en el umbral del cuartucho:

—Buena no las ha jugao usted; nos prometió que a las doce nos soltaría y ahora nos sale con esto.

El comisario no le dejó terminar: de un fuerte cintarazo lo echó a tierra.

Mas, si rápido fué el comisario, aún más lo fué Valentín, quien cerraba la fila entre dos patrulleros armados. Con el golpe al hermano, una oleada de sangre se le subió a los ojos y de un salto se llegó al comisario acometiéndole con tal impetu que a medias le echó abajo la cabeza de un solo tajo. Con aquella embestida el rebaño de reclutados se dió a la fuga.....!

Aquel inesperado suceso derrumbó la dicha de la señora Pilar. Remigio, a causa de los golpes recibidos, no tardó mucho en sentir desmoronarse a los bríncos y cabriolas de la cabra mora del señor Cura, el pilón de tierra roja que le ponía a salvo de futuras aventuras y, si no le perturbaban en su dulce paz los rebuznos de la pollina, gracias fué a que hubo de ser vendida para el enterramiento del comisario. De Valentín, la señora Pilar no tenía noticias; sus perseguidores no habían encontrado la más ligera huella en los montes vecinales.

En tales extremos se vió la señora Pilar, que hubo de repartir en la ciudad cercana a los tres niños y a duras penas conservó a Acisclo a su lado por no verse tan sola. La alegría, junto con la salud y la fe en mejores tiempos, abandonaron a la señora Pilar; desde entonces para ella todas las aguas fueron turbias, todos los cielos oscuros, todos los días malos. Con Remigio y Valentín había desaparecido la mitad de su vida y si se aguantaba con aquella pesada carga, era, bien lo sabía Dios, por los menores, aquellos pobres que no conocían sino los tiempos difíciles.

Aunque los años pasaban, de la cabeza de la señora Pilar no se apeaba el pañuelo a cuadros negros, como si fuera un símbolo de su eterno duelo. Y eso que las cosas habían cambiado: el pequeño Acisclo era ya un hombre tan bueno y formal como aquéllos que lloraba: el jornal de éste, como el de los otros, venía a sus manos; trabajaba para ella, pero el muchacho que había crecido en aquellos días malos, era hosco y huraño; le obedecía ciegamente, pero tenía el alma triste, no reía, no cantaba como los otros, no aspiraba a más que a ganar su jornal.

Una tarde, ya asomaban las estreli-



GÊROME - Rembrand en su taller

las en el cielo, la señora Pilar en compañía de Acisclo tomaba el fresco sentada a la puerta del rancho, cuando un hombre se detuvo ante ellos. Su indumentaria era la de un mendigo: traía al hombro un saco de cobija con cuatro correajes en cada agujero y en una mano un machete. Al verlo la señora Pilar, se santiguó y abrió la boca desmesuradamente y Acisclo frunció el entrecejo y se lo puso a mirar como preguntándole: «¿Quién es usted? Pero el desconocido avanzando siempre, dijo con voz trémula:

—Yo soy Valentín....!

el título de teniente un general muy en boga entre las gentes de armas. Con Valentín pareció volver la vieja alegría a la casa, la esperanza y la confianza en ellos mismos. Tanto que un día dijo a la madre:

—¡Vamos! viejita, ¿por qué no trae a su lado a las muchachas que tiene en la ciudad? Todos juntos le metéremos el hombro al trabajo!

La señora Pilar le objetó que a su lado pasarían muchos trabajos y él riéndose le contestó:

—Vieja, ¿no estoy yo aquí?

Y a la mañana siguiente fué en busca de sus hermanos a la ciudad.

Con todas estas cosas, el pobre Valentín, pareció empeñarse en borrar de la memoria de los suyos el cruel y doloroso pasado.

Como a causa de su manquera, Valentín andaba sobrado de tiempo, se aburría contemplando el agrio paisaje que rodeaba al rancho, enclavado en una estéril sabaneta, donde como por un milagro se alzaban algunos guayabos bravíos y un tunal que lo ocultaba al camino con sus desairadas pencas. Pero Valentín tuvo un hallazgo que acabó con el fastidio. Registrando el pajizo techo que cobijaba al rancho encontró metida entre la paja una historia sagrada del abate Fleury. Desde entonces, adiós, aburrimiento....! Con grande ardor Valentín se entregó

á la lectura de aquel libro. Deletreando á duras penas en voz alta mientras que afuera reinaba la calma, Valentín leía á la señora Pilar, que echaba chazos y remiendos en la ropa de la familia, la historia del casto José, la peregrinación del pueblo de Israel y sobre todo, lo que más le encantaba, el fin del forzado Sansón. Su alma bárbara, gracias al señor Fleury, se tornaba bíblica y mística.....!

La vida comenzaba á sonreír á la familia: la señora Pilar, ahorra algunos céntimos con qué ayudar á los honrados planes de sus hijos. Para el próximo invierno, Valentín y su hermano romperían un trozo de aquella sabana para plantar un maizal. El contento estaba con ellos. Ya se aventuraban á hablar de la próxima cosecha, cuando inesperadamente, una hermosa mañana, al ir á entregarse al trabajo Acisclo, fué apresado. La noticia acabó con la paz del hogar, la señora Pilar no daba descanso á sus ayes y lamentos. Valentín, ante la consternación de los suyos, tomó su saco de cobija y su machete, que desde su llegada colgaban de un clavo asegurado en la pared y volviéndose á la señora Pilar, la dijo:

—Madre, voy á hablar con la autoridad á ver si le sueltan.

Ya estaba formada la recluta en la plazoleta del pueblo cabecera del Distrito cuando se presentó Valentín, quien se dió á hablar con el jefe de aquella acaloradamente, mostrándole un mugriento papel, el cual no debía ser otro sino su título de teniente á la par que le enseñaba sus heridas. A poco el jefe se acercó á las filas y preguntó á Valentín:

—Cuál es el muchacho?

—Este, contestó señalando á Acisclo.

—Sal de las filas, ordenó el jefe al recluta; tu hermano se va conmigo.

En marcha se ponía la recluta, cuando Valentín dijo á Acisclo:

—A la vieja, que no se desviva, que cuando pasen estos tiempos difíciles, volveré.

Desde entonces la señora Pilar espera, junto con los buenos tiempos, el regreso de Valentín. ¿Acaso aguardando esos hermosos días, se habrá quedado éste, tendido en una loma, con los brazos abiertos en cruz y los ojos puestos en el diáfano azul de los cielos?



JULIUS KRONBERG - Cleopatra



UN MATRIMONIO FELIZ

(LAS DOS RAZAS)

A Juan Fernández Hurtado.

I



Miss Hellen Catherine Bradley, inglesa de origen, salió de su casa, en el condado de Kent, a la edad de diecinueve años. Los progenitores de Miss Hellen Catherine Bradley, no eran, ni mucho menos, gente acomodada. El padre, relojero de profesión, apenas ganaba lo suficiente con su pequeña industria para sostener una familia numerosa, donde predominaba el sexo femenino.

Miss Hellen Catherine, la mayor, nacida en el tiempo de más pudencia y menos deberes, logró la educación que el buen del relojero soñara para todos sus pimpollos; y sueño que la malaventura, esa hada inpropicia, se placía en irrealizar. Cuando cumplió sus diecinueve años Miss Hellen Catherine, viéndose a la suerte no le deparaba el esposo de sus ambiciones, sintiéndose por su educación superior a su familia, y en la tortura sorda y constante por este desnivel entre sus sentimientos de hija y sus ideas y aspiraciones de joven, echó nudo a sus ternuras filiales y se dispuso a tentar fortuna en los Estados Unidos. El egoísmo paternal intentó disuadirla. Pero a Miss Hellen Catherine le sobaban voluntad e inteligencia y triunfó sin dificultad de los argumentos que se le oponían.

Una mañana, por fin, se embarcó, rumbo a New York, su pasaje, treintisiete pesos en el bolsillo, muchos consejos ingenuos y *El Vicario de Wakefield*. A bordo se encontró gente joven y alegre que le hizo la corte prometiéndola villas y castillos. Pero Miss Hellen Catherine prestó oídos de mercader a las lisonjas, y sólo oyó las rudezas de una señora newyorkina, que le dijo:

—Va usted, Miss Bradley, a una ciudad donde la concurrencia es poderosa, si bien el campo es amplio. Si usted desea, como asegura, servir de institutriz en alguna familia acomodada, necesita recomendaciones ó referencias, y usted no tiene. Esto es grave inconveniente: nadie introduce en su casa a persona a quien nadie fia. Esos diplomas de que usted se manifiesta orgullosa darán, a mucho dar, fe de su competencia en las asignaturas que cursó;

pero ninguna de su conducta ni de su moralidad. El ser usted católica no es óbice. Familias católicas sobran en New York. Y hace usted bien en confesar su fe: lo mismo da católico, luterano, musulmán, judío, mormón: lo importante es pertenecer a una religión y asistir a los oficios el domingo. La sociedad nos exige ese vestido moral como nos exige traje físico, ya sea de este ó de aquel corte. La desnudez, Miss Bradley, la desnudez es lo intolerable. *Is that so?*

—Así es, asintió la joven.

Y luego pensando en los tropiezos materiales del desembarco é instalación.

—Y para el arribo, cómo procedo?—preguntó.

—Cuando usted llegue a New York deje su baúl en la estación, en el departamento de *Baggages*: allí se lo guardarán a usted previo el pago diario de una bicoca; y corre usted al *New York Herald* ó al *World*, de preferencia al *Herald*, y pone un anuncio en estos ó parecidos términos:

«Joven institutriz recién llegada de Inglaterra solicita colocación. Buenas referencias. Respuesta á Miss H. C. B., oficina del periódico.»

—Pero, señora, interrumpió Miss Hellen, es que yo no poseo referencia alguna.

—*All wright!* No importa! Usted se presenta y relata su historia, con sencillez, la verdad. La mentira es odiosa, Miss Hellen, odiosa. Manifieste siempre su odio a la mentira; pero valgase de ella cuando no pueda hacer otra cosa.

—Y el hotel? Qué hotel me recomiendan usted?

Ninguno. Deje usted su equipaje donde le indiqué, tome su maletica de mano, —¿no tiene usted maletica de mano, Miss Hellen? cómo no?—tome su maletica de mano con los objetos indispensables, pañuelo, horquillas, cepillo para los dientes y su dinero, Miss Hellen, no olvide usted su dinero,—y váyase a dormir por medio dólar a cualquiera de las direcciones que yo le apuntaré. Allí encontrará usted, por sus 50 centavos, cama y respeto, comprende usted, Miss Hellen, y respeto. A la mañana, además, agua, jabón, toallas y una taza de té. Por el resto pregunte usted cuanto necesite al policía que encontrará usted en cada esquina. El le indicará el camino, si es lo que busca, ó dónde puede comer cualquier cosa por D. 0.25. Si en dos días no encuentra usted ocupación, váyase a un *Boarding-house*—5 dollars por semana, 5 dollars. —Allí se relacionará.

Miss Hellen empezó a manifestar su gratitud a tan excelente y honorable persona.

—Oiga este consejo, interrumpió la señora: *Make money, my girl, honesty if you can, but make money.*

Y como la futura institutriz la mirase sorprendida, la señora concluyó:

—Ah! Y nunca olvide usted, Miss Hellen, las conveniencias, las conveniencias; lo primero, la Religión, la Moral. Es necesario vestirse por dentro y por fuera.

Miss Hellen Catherine se retiró a su camarote nostálgica, pensativa, triste; pero dispuesta a seguir los consejos de

la desconocida. Y á su cabeza vino el recuerdo de cierta frase de Heine que ella leyó en alguna parte, en los *Reisebilder*, quizás:

«Si los gazmoños pensaran que vamos desnudos dentro de nuestros vestidos.»

II

Cosa de ocho ó diez meses después de concertada Miss Hellen Catherine en la casa de Mr. Waterbury, banquero de Wall Street, como institutriz de un par de muñequitas de carne y hueso, rubias y aflautadas, la una de nueve, la otra de once años, conoció Miss Hellen á Roberto Pitaluga. Roberto Pitaluga, joven suramericano, almorzaba los domingos con Little Tom, primogénito de los Waterbury, amigo y lazarillo de Roberto. Little Tom no era *little* sino para el cariño doméstico. Garrido atleta de dieciocho ó diecinueve años, á medida que avanzaba en edad iba despegándose del suelo con una suerte de precipitación, como si toda la energía de su raza la hubiera puesto él en crecer. Y no crecía endebulcho como los muchachos que se estiran de golpe, sino robusto como un joven cedro. A pesar de su estatura conservaba en el cutis ese rosa vellido propio de los adolescentes de su país, y que asemejaba su cara á un fresco durazno. Y el azul claro é ingenuo de sus ojos de señorita contrastaba con sus bíceps de boxeador y sus preferencias de sportman.

Roberto era muy otro. De estatura media y complexión de junco; obscuros los ojos, asombrados de luengas pestañas; moreno pálido; apuntándole el bozo, y en los labios una sonrisa más bien de suavidad que de inocencia, Roberto en lo moral era asimismo la antipoda de Little Tom. Le chocaba que su amigo anduviese, aun de paseo, el cuello tendido hacia adelante, los brazos como de quien va á empujar una puerta, y á la carrera, á toda carrera, como si alguien lo estuviese esperando. Chocábale asimismo en Little Tom aquel despegue de las mujeres, ó mejor, aquella manera de tratarlas como si no tuviese noción de los sexos, y fuesen las mujeres, no mujeres sino camaradas. Chocábale que en el Circo, que Little Tom prefería al Teatro, se encantara con los acróbatas y se desternillara con las necedades, cien veces repetidas, de los payasos. Y chocábale sobre todo aquel *Athletic Club*, á que quiso afiliarlo Little Tom, infantil orgullo del yanqui, y cuyas sesiones únicas consistían enirse cuarentena de zagaletones á un terreno de Mr. Waterbury, á darse patadas formidables, so pretexto de jugar al foot-ball. Roberto, sin embargo, pasaba á Little Tom, y hasta lo quería, por ser el único amigo, fuera de los paisanos, que contaba en New York; porque en el fondo Little Tom era buenísimo sujeto; y porque Roberto, además, estaba recomendado por su padre al padre de Little Tom.

Un domingo, la sobremesa del almuerzo en casa de Mr. Waterbury duró más que de costumbre. Roberto se había puesto á contar cosas de su país: hombres que pelean con tigres, cuerpo á cuerpo, en la soledad de los bosques; viajes portentosos por el Alto Orinoco en el tronco de un árbol ahuecado á que dan los indios el nombre de curiara; hilos colgantes sobre el abismo, entre

dos montañas, y por las cuales se deslizan los viajeros dentro de un coche ad hoc, la tarabita.—(Lo mismo que el dinero, añadía Roberto, de un escritorio a otro, en cualquier grande almacén newyorkino).

La locuacidad patriótica de Roberto, atizada por la curiosidad espectante, contó mil historias extraordinarias de Venezuela, historias que él sólo conocía por referencia, pues nunca vió más tigres que los del jardín zoológico, ni más tarabitas que los coches de Caracas; y tanto sabía del Orinoco como del mar de Mármara.

Pero la campanilla de la calle sonó y Mr. y Mrs. Waterbury corrieron al parlor, á recibir una visita. Little Tom también subió á cambiar de traje para ir con Roberto esa tarde, en la «carreta inglesa» al Central Park. Por donde vino á quedar solo Roberto con Miss. Hellen Catherine y las dos pinturitas de Van Dick.

Una de las chicleas cuchicheó con la institutriz un instante y luego dijo:

—Usted cuenta historias muy divertidas, Mr. Robert.

—Muy interesantes, Mr. Robert, reafirmó Miss. Hellen Catherine, muy interesantes. Debe de ser bella su patria, Mr. Robert.

—Sí; pero no tanto como usted, repuso el joven á media voz.

Y ella, en el mismo tono, y arreando á sus niñas como á dos blancas cabras hacia la escalera:

—Eso no está bien, Mr. Robert, no está bien,—dijo.

Desde ese día se encontraba la institutriz á solas con Roberto,—sin buscarlo,—eso sí,—en todas partes.

III

A Roberto Pitaluga lo llevó su padre, en viaje de uno ó dos meses, á New York. Pitaluga padre iba á negociar ó á vender en Yanquilandia un vasto yacimiento de asfalto que descubriera cerca del Lago de Maracaibo, en el Estado Zulia, y cuya posesión le acordaba la República de Venezuela luego de él cumplir con los requisitos exigidos por el Código de Minas á la sazón vigente.

El señor Pitaluga tras muchas idas y venidas infructuosas en pos de capitalistas, llegó hasta pensar más fácil ser el Colón de un lago de asfalto en la pródiga tierra de Mara, que simple cazador de morocotas en California ó en New York. A la postre, sin embargo, entró en serias negociaciones con una casa bancaria. Los banqueros se dispusieron á enviar una comisión técnica á Venezuela y el mismo señor Pitaluga debía partir. El mes ó el par de meses que presupuso para concluir el negociado se acrecian y se acrecian como los obstáculos en el cuento de Blanca Flor.

Ya llevaba cuatro meses en la mera búsqueda de compradores.

Roberto quiso esperar en New York, donde se placía, la vuelta de su padre. El señor Pitaluga, aunque no improvisaba en sus mientes la aspiración filial, opuso no obstante, algunos reparos.

—Quedarte solo, Roberto, en esta ciudad tan grande? Tú, tan joven?

Roberto objetó con aircito que podía tener muchas traducciones:



A. LANGHARD - Visión de primavera

—Papá, ya he cumplido veinte años.

Y como Pitaluga el viejo sonriese, Roberto echó mano de un argumento que no juzgó, á lumen de pajas, decisivo:

—Si deseo permanecer en New York hasta que usted regrese es para perfeccionarme en el inglés.

El viejo accedió. Roberto quedaría, no en las lujosas habitaciones del Hotel Empire, donde hasta entonces residía

con su padre, sino en un Boarding-house, indicado por Little Tom.

La opinión de Mr. Waterbury fué la cónica:

—La vida americana conviene á un joven. Que se quede.

Y en la perspectiva de pingües provechos se permitió hasta interesarse por el joven Pitaluga,—apuntando como astuto y práctico *bussines man*, en la cabeza del hijo para daren la mina del padre.

—Little Tom y Robert son ya excelentes amigos. Little Tom será su compañero. Los domingos almorzará Robert con nosotros.

El viejo Pitaluga partía encantado. Todo salía a pedir de boca. Por su asfalto le daban un millón de bolívares. Partía enamorado y se sentía ríjoso y juvenil. Su otoño, ya maduro, se doraba con aquel viajecito de placer y de provecho. Cuanto a Roberto quedaba en buenas manos, en las manos de Little Tom.

Ya a bordo, en el abrazo de la despedida, el amor paterno se le subió al cuello, sin embargo, impidiéndole discurrir consejos de última hora; y a los ojos, en olas de lágrimas. Pero su alma serenóse a poco de partir el vapor recordando las palabras de Mr. Waterbury:

—La vida americana conviene a un joven. Que se quede.

IV

Cuando el señor Pitaluga supo, en Caracas, el matrimonio de su hijo; y cómo Roberto, de suyo tan dócil, tan tímido, en vez de recibir con sumisión la requisitoria paterna y regresar al terruño nativo se apresuró a quemar las naves, a casarse,—gritó, pateó, enfureció, repitiendo cien veces por minuto:

«Me han escamoteado a mi hijo. Malditos yanquis. Me han escamoteado a mi hijo.»

Luego sentimentalizándose pensaba, entre sollozos: «Posponerme a una mujer, a una desconocida de la vispera, a una persona a cuyo lado, en otras circunstancias, hubiera podido pasar sin volver los ojos. Es necesario que mi hijo haya perdido el juicio.»

Pero reaccionaba pronto, y su claro instinto de padre y de hombre avezado a la vida le hacía repetir:

«No diablos; ese niño es víctima de una treta. El que tiene la culpa soy yo. Yo que dejo, de pronto, sin preparación mundana, a un chichuelo educado entre faldas, en aquella gran ciudad, en aquel gran pudridero de hombres. Me han escamoteado a mi hijo.»

Cuanto a Roberto, el pobre Roberto no sabía cómo haber desobedecido al padre, desobedecido a Mr. Waterbury, desobedecido al Consúl, desobedecido a todo el mundo. O mejor, sí sabía. Era que la adoraba. Por agradarla, ¿con quién no hubiera roto? Además, como buen débil, encontraba fuerzas en aquella energía. El poder magnético, que por magia de amor y de su poquedad, ejercía en Roberto Miss Hellen Catherine, creía él que lo ejercería, que lo ejercía en todo el mundo.

La indecisión constituía el fondo de su carácter; y el encontrar asentimiento y espoleo hasta para decidirse por el corte de sus trajes, lo soliviantaba como alguna responsabilidad compartida.

Roberto fue alejándose poco a poco de los Waterbury, dejó de frecuentar el consulado de Venezuela donde a menudo encontraba compatriotas; y primero verle en el polo antártico que en casa de algún paisano. Esa táctica de avestruz, ese bajar y esconder la cabeza cuando más necesitaba de alzarla le hacía cumplir uno de los actos más normales de

la vida, el matrimonio, como una fechoría. Evadía las personas de su conocimiento para evitar reprimendas, ya que a Roberto, como a todo vacilante, cualquiera se cree con derecho de aconsejar. Tal abusivo entrometimiento desazona y el vacilante opta por la fuga.

La carta última del viejo Pitaluga había hecho titubear a Roberto. La carta era concluyente. El hijo pródigo debía restituirse por el primer vapor a Caracas. De lo contrario se le cortarían los viveres. Roberto se angustió como nunca. De su memoria no se apartaba la antipatía de su padre a los yanquis, pintada en esta frase de buen humor.

—Los yanquis no son ordinarios sino extra-ordinarios.

En vano explicarle que Miss Hellen no era yanqui. El viejo no quería saber nada, sino que Roberto volviese al redil paterno. Roberto no sabía qué partido tomar. Iría? Se quedaría? El problema era grave. Y esta vez Miss Hellen Catherine no lo ayudaba a resolverlo.

—Comprendo tu indecisión,—le dijo. Debes meditar mucho. Es un paso decisivo en tu vida. Yo no trato de inmiscuirme, Dios me libre. Hé aquí la disyuntiva: yo o tu padre. Escoge.

Y sin añadir una jota se alejó, dejándolo plantado en una esquina de Madison Square. En vano le gritó Roberto:

—Hellen, Hellen....

Ella se alejó siempre, a prisa, enviándole con disimulo, en la punta de los dedos, un beso.

V

El viejo Pitaluga se empeñaba en no desliar los cordones de su bolsa. Aquel matrimonio lo tenía fuera de sí. Juraba no dar en los días de su vida un centímetro a Roberto. El sabía lo que buscaba el mamarrachito de yanqui o de inglesa, o lo que fuera: dinero, claro, dinero. Roberto en manos de aquella gazañapira no era sino caña de pescar libras esterlinas. Pero en las cajas de Pitaluga padre no haría la inglesita su pesca millagrosa. El se lo juraba.

Entretanto Roberto y Hellen luego de varios meses de mal vivir en New York con los ahorros de ella y lo que él podía pelear, en són de préstamo, entre los paisanos de la Colonia, se hallaban al borde de la inopia.

Roberto escribió muchas veces a su padre; pero éste no respondía una jota. El Boarding-house, catorce pesos por semana, amenazaba sinar los últimos dollars. ¿Qué hacer? Roberto no quería que ella se concertase como institutriz. Todo menos resignarse a no verla sino de domingo en domingo. El no sabía trabajar. Qué hacer, Dios mío?

Una mañana Hellen quiso tratar la cosa en serio.

—La situación es intolerable,—afirmó la inglesita. Es necesario tomar una resolución. Esta luna de miel de privaciones no era precisamente su ideal.

Y segura de la oposición de su esposo, añadía:

—Deja que me emplee. Te lo dije cuando novios: yo sabré trabajar. Bien, trabajaré.

—No, Hellen, eso nunca,—gemía Ro-

berto. Mira, iremos a Caracas; yo veré a mi padre, le pediré perdón, y me perdonará. Es tan bueno. Si tú lo conocieras.

—Muy bueno, sí. Pero entretanto permite que te mueras de hambre.

Y ariscándose de súbito,—añadió:

—Y perdón de qué, Roberto? De qué pedirías perdón a tu padre? De haberte casado conmigo? Oye, hijo mío: no te quedan sino dos caminos: O me das libertad y me concierdo de institutriz; o demandas a tu padre, mayor de edad como eres, para que se te ponga en posesión de la herencia de tu madre. Lo que se está cometiendo contigo es un fraude; sabes Roberto, un fraude.

—No, Hellen; no digas tal cosa. Tú no conoces a mi padre, respondió Roberto indignado.

Y temeroso de la violencia con que repuso a su mujer, y dulcificándose para dulcificarla, agregó:

—Si tú lo conocieras, Hellen. Es tan bueno. Me quiere tanto! Ha hecho tantos sacrificios por mí!

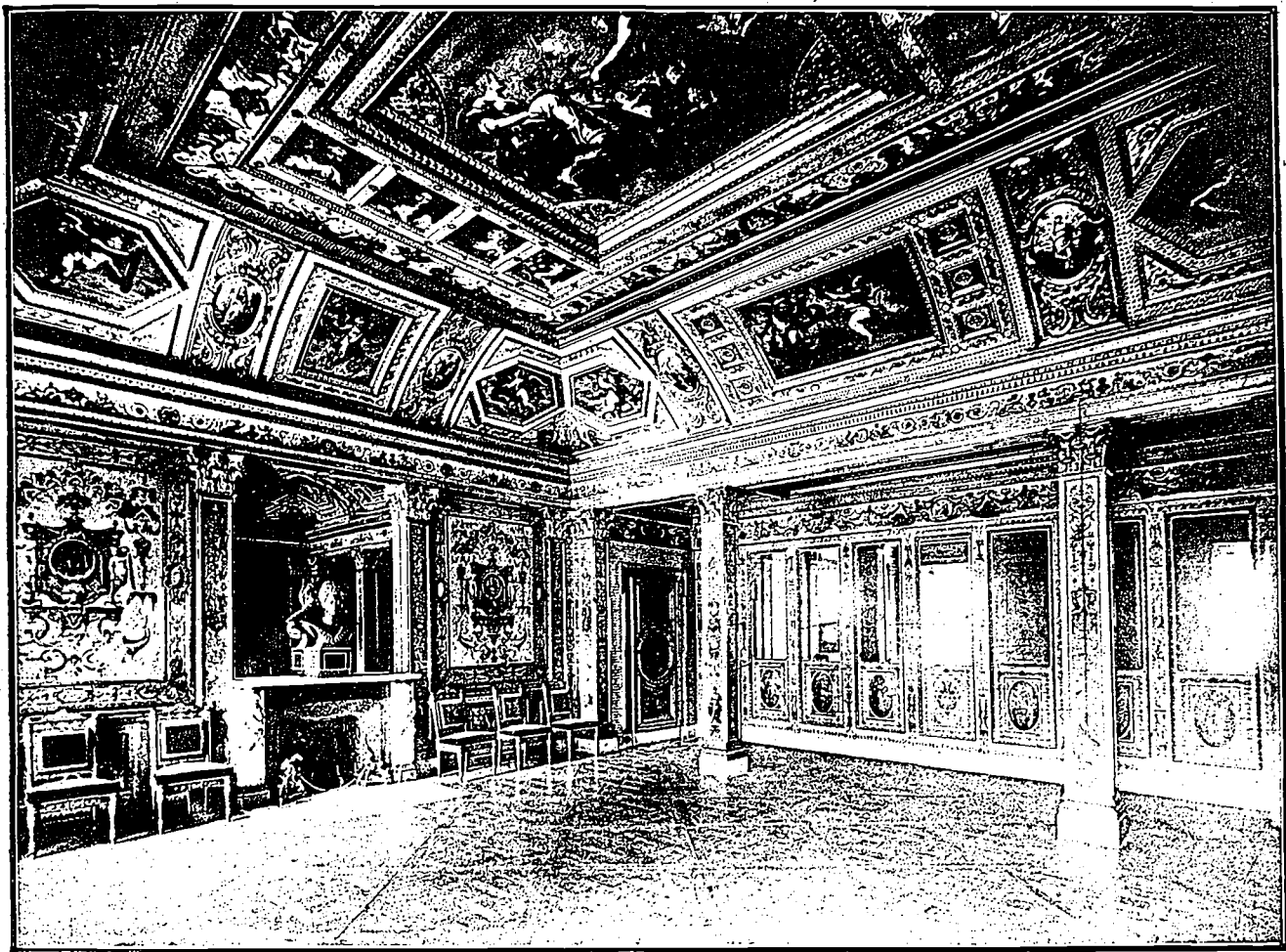
Hellen se desazonaba ante la poquedad de su esposo. Cómo prefería a su padre. No quería ella a Roberto tanto como el señor Pitaluga? Por qué, pues, no pedía Roberto lo que era propio, y evitaba molestar al anciano, mientras le daba a ella, que también lo quería, a señor, que también lo quería, una triste vida? Era esto equitativo? Y luego, no hablarle de sacrificios. Ella también se había sacrificado por él. No abandonó su posición en casa de los Waterbury, su posición, es decir, mesa, ropa limpia y ochenta dollars por mes? Ochenta dollars, fuera de presentes. No vivían las chicas sus discípulas regalándola, un traje, ya un sombrero, ya unas pantaletas? Y Mrs. Waterbury, ¿no le daba por su cuenta, los sábados, dinero para comprar dulce a las niñas, sin querer nunca las monedas que restaban de los gastos? Qué! Le parecía todo aquello a Roberto poco sacrificio? Y era el amor lo que la impulsaba a sacrificarse, un amor puro, sincero, desinteresado. Después de todo, ¿qué sabía ella de Roberto; quién era Roberto para ella sino un extranjero, un desconocido?

—Basta, vida mía, basta. Yo sé que tú me adoras; pero ¿no te adoro yo también? Si, escribiré a mi padre enérgicamente; o bien iremos a Venezuela, le pediré lo que es mío, lo que me pertenece, y me lo dará.... Y si no me lo da, lo demandaré. Pero no, si me lo dará. Ay, padre mío! Ay, Hellen!

Y Roberto se echó en los brazos de su mujer llorando como un niño, y repitiendo que adoraba a su padre, que era un santo; y a su esposa, que era un ángel; y que él era muy feliz.

VI

Una tarde, a eso de las cuatro y media ó las cinco, hubo en la casa de Roberto Pitaluga, en Caracas, mucha animación. En la sala cantaba una hermosa voz de soprano. A la puerta del salón se apiñaban curiosos que por parejas ó en grupos recorrían poco antes los corredores y el jardín del patio. No bien hubo



Palacio del Luxemburgo - Cámara de Maria de Médicis

terminado el canto reventó un moderado trueno de aplausos.

En el patio, bajo los árboles, en torno de rústicas mesitas, se fueron sentando parejas, y pidiendo y tomando según el gusto de cada quién, ya rosados sorbetes de fresa con pastas, ya un pedazo de torta María-luisa, arenada de confites y nevada de nieve deliciosa, ya una temblona y verde gelatina, transparente como una esmeralda, ya una tacita china de té.

De pronto, á la puerta de la calle, escuchóse el parar de un coche; é instantes después, el llanto de un recién nacido. Entraron cuatro personas. El viejo Pitaluga, el padre de Roberto, muy orondo, tomó el niño de brazos de la doncella, y mostrándolo á cuantos se le agrupaban en torno, exclamó:

—Es un héroe nuestro Roberto Manuel María de la Santísima Trinidad Pitaluga Bradley. Ha soportado el chorro de agua del bautismo sin decir: «esta boca es mía.»

La criaturita como que se empeñaba en contradecir al anciano porque rompió á berrear de firme.

De todas partes empezaron á salir voces, de grandes y de chicos, y las voces cercaban en torno al viejo, repitiendo en coro:

—Mi medio, padrino.

—Mi medio, padrino.

—Mi medio, padrino.

Y una vocesita más aflautada que las otras y que salía de una boquita rubia de ocho años, cantó:

—El mío de oro, padrino. Mi medio, de oro.

El señor Pitaluga muy atarcado y muerto de risa impuso con la voz de Stentor: «silencio.» Y empezó á sacarse del bolsillo y á repartir, tarjetas de colores con dibujos y acuarelitas. A una parte de la tarjeta, en fondo claro, se leía: «Bautizo de Roberto Manuel María Pitaluga Bradley. Padrinos: Manuel María Pitaluga y Cayetana de Pitaluga.» Debajo de esta leyenda, la fecha del bautizo. En algún ángulo, una monedita de oro llevaban ciertas tarjetas; y todas las demás una monedita de plata.

En un grupo, en el patio, malintencionados decían:

—Pobre Roberto! En su casa lleva la mujer los pantalones.

—Claro. En el próximo parto muere él, de fijo, de fiebre puerperal....

RUFINO BLANCO-FOMBONA.

[Para EL COJO ILUSTRADO.]

ALMA DE POETA

A ANDRÉS MATA.

«Por cima de los árboles: la Luna;»
«Debajo de los árboles: el río.....»

Dormido sobre el césped, sin ninguna
Acerba duda, ni dolor, ni hastío,

Sueña el poeta. Pueblan el vacío
Ecos de paz, de gloria y de fortuna;
Y emergen lirios sobre el hiaz del río
A cada beso que le da la Luna.

Despierta el madrigal. El alma es una
Lírica flor bañada en el rocío
De la gloria, del bien, de la fortuna.....

Y riman en la atmósfera de estío:
El verso áureo de la luz, la Luna;
La azul romanza de la onda, el río!

FED. HENRIQUEZ Y CARVAJAL.

Orillas del Ozama.—[R. D.]

A LA FAZ DE UN PROBLEMA

Si se hallaron algunas inadver-
tencias, atribúyase á mi poca eru-
dición, y no á mi buen deseo, que
advertiéndome de ellas, con mucha
humildad recibiré la corrección de
cualquiera que con buena inten-
ción me quisiera enmendar...

VICENTE ESPINEL.

(Vida del escudero Marcos de
Obregón).

El problema del porvenir latino.—Decadencia de
naciones latinas.

[Comenzó en el número anterior]

El escritor francés que se adhiere osten-
sible á creer en una inferioridad de razas
opina que se debe comenzar por una refor-
ma física, intelectual y religiosa.

El prejuicio de la inferioridad amerita de-
tenerse un momento. En un otro ensayo, (1)
sostuve que ni por medio de la teoría del
neurono, se podría comprobar que el anglo-
sajón es superior á los demás racionales,
y traje al debate una cita del antropólogo
Deniker, cuando confiesa sincero la imposi-
bilidad de resolver la cuestión por los
métodos actuales de la ciencia, los únicos
decisivos. Habla en seguidas la experien-
cia, y el negro, el amarillo, el indígena, re-
surgen, hércules de ideas y de acción, en el
empresario ó intelectual africano de los Es-
tados Unidos del Norte; el japonés en múl-
tiples manifestaciones y los aborígenes de
América, aptos para escalar las más altas
cúspides de la humanidad: Juárez, meji-
cano eximio, responderá por todos!

La selección explica que en una misma raza
y en el núcleo social, gradaciones hay que
imprimen caracteres especiales al individuo
y entonces sobresale como legista, estadista,
artista, militar, industrial, comercial, ma-
rino, explorador, agricultor, sacerdote, y
así de los demás, y en fin que estas cua-
lidades se desarrollan en mayor ó menor
intensidad, según condiciones cerebrales ade-
cuadas, y coyunturas de expansión y asimi-
lación propicias, mas no que haya faculta-
des y atributos especiales, monopolios ó do-
nes de una sola raza. Los no selectos, mas-
sa de rezagos, medra en consecuencia al lado
ó á la sombra de los que se empinaron
sobre el nivel común. En una misma se-
rie de animales hay diversidad de desarro-
llo corporal y una vegetación gigantesca no
la podemos valorar sin los arbustos.

Bazalgette citando á Vacher de Lapouge,
se arrima á la decantada superioridad del
ario, y como parece no es dado á los ver-
daderos estudios antropológicos, base del
asunto, se atiene á la aseveración de su
compatriota. Es un lugar común que el
ario emigró del Asia, y que cuando vino
á occidente, Europa estaba poblada por ra-
zas autóctonas, las cuales no habían per-
manecido estacionarias y al granjear la in-
vasión el centro, sin duda, con un movi-
miento impulsivo repelió á los primitivos
moradores, como puede verse fijándose en
el mapa, y de grupo tal son el finlandés, el
vasco, etc. Nadie asignará que el hijo
de Finlandia es de lo menos competente
para la civilización: integrados á la Rusia,
los cinco millones con que cuenta, son de
lo mejor del combatido y taraceado impe-
rio. El vasco, apesar del exceso de su in-
dividualismo, se conserva laborioso, enérgi-
co y susceptible de los mayores encum-
bramientos. Nuestro Bolívar, y otros ve-
nezolanos, de capacidad indiscutida, proce-
dían de la Vasconia. Sergi, prueba que el

ario no era superior al europeo de la época,
y que más bien destruyó la civilización
que había alcanzado el neolítico: «desapa-
recieron el arte decorativo, la escritura, la
hermosa cerámica, el rito funerario en las
inhumaciones; pero en verdad esto no suce-
día así en todos los puntos donde la nueva
estirpe logró penetrar. En algunas regio-
nes fue temporal la interrupción del civilis-
mo, como en la península griega y en Ita-
lia; en la gran Bretaña hubo una asimi-
lación por parte de los recién llegados, par-
cial, es cierto, pero tan valiosa, que im-
pidió la desaparición total de la civili-
zación dominante. En general, hubo en
Europa una caída hacia la barbarie más ó
menos total ó parcial, según la prepoten-
cia de los elementos invasores ó el grado
de barbarie que éstos tenían». Cree, pues,
Sergi en una estirpe «muy distinta y con
caracteres bien definidos, la Euraficana». Y
es ésta la que hizo penetraciones de África
á Europa, Mar de las Indias y Cana-
rias.

Los nuevos descubrimientos en Egipto apo-
yan la opinión de Sergi, que se basó en su
principio en documentos antropológicos. La
historia nos habló también de los libros
blancos. Trituró el famoso pensador la mí-
tica y dorada leyenda del ario civilizador,
á estilo de algunos arqueólogos y etnólogos
y cífila de ilétrados, que los imitaron con
simplicidad de loros.

No se imagine que no hubo sostenes de
antropología para la raza latina (*magister dixit*
la negaba) que provenía de la Euraficana,
lo que es harto elemental; así para ella
como para las restantes de Europa, es que
no son puras de toda pureza, y secuela es-
ta, de las migraciones y el movimiento absor-
bente y expansivo de toda aglomeración hu-
mana que se avigora y multiplica.

Sergi, por ello, habla de naciones lati-
nas.

«El dolicocefalo rubio del mundo septen-
trional, es un animal naturalmente supe-
rior al braquicefalo del mundo meridional». Suenan estas frases, como hipos de Panta-
gruel en los dominios de la ciencia: apo-
derarse de unos términos sonoros, para ele-
varlos á la categoría de axiomas errados,
es inexcusable por lo absurdo.

Si Bazalgette pudiera leerme, compren-
dería que no quiero salirme un ápice de la
sinceridad de mis propósitos; en cuanto
mis fuerzas lo consintieren, tachar los pre-
juicios nocivos por lo incongruentes y siste-
máticos, y en ese sentido, como él descue-
lla en la misma tendencia fraternizáramos
cordialmente.

El latino decayó, es el grito que reper-
cute al nrisono guturado de diversos sitios.
Advierto que la clase y modo de expresar pa-
radoxas, gusta bastante á los anglo-
sajones, por lo que tan de cerca les con-
viene.

Entre decaer y degenerar precisa: escindir
la distinción; el uno y otro vocablo, suenan
á veces como sinónimos: en alguna ó al-
gunas formas ha decaído el hombre lati-
no, y en alguna parte, pero de esto á que
degeneró, ó está en potencia cercana de
suprimirlo por estigmas, la distancia es enor-
me. Ni al profesor Sergi, con ser quien es,
le sigo en todas sus conclusiones: antropo-
lógicamente no ha decaído el hombre lati-
no; socialmente, como factor de colectivi-
dad en ejercicio, y en determinadas regio-
nes, sí.

La antropología no puede aducir prue-
bas en contra del braquicefalo del mundo
meridional, menos la histología, la fisiología,
la anatomía.

La nariz romana y griega amenguó y
perdió sus bellas, esculturales líneas, esto
es obvio; pero al dolicocefalo rubio (me
placeu el sustantivo y el adjetivo!) se le
estiró el cráneo de atrás, hacia adelante,
más de la marca, hasta producir un exceso
de alargamiento en el eje visual y por resul-

tado la miopía: las escuelas alemanas arre-
jan 20 p^g de este vicio de refracción.

Ignoro hasta la fecha, si se ha ensaya-
do una estadística de narices chatas (pla-
tirrhinianas) por lo que tan de íntimo nos
atafe.

Y se me ocurre preguntar, entre dos vi-
cios, ó taras de naturaleza, ¿cuál es más
preferible, el aplanamiento de las narices,
ó la prolongación del eje visual de los
miopes? Uno, de poca monta porque no
impide llenar sus funciones al órgano del
olfato, y el otro de trascendencia ó impor-
tancia, porque aparea dificultades al ejerci-
cio de una de las funciones más útiles, la
visión?

Seguramente que se preferirá la achata-
da narigal y no la lacra de los miopes,
que redunda en daño del cerebro.

En lo que corresponde á funciones fisioló-
gicas, hasta el instante en que escribo (y la
fortuna nos salve!) no hemos perdido ni la
mitad de una. Y en histología, recalco
con insistencia, no se nos cuenta menos
neurones, en relación con los opuestos arios,
dolicocefalos blondos. Las dos agrupaciones
que tanto han contenido á través de los
siglos, vuélvense á encarrar en igualdad de
condiciones físicas.

Bazalgette habla de una patología lati-
na, y ahora se me facilita hacer el pen-
dant, y delinear la anglo-sajona. La lati-
na por un lado: hipertrofias del yo, de la
palabra, y la fanfarronería que son inne-
gables; y ellos á su vez terquedad, forma-
lismo, obstinación, misantropía, prurito de
superioridad; y por el otro, alcoholismo—en
germanos é ingleses—y la dilatación del
estómago que en los solos alemanes pro-
duce serios, fuendados perjuicios al servicio
militar.

Estamos á paz y salvo.

Sabemos lo que sucedió á Inglaterra en el
Transwaal, y qué acontece á Alemania en
sus colonias de África: por ahí, como que
hubo y habrá, incapacidad de gobierno, y
arterias rotas en los tesoros de ambas na-
ciones. Y se nos hace sospechoso de ra-
quistismo ese poder británico que con pu-
jantes escuadras las más grandes del Univer-
so y 290,000 soldados, se tarda año y me-
dio en vencer al pufiado de 39,000 hom-
bres, total numérico de las republiquetas
surafricanas.

Afortunadamente Inglaterra exhibió una
debilidad inesperada.

No asoporarnos de ilusiones, que se de-
muestran los castillos en España, á decir de
los franceses, y en el aire como expresa-
mos nosotros, y á mirar juiciosamente lo
porvenir: mi optimismo tiene base, cifá-
mosle la divisa de un moribundo emperador
romano: *Laboremus*.

Cada país de entronques latinos, enmien-
de sus errores y estirpe máculas y excrecen-
cias inherentes á las razas.

La utopía y el retoricismo, y la caren-
cia de solaridad en los propósitos colecti-
vos, los más resaltantes. Bazalgette desha-
rata la falsa opinión de superioridad que
los franceses desde tiempos de Mari Castaña
se formaron de ellos mismos, y sobre la manfa
de grandezas, discurre:

«El gallo de la aldea convirtiéndose en tro-
no glorioso un montón de estiércol puede
tener tal concepción del mundo revelada
por su actitud, pero esto no significa que sea
exacta.

«Sabido es lo que Roma representa
para los italianos de buena cepa: aunque
la ciudad eterna no fuera más que una ne-
crópolis y un museo donde reinara un silen-
cio sepulcral, interrumpido tan sólo por las
idas y venidas de los *turistas* y arqueólogos
no renunciaría á la pretensión de ver en
ella la soberana presente y futura del mun-
do y la reina de las ciudades. La infatua-
ción ibérica es conocida. Para el francés
de sangre pura, 'no corrompida', por el
extranjero, París es, sin disputa, el centro

(1) Al margen de un libro.



ARMAND-DUMARESQ: Declaración de la Independencia de Estados Unidos. - Philadelphia, 4 de julio de 1776

intelectual y moral del globo. Las pulsaciones del corazón del mundo señalan su existencia. Alrededor de la 'Ville-Lumière' en la cual se concentran y exaltan Francia y la latinidad, las ciudades y los pueblos son como niños delante de su madre y de su educadora, en espera de la buena palabra y del *mot d'ordre*. Por derecho divino somos 'el primer pueblo de la tierra'. No es el *chauvinisme* vulgar de las masas el que traigo á colación, sino el de los ingenios preeminentes y auténticos, á los colosales del intelecto nacional, pues en ellos hallamos vivaz, triunfante é idéntico, á modo de un dogma, el mismo prejuicio: los Hugo, los Zola.....»

Cada una de las capitales, de Centro y Sur América, se desviven por desempeñar el papel de París, y en parte en lo que se refiere á modas, disfrutan esa gloria borgeguilmente, y atisban á las demás ciudades excéntricas con cierto aire desdenoso y protector. Del errado concepto, derivause en la práctica, iugentes males.

Así pinta el mayor y peligroso síntoma mórbido de Francia. Y para nosotros no civo como el que más, porque amamantados de lo exótico, las obras de Hugo y de Zola, circularon á rodo por los muuditos semilatinos de las riberas del Atlántico y del Pacífico. Hugo con la hipertrofia egotista de su literatura, con el ruido de sus cascabeles, estimuló en los cimarrones suramericanos la vanidad punible de un círculo de iniciados que emprendieron la marcha hacia una Barataria ó destierro imaginario, cantando amarguras y republicanismos, jamás experimentados, verdaderos ó sentidos. La hipóbole luguiana, rodó como una tromba aterrante y quién sabe si los síncope de criterio y desviación de muchas inteligencias, no son, sino resultados de ver la naturaleza de las cosas, tras los alquilados cristales de aumento del megalomano fraude. La servidumbre de la imitación, fue-

ra de baja, es uno de los rasgos de la indigencia intelectual.

Zola reduplicó las tintas de la brocha y él que se consideraba pontífice y señor de la realidad, es eu esencia, romántico del realismo, aferrado á hacer de la excepción la regla y de los casos patológicos y de teratología, psíquica, la normalidad humana. Parece que nos ha dañado menos, y el señor Hugo (todavía me descubro), va por la trocha, camino de la indiferencia. Nosotros que esperamos el *mot d'ordre*, que de otra especie no entendemos ni aun de lejos, sean viables efectividades de una tendencia ó implantamiento de innovaciones provechosas, venimos saliendo de aquel marasmo intelectual que nos inocularon los hermanos mayores de Lutecia. Y si pudimos vernos del uno al otro pueblo, desde 1811—en que protestó el doctor Antonio Nicolás Briceño—contra la absorción de la provincia de Caracas, con los ojos anómalos de superiores intangibles, ya de los distantes recodos del horizonte patrio, surge una visión sana y lógica y nos dirigirá conscientemente á los arduos torneos de las naciones que se desperzean y avanzan.

Eu rigurosa clasificación sociológica, Hugo y Zola, no son talentos ciertos, de los que ha menester la nación, sea lo que se fuese, y los dos, con Castelar, forman un tríptico de retóricos hinchados.

Están de pies, sobre el dorso de la utopía, grifo de todos los devaneos, y con la hipóbole y la paradoxa, alelando las multitudes que los rodearon.

No tuve jamás en mientes al esbozar opiniones individuales, detallar un análisis entero de las obras apuntadas, tarea exclusiva á hombres de estudios profundos en sociología y antropología, sino por cariño ineludible propender á sentar bases científicas de urgente necesidad en los pueblos modernos. Tanto es así que mis lucubraciones van como las de Sergi y Bazalget-

te, á sus respectivos países, solamente á circunscribirse á Venezuela.

Para cohonestar los males que pesan sobre el mapa latino, el francés propone la reforma, partiendo desde antes de la cuna, es decir, del matrimonio. La selección de parejas casaderas por cuenta del estado, la procreación de la nueva familia, y la formación del producto. Todo ello es, en sí, viable. Mas por una secreta libertad aparecen en el espíritu fenómenos reactivos cada vez que se formula una imposición sistemática. Los matrimonios anudados á juro, suscitarían fuertes opositores, y si el estado recurriese á hacerlos efectivos, usaría de un proceder despótico. Y notamos que sin usar procedimientos artificiales, por la sola natural selección, se alcanza el propósito. Tipos de ambos sexos, y talla grande casan regularmente con ejemplares de pequeño esqueleto. Y así por lo que se refiere á la belleza, vemos con frecuencia que en el hogar uno de los cónyuges deja mucho qué anhelar cuanto á las formas del otro, en cumplimiento de una ley de adaptación instintiva. Estimular y dirigir la naturaleza en tal sentido sería labor de indiscentes ventajas para la colectividad, ora por los conductores de ella, ya por los esfuerzos de cada individuo separado: en una palabra, inculcar á mujeres y hombres el óptimo resultado que obtendría la progenie de la selección calculada, pero dejando intactos el vigor y gusto de la iniciativa propia.

Para los casos en que la degeneración es palpable, los seleccionistas modernos han propuesto eliminar los individuos malsanos. Así lo requieren algunos criminalistas á *outrance*, para el tipo *matóide*, y como así se vulnera uno de los derechos inmanentes del hombre, el de la vida, éxito rebuscado por ese proceder no les coronará la empresa. El ejemplo de Enrique VIII, que ajusticia 60.000 malhechores de su tiempo, no acabó ni repelió el crimen posterior, y

no es Inglaterra la nación modelo en materia de delitos. ¿Qué hacer entonces para que no se reproduzca el degenerado? La profilaxia es y será una de las tablas de salvación de las sociedades, mayormente porque atañe en buena hora. Para los matrimonios, bien pudiesen reglamentar unos como estatutos de higiene, prohibiéndolo, no sólo entre consanguíneos—en quienes tal vez no se quiso desde remotas fechas sino poner coto á los efectos de la herencia—más también á los sífilíticos, tísicos y leprosos, ó todavía mejor, que efectuado el enlace no tuviese lugar la prole.

Y no solamente en circunstancias en que los cónyuges estuviesen invadidos de una misma de esas tres enfermedades, sino cuando fuere de dos diversas: en el primer caso concurren dos factores á sumarse, y en el segundo dos organismos por lo enfermos, inaptos. No sucedería lo mismo con los diatéticos porque la experiencia demuestra que se atenúan ó neutralizan las taras hereditarias en el producto. En fin, este es el bosquejo de un esquema, el cual recurriría á comisiones *ad hoc* para que laborasen el proyecto adoptable.

Viene en seguida la *puericultura*, cuyo nombre indica lo suficiente, no lo bastante: Bazalgette nos provoca el recuerdo: los griegos avanzaron tanto en ese orden educador que su enseñanza agotó recursos y medios y luego los pueblos les disciernen el glorioso magisterio. Más todavía: hubo una helénica cieguera de embellecer el niño, cuando por la suavidad y blandura de los tejidos, era susceptible de mudar la textura del organismo. Aún queda en muchos países (el nuestro inclusive) una maniobra de la comadrona por lo cual comprime con los dedos pulgares el paladar del recién nacido á fin de conseguir el ahuecamiento del hueso y también estirarles el lomo de la nariz á los de extrema concavidad de este órgano: quizás reliquias éstas de prácticas lejanas y útiles de los puericultores griegos. Pueblos salvajes, á falta de una comprensión segura de lo bello, han usado deformar el cráneo con móviles estéticos, y civilizaciones como la maya y tolteca, de Méjico, la tuvieron en sus familiares hábitos.

Y aún más: Grecia inició, emprendió y realizó las tres educaciones, física, moral é intelectual. Formación trigémica de grandiosa transcendencia. Una de ellas sola, aislada toca los linderos de la monstruosidad. Un garzón atlético, analfabeta sería una irritación; y hermoso y fuerte, sin el sentimiento del bien y la justicia, candidato de presidio ó repulso de la sociedad. Asaz instruido, sin el puntal de las otras dos palancas, irregulares, innecesarios conocimientos; luego intelectual, moral y física, sea la aspiración del pedagogo, el estado y la familia. Volvamos los ojos á Grecia. Nosotros (me refiero á todos los pueblos modernos) apenas lograríamos alcanzar sus propósitos, superarla nunca. Nos perjudicaría acaso la educación física de los griegos? Lo que acaso nos dañe sería el helénismo de algunos cerebros de yegua, que hablan de las heptairias y aulétridas, remedos de papagayos estridentes: dañanos lo extraño de librillos de importación francesa, lo falso de lo griego, no lo cierto de verdad y belleza que palpita en el alma invisible de Ateuas, dispersa por el mundo.

Seamos, eso sí, consecuentes con el origen y no echemos en saco roto tendencias y gustos propios de la individuación nacional.

La introducción de los deportes Foot Ball, Cricket, Lawn Tennis, Base Ball, es un tranco plausible, y de ellos existen sociedades en Caracas, sin haber logrado extender su radio de acción. Es indudable que estos juegos ó diversiones desarrollan el gusto por la gimnasia, pero como lo ha

demostrado Jurace, en Italia, no son los deportes verdadero medio de adquirir la robustez y salud físicas.

Los mejicanos, en las dos citadas civilizaciones, una sola migrada de montaña á llanura, tenían juego de pelota, lo proban arqueólogos en los lugares destinados á ese fin en las ruinas de Yucatán y altiplanicie del Anáhuac. Desde tiempos coloniales los españoles importan y propagan su juego de pelota, perdura todavía, y cruzan apuestas de relativa consideración en Carora, Curarigua y Tocuayo, en determinada época, por el mes de junio, si mal me acuerdo. No ha desaparecido en Caracas y Valencia, y en los alrededores de estas ciudades. El bolo, con los tres y más muñecos de palo, es indispensable á nuestros campesinos y no hay una sola venta á la orilla de los tantos caminos porque atravieso en mis correrías profesionales, donde no aparezca junto á las habitaciones. Si hay renuencia ó dificultad para aceptar y difundir los deportes modernos, lógico es propulsar con el estímulo de los premios los dos más diseminados y queridos de nuestros coterráneos.

Y atendido que los deportes en las formas de hoy, no colman el objeto primordial, no introduzcamos otros nuevos, y fijemos los existentes por reglamentos acatables en las distintas comarcas del territorio.

Cuanto á la gimnasia, me tomé la delantera, sacándola del salón escolar y de la casa de familia, para ejercitarla al aire libre. Por el enero de 1904, invité al director de la Escuela Municipal de San Cristóbal, á que llevásemos cien de sus discípulos, á las afueras de la ciudad. Les indicamos y se ejecutó sobre un gramal, carrera, pastrote, salto. Al mismo tiempo, sobre el improvisado estadio, hicimos una selección de tipos y encontramos 10 p^{os} bien desarrollados, 15 medianos, de constitución física regular; 25 inferiores, de conformaciones apenas aceptables. Llamémosle la atención desarrollos anormales, cabezas, orejas, estómagos, pies, deformes ó sobrecrecidos en relación con el cuerpo. Los criadores norteamericanos de ganado vacuno, observan que alimentación de crías á establo, sin moverse á pleno ambiente, produce esqueletos, cráneos, espinazas, etc., con un crecimiento anómalo, es decir, que comida sin ejercicio que facilite los recambios nutritivos, hipertrofia algunos órganos con detrimento de los demás. Los padres de familia deben tener en cuenta este dato de observación peccúdica, no solamente es necesario sustentar el hijo, mas obligarlo á un sistema de gimnasia que le procure el desarrollo normal y á la vez le sostenga en las condiciones de salud indispensables.

El doctor Samuel E. Niño, mi condiscípulo, con quien hablé sobre estos temas, asistió á unos exámenes de escuela rural, en 1903 y en la aldea tachirens Machirí, y tomó una fotografía de alumnos de 8 á 12 años, y al mostrármela me preguntó: ¿qué se parecen esos niños sentados en un banco? Algunos, casi hidrocefálos, y desencajados, con grandes ojos negros hundidos, enclenques, piernilargos, y brazos á lo mono; otros, cual agachados bajo el peso de un estigma implacable, me sugirieron la respuesta: un cuadro del hambre en la India. Esta la ruda, dolorosa verdad, gritando á voz en cuello, la urgencia de modificaciones en lo físico, como pueblo y como nación joven.

El escritor francés se arrima á la adopción de los *kindergarten* (raro que no los conozcan en Francia!), cuando hasta nosotros, minúscula circunscripción topográfica, allá en las fronteras de la *terra natia*, en Rubio, vimos la prueba frustrada de esa clase de institutos. Tuvo director alemán, y éste, masculado el castellano emprendió la vuelta de Hamburgo, haciendo

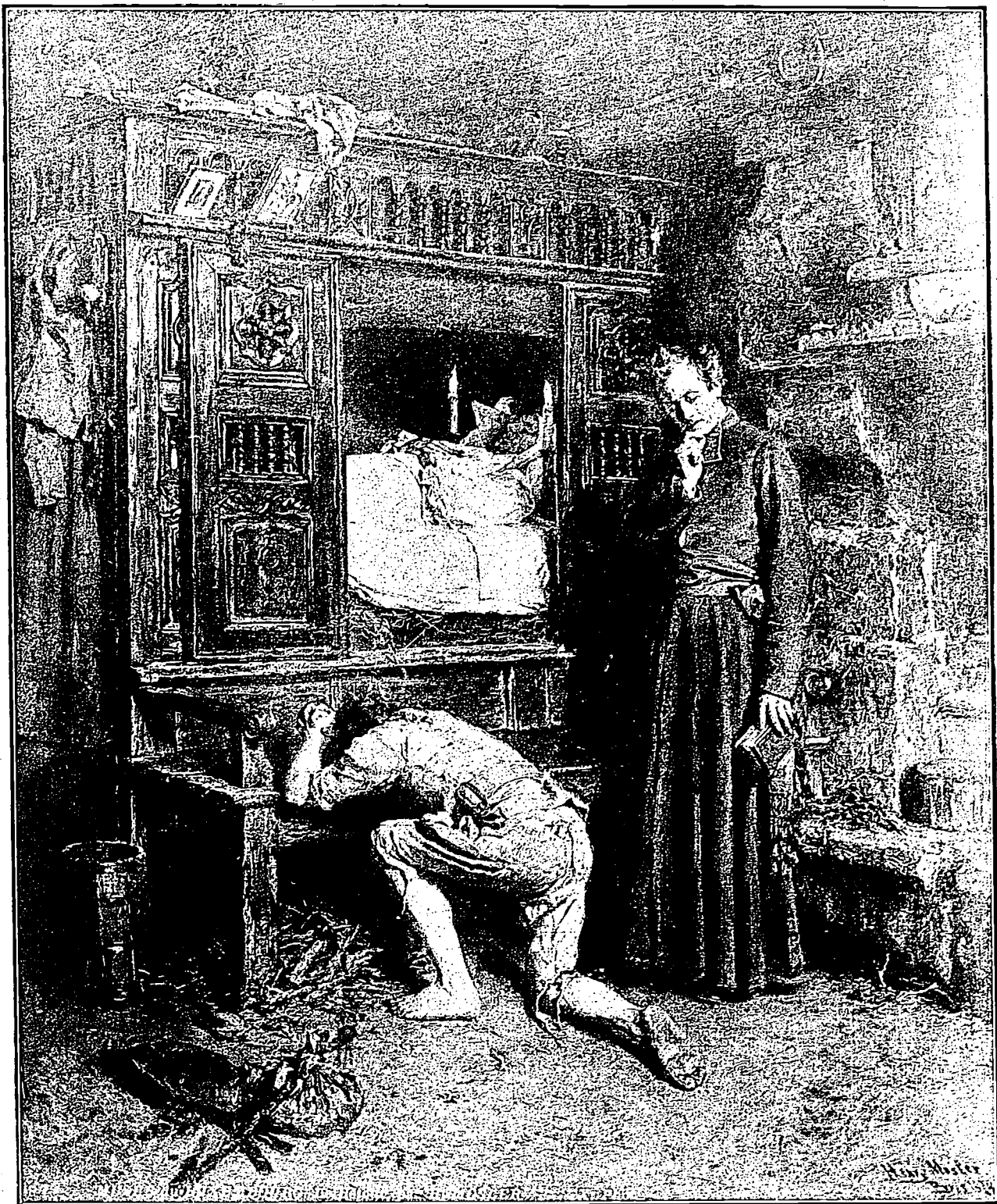
perder tiempo y dinero á los accionistas. Sería provechoso y trascendental, mejor alocucionados, aclimatarlos nuevamente. Aquí funciona uno, y lustros cuenta. Mas no se estime que tales establecimientos son de origen germánico: Roma, eterna educadora de la humanidad, organizó días ha, los recreatorios y hoy existen varios con más de 12.000 niños de ambos sexos, y resultados opimos. Y el ejemplo latino ha enderezado el yaque del *time is money*, y del tráfico industrial á comprender y sentir que no la materia sola y escueta rige en la prosecución de la ventura: en San Francisco de California, núcleo con raíces de latinidad, es donde comienza hoy, lo que pudiéramos llamar la espiritualización del dolicocefalo dorado.

«Los pueblos latinos están físicamente debilitados y degenerados; son pueblos que se marchitan y bastardean. Su sangre no es suficiente rica; sus músculos se atrofan al hipertrofiarse sus nervios. No poseen la capacidad física ni el caudal de salud indispensable para constituir grandes pueblos. Tienen necesidad de ser sanados y robustecidos». Si esta es una verdad, que se la apliquen los franceses. Recuerdo haber visto á fines de 1901, «los ejercicios gimnásticos del Sena» que con este nombre se señala una sociedad parisiense, con propósitos puericultores, y entre las varias compañías que trabajaron en la nave central del nuevo palacio de Beaux Arts, hubo para reírse, con aquellas figurillas de carne y hueso forradas en flanela, y con elegancia de esqueletos de rana. Cuanto á degeneración insinúo que ni nos imaginemos de hecho y de remate perdidos, porque nosotros (las Américas españolas en general) ni siquiera hemos dividido la tierra prometida del florecimiento. Hacia el Canaán, más ó menos ladeando, ó deteniéndonos para sacar aliento vamos los pobrecitos de América, pero vamos. A otros que regresan de allá, salud! Y habrá quien nos replique que uacimos, como fetos aventados, y se me argüirá, «el mal está en la sangre», y una serie de prejuicios amorfos. Estudiémosnos con serenidad y en cordura, sin patriotería, y sin jamugas de teorizantes empedernidos y fatuos que hablan porque algo han de hacer y escriben porque copian y plagian, y entonces, apareceremos tal cual somos, pero no degenerados. Creo que las familias Rougeon son pocas en Venezuela.

Los refinamientos enfermeizos traídos de fuera, al par que los vicios de las civilizaciones en auge, tan sólo conciernen á una minoría, verdadera minoría: el resto de nuestro pueblo, el de provincia si se quiere, manifiéstase incólume, y por el lado de las depravaciones genitales y de la criminalidad misma, nada pueden enrostrarnos los sedicentes ultra-civilizados actuales. (Léase la prensa de París al Mississippi, y desde éste al Danubio). En Venezuela el crimen es esporádico, en Europa endémico, si me permite una clasificación de biología. ¿A qué echaros á cuestras la lepra de la despoblación francesa por las doctrinas malthusianas, practicadas hasta el exceso? De lo malo, como en cualquiera zona donde vegeta el hombre, escondemos una cantidad para nuestro uso, mas de esto á poseerlo todo, no hay términos de comparación. Lo vicioso y morboso de procedencia francesa, desaparecerá porque, en resumen, es una moda que se importa, y sujeta á veleidades y caprichos; y en cuanto á persistir con bestialidad de grey en las imitaciones, no nos sentiremos impedidos fatalmente: á los heruanos se les conduce al cementerio, y se les echa encima una palada de tierra y nada más.

SAMUEL DARÍO MALDONADO.

[Concluirá en el próximo número.]



Museo del Luxemburgo : H. NOSLER. - El retorno

LOS PUÑALES DE LA RISA

Se saturó de aquel amor como de un violento perfume.

Amores pálidos, llenos, más que de vida, de literatura, ó fugaces furias sensuales, únicamente había conocido. En la tristeza de la provincia distante, en la fea tristeza de aquel borrón humano tirando de miseria, con sus barros y con sus almas, el rabioso y vasto esplendor agreste, había sentido el amor como una enferma savia recóndita, nutrida de romanticismos novelescos, impropicia á exteriorizarse en tal ruindad de ambiente lugareño, donde las mujeres con el negro esmalte de sus ojos y el cálido matiz de sus rostros, vistas tras las rejas mohosas ó sobre las gibosas vías polvorientas en la embriaguez ó el sopor de un calor infinito, despertaban en él, á veces, urgencias momentáneas y casi siempre le producían el fastidio de las cosas corrientes, largamente contempladas y pesadamente invariables. Y era lleno de fuerte encanto el jardín familiar florecido de languideces y de ardores, aromado de carnes morenas, purpurado de labios rojos. Pero extraviados en viejas tramas folletinescas, sus ojos no sabían gustarlo con fresca ingenuidad. Solitizado de vivas fragancias, aspiraba con delicia añejas flores de trazo.

Sus escasos intentos de aventura habían muerto en fracaso, cuando no en ridículo. Las mujeres de su pueblo reían francamente sus retoricismos de pasión, su manera libresca de enamorado. Algunas, no obstante, tomaron en serio, ya que no sus ideas, la figura rara que había logrado hacerse. Su rebelde pelo cobrizo, sus claros ojos verdes, abiertos á flor de cara, paupérrimos de expresión, toda la chatura de su faz, no le habían impedido contemplarse bellamente romántico. Y se había cultivado á sí mismo hasta darse un aspecto extraño con su palidez, su flacura, su frondosa y recia melena alámbrica y su traje sombrío cuya negrura rompía la llama sangrienta de una amplia y flotante corbata roja. Habían tomado en serio su figura. Pero su teatral ademán, reglado por influencias de lecturas, no alcanzó la más leve insinuación sentimental. Solamente logró turbar una alma lugareña: una anhelante alma amorosa, loca de fantasías como la suya. La literata, como la llamaban en el pueblo, había pasado de los cuarenta años con las mismas ansias pasionales que la impulsaron en su juventud á dar su nombre al público, en periódicos parroquiales, al pie de lirismos mal rimados, llenos de claros de luna, de brisas dolientes y de corazones traspasados. Emprendieron un idilio ridículo, que tuvo una vida breve, adornada de relumbrones, y terminó lapidado en burlas.

Después de esas malandanzas, se encastilló en desprecio ante la vulgaridad de su pueblo. Cuando sus amigos le referían cosas de amor decía su desdén con el silencio ó lo declamaba en frases tan vanas como su paisaje sentimental. Y les hablaba de la capital, con la que vivía soñando un sueño fabuloso, donde los novelones eran vida común.

Cansado al fin de repetirse su desacuerdo con el medio, bebiendo en sus innumerables versos inéditos una seguridad de triunfador, partió para la capital con los escasos dineros que pudo haber de su familia, á la que convenció con un legendario plan de estudios.

Salió de su abierto panorama de pampa hacia donde vivía su quimera, coronada de cumbres.

Después de su impresión del ferrocarril en que viajó desde un pueblo del tránsito, sus sensaciones cruzaron rápidas por los grandes paisajes altivos erizados de enormes crestas, ondulantes de verdes lomos, hasta vibrar en una sola, fuerte y honda, cuando de



RUEGO

A ANITA

Fui bueno para ti como las rosas,
como el hilo de agua, como el día,
y te hice en tus horas dolorosas
la santa caridad de mi poesía.

En cambio, sé indulgente, como una
hermanita mayor. Pon tu sonrisa
en esta lobreguez de mi fortuna.
Sé piadosa... como un rayo de luna.
Sé suave... como un soplo de brisa.

Amado NERVO.

(Inédita)

la breve noche de un túnel pasó al deslumbramiento de la metrópoli. Sin embargo, este deslumbramiento estaba más en él, en su visión interior, que en la visión de la ciudad. Lo experimentaba al sólo nombre, pleno de prestigios leídos, de la capital al sólo pensar que entraba en el gran medio deseado; pero sus ojos no lo sentían, casi fríos ante el normal desfile urbano.

A los pocos días de vivir en la ciudad, ya la veía naturalmente; y la veía muy distinta de su ilusorio miraje de otro tiempo. Fuera de contados edificios, erguidos, como raros esfuerzos de arte, en la desigual mancha inmensa, á trechos alegrada de naturaleza, la ciudad torcida, monótona y vetusta, era como una ampliación de su pueblo. Desde una altura empenachada de árboles, historiada de estatuas, mordida por duros escalones, la contempló bajo distintas coloraciones solares. El sol iba bordando sobre la ciudad cambiantes tapicerías luminosas. Horas había del oro más soberbio. La ciudad aparecía rígida bajo un pesado y destellante brocado bárbaro. Horas había de la sangre más roja. Un gigantesco holocausto, todo escarlata, fluía de las divinas venas, imprimiendo á las cosas un gran ardor siniestro. Horas crepusculares de las más leves sedas. Una vasta dulzura suavizaba los perfiles de las arquitecturas y la ciudad parecía desvanecerse, toda suave, en las más serenas y lánguidas matizaciones, claras violetas, rosas pálidas, platas y grises moribundos. Y eran en verdad los crepúsculos la única aristocracia de las cosas. Tras la ruda y chillona expresión del día su sonrisa ennoblecía un momento la hirsuta y sucia faz que entraba en la noche. Un mediodía, en pleno radiar de luz, le evocó la ciudad la encalada y churriqueresa cara de un clown visto en su pueblo, tatuada de figuras multicolores, cortada de brutales vermellones, zigzaguada de gestos y de risas.

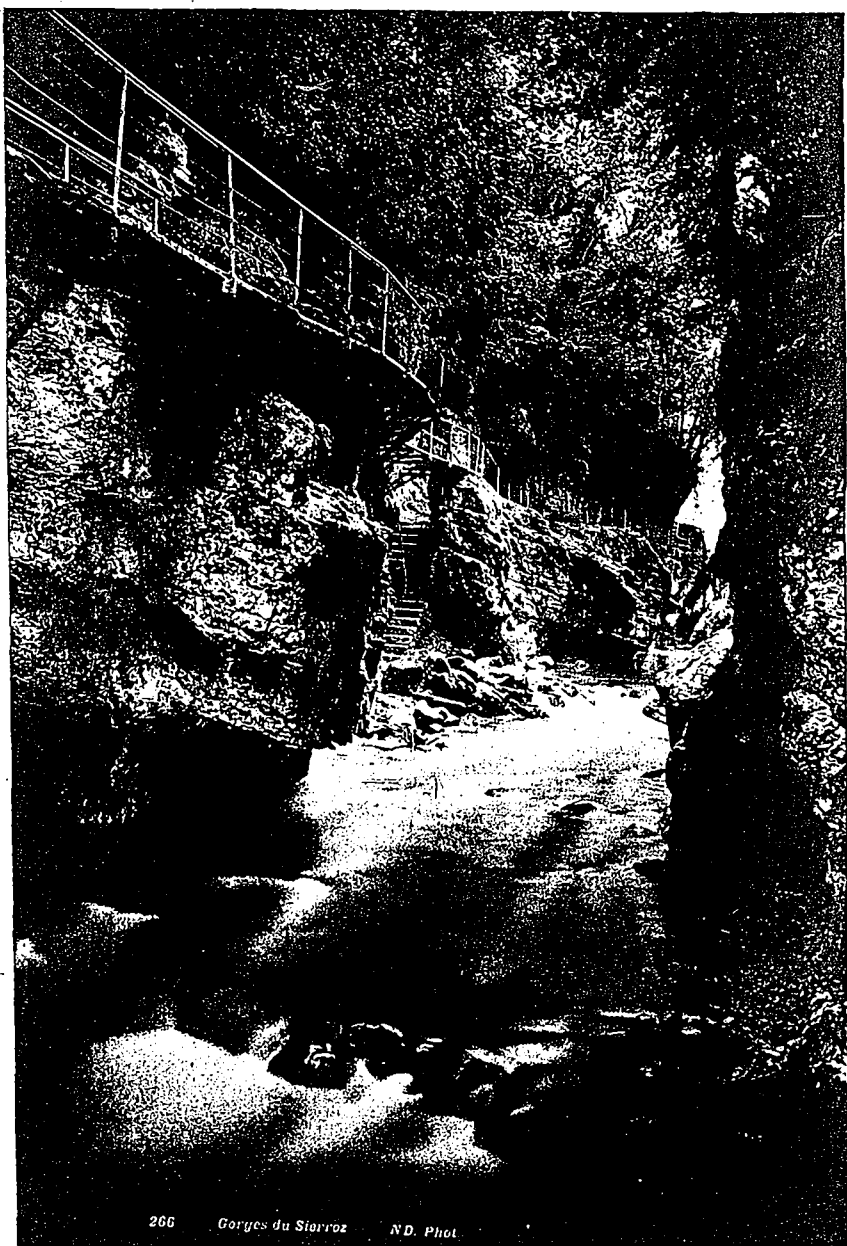
Con los días, se iban sucediendo las decepciones. El aislamiento que se creara en su pueblo con sus pensares y anhelos exóticos no le produjo jamás la sensación del aislamiento en que vivía ahora; le parecía borrarse en la marcha indiferente de la multitud, como una gota de fango en una rápida y fría corriente. Este vacío melancólico de su vegetar anónimo lo llenaban, fugazmente, pobres halagos de su candidez soñadora. Un día, en la redacción de un periódico, entre un grupo de mentalidad, su torpe voz sin matices azotando el aire, como un vuelo de pájaro azorado, en un largo y triste decir de rimas simples y lisiadas, y su atontado aire provinciano, provocaron burlas que la piedad de unos y la ironía de otros vistieron de frases alentadoras. Otro día apareció su nombre, Esteban Rodríguez, en una borrosa página de revista ocasional. La sonante loa, hinchada de frases hechas, de un periodiquillo ignorado, abrió brecha en su flaco bolsillo. Y muy pronto, la escualidez de su bolsillo colmó de angustias el vacío de su melancólico vegetar anónimo.

Al poco tiempo vendía libros. Comerciaaba ambulante con lo que había sido su locura. Se fué habituando á ver en los libros simples valores comerciales.

Pero en su interior perduraba, encerrado en olvido, como un veneno en un pomo hermético, el antiguo mal de las lecturas.

Y el veneno rompió un día su clausura de olvido.

En una iglesia, paseando sus ojos por la multitud femenina, entre la pedrería clara ó profunda de tantas pupilas, encontró la mirada única de una anormal expresión, fija y certera y á la vez como impresionada de extravío. Miraban los ojos extraños, miraban con fulgor negro, en una fina cara seca, pálida bajo los polvos; y bajo el fulgor de los ojos, los labios no eran en flor sino como brasas. La faz empolvada y ardiente le sonreía; y como en



266

Gorges du Sierroz

N.D. Phot.

Una garganta del Sierro

la mirada, había una cosa extraña en la sonrisa. Y fué el brusco despertar de su romanticismo. En su alma, viendo aquella mujer, se esbozó una página novelesca.

A la salida, pasó ante él, delgada, alta, con un andar fijo, sin ondulaciones, la falda negra y en el busto una purpúrea seda violenta. La acompañaba una anciana, toda de negro, de una seriedad triste. De nuevo se encontraron sus ojos, pero los de ella sin la expresión de antes, ahora distraídos. Y sufriendo de aquella indiferencia, sintió la huella de la desconocida. Turbado, con una vaga angustia, caminó al azar, no pensó en seguirla. Se sentía tímido y como ofendido. Aquel día erró por la ciudad, sin objeto, casi sin pensamiento.

Volvió á verla en la misma iglesia. Bajo la gran música del órgano, que en el aire místico y sensual, balsámico de incienso y de olores florales, parecía perfumar sus mugidos, sus desgarramientos y sus dulzuras, se exasperaron su amor y su angustia viendo cómo los ojos alucinadores tenían fuego y extravío

para otros y no se fijaban en los suyos. Miraban á otros con el mismo mirar que prendió amor en él. Algo más intenso que su fantasía empezó á revelársele entonces. Era como si una pálida flor de imaginación, abierta en una falsa luz de fábula, se tiñera de un vivo carmesí de sangre; como si el leve roce de una sedena ala de sueño se tornara de pronto en presión de garra; garra implacable sufría, fuerte y sutil á un tiempo y luciente en belleza como el marfil agresivo que es joya en el estuche de las patas felinas.

Bajo la gran música del órgano su vida sangró por vez primera. Se saturó de aquel amor como de un violento perfume.

Angosta, quebrada en bruscos recodos, perfilado el centro ondulado y amarillo por las rígidas líneas grises de las aceras con su quemante oro solar y su azul cinta de cielo, la ciudad vivía una ebriedad de día festivo. Los coches pasaban; ruidosos, rápidos, aureolados de polvo. Los tranvías dejaban á su

paso, como claras estelas, cascabeleos y risas. Un turbador prestigio floral, riente prestigio femenino, hacia amables los hierros de las ventanas que con su dureza tosca ponían rasgos coloniales en el ligero correr de alegría criolla.

Junto á un puente, cuya vejez maciza se tiende, más que sobre cristales de agua, sobre verdes terciopelos de campo en juventud, en el ventanal ferrado de una solemne casa antigua, llameaban los ojos de la desconocida.

La vivienda, en la calle ruidosa, era melancólica como un rostro vetusto frente á una alegría. Su injuriada faz arcaica evocaba historias romancescas. El la contemplaba y su fantasía soñaba una pasión terrible, el sabor de unos labios en un ambiente de tragedia, la luz ardiente de los ojos y la fría luz de los puñales, la sangre del amor y la sangre del odio juntando sus púrpuras, como enemigos labios, en un beso maldito.

Todo el día paseó su sueño por la calle torcida; sobre él llameó su rabia el sol del mediodía; sobre él palideció el atardecer; y la penumbra crepuscular hizo su cuerpo fantástico, esbozándolo en sombra, por sobre el pretil del puente, en el lienzo borroso de la hora taciturna.

Todo trémulo, movió sus pasos hacia el ventanal. La sombra propicia del momento despertaba en su timidez un intento de audacia. La lumbre tenebrosa de los ojos radiaba su sugestión tras los barrotes. Ya en sus labios temblaba el preludio de amor cuando sintió, como un acero en su carne, una gran risa aguda. La mujer reía, con un hiriente reír metálico. Por un momento se quedó como anodado bajo el crescendo desgarrante de aquella risa que se prolongaba frenética, se abría y flotaba como una cabellera de furia y parecía clavar en el aire mil puñales.

En su huir azorado, oyó, en una ventana próxima, una voz de mujer que decía: que alegre está la loca!.....

Todavía al doblar la esquina la risa le clavaba en la espalda sus mil hierros.

CARLOS PAZ GARCIA.



CRISTOBAL L. MENDOZA

Como los campos primavera enflora,
Como argenta los cielos la bonanza,
Como el ala en que el águila se afianza,
Como pico del monte que el sol dora:

Derramando una luz como de aurora
Tu saber era faro de esperanza,
Nave segura que en el mar avanza
Sirtes rompiendo la tajante prora.

En arduo anhelo, en indecible guerra,
Ya al ver lucir la prometida tierra,
El ábrego te hirió torvo y sañudo;

Y al fin..... caíste en la postrer jornada
Alta y noble la faz, rota la espada!
Descansa ¡oh lidiador! bajo tu escudo.

FELIPE TEJERA.

Caracas: 15 de febrero de 1906.

EL 41



EL CUARTO DEL SOLTERO—del célibe hastiado y solo, que sufre cien privaciones—una habitación lúgubre como una tumba abierta que espera.....

Todo llora en la mansión del solitario, borracho de crueles nostalgias y enfermo de males satánicos.

Ese hombre pálido que vive solo en compañía de su baúl y de sus libros, es una triste alma suplicada por una tempestad de recuerdos: qué finamente crueles son sus noches! Recuerda, las dulces emociones del día y vuelve á vivir con su memoria todas las estratagemas de su vida. de una hora: el amigo que trató de herirle con un rudo epigrama; el periódico de la mañana que en dos líneas sin fuerza y sin savia participaba la desaparición de un luchador egregio: *Paz á sus restos*. Estas palabras mil veces oídas y mil veces dichas le hicieron un fuerte efecto lánquido. *Paz á sus restos*: él amaría una paz eterna también.

Todos sus suplicios viejos y nuevos se compactan en la hora nocturna, cuando llega á su cuarto y se acuesta en su lecho de hotel, sobre almohadas que no ama ni están saturadas con su perfume. Piensa, y todos sus pensamientos como agujas le pinchan el cerebro; diríase que es su cuarto de soltero el que lo hace sufrir más.

Aquellas sábanas blancas con que arropa su cuerpo fatigado, el velador con la caja de cigarrillos, la vela y el vaso de agua: todo lo asusta como si fuesen aparatos de suplicio.

Entra en su cuarto después de las tertulias de las plazas ó del café, y evoca la charla de su camarada de quiméras y de ideales que criticaba ó insultaba á otro compañero de culto. Los amigos con sus grandes corbatas rojas y sus botas largas de elegantes de aldea: todos sus recuerdos lo asaltan en la hora en que llega al frío cuarto del hotel y se acuesta en su lecho como un esqueleto que vuelve á su cueva de cementerio.

Es el desarraigado inconsolable, que llegó hace cuatro años de su provincia palúdica y triste, soñando con la conquista y la victoria. El inconforme en su pueblo que amó á Caracas desde sus primeros años. Después de la odisea de las casas de huéspedes logró vencer en partes muchos obstáculos que antes creyó fortalezas invencibles.

Siguieron las conquistas y fueron agigantándose sus hastíos; cada nueva batalla ganada era una nueva tristeza. Venció al fin; una victoria sin ruidos y sin apoteosis que le hizo mucho daño.

Peregrinó por los ministerios como empleado cumplido. Vió su nombre en los periódicos al pie de sonoras rimas eróticas. Tuvo novia en La Pastora y le llevó violetas muchas noches y escribió cartas líricas de bellas imágenes tristes.

Dejó de escribirle á la familia y llegó á avergonzarse de haber nacido en una provincia lejana. Sin darse por vencido en sus grandes aspiraciones de antaño; vive sin grandes quimeras pero aún sueña.

Y en plena victoria, en su cuarto de hotel, como una tumba que espera, reposando su cabeza en almohadas mercenarias—piensa y sufre el desarraigado vencido que desde niño soñó con Caracas; con la Caracas sin misericordia que le condena al pavoroso cuarto solitario—donde se acuesta en su lecho como un esqueleto que vuelve á su cueva de cementerio.



AMOR PLATONICO

Sin que tema turbar la dulce calma
De tu pecho, decido revelarte
Cómo, reflejo de la tuya, otra alma
Hay que tu dicha y lágrimas comparte.

Y si fervientes en el templo piden
Tus labios gracias ó piedad al Cielo,
Otros, no muy distantes, coinciden
En la misma esperanza y santo anhelo.

Cuando en fruición suprema te embebece
El vibrar melodioso de tu piano,
Cerca hay un corazón que se estremece,
Como herido también de tu ágil mano.

Si, tras de la calada celosía,
Del sol, que muere, ves la ansia postrera:
Por retardar un punto esa agonía,
Hay quien la lumbre de sus ojos diera.

Y si tu padre, en cariñoso juego,
Al fin entre sus brazos te da abrigo;
Envidiole un instante, pero luego,
Dichoso con tu dicha, lo bendigo.

Sí, te amo, niña, que tu frente casta
No se incline al oírlo; no reclamo
Que me oigas indulgente: á mí me basta,
Para feliz sentirme, ver que te amo.

¿Qué más he de querer? ¿A las estrellas
Pediré por ventura que me paguen
El imposible amor que he puesto en ellas,
Y mi esperanza ó mi ilusión halaguen?

¿No amo las galas mil de la pradera,
Joyeles de rubí, lazos de armiño,
Y he lamentado alguna vez siquiera,
Que no puedan volverme ese cariño?

¿No amo el ave gentil que cruza el aire,
Cándida exhalación que busca el cielo,
Y de tomar habré por un desaire
Que no detenga para oírme el vuelo?

Mas ay! que estrellas, flores y palomas
Me pagan con su propia indiferencia;
Que no extingue su luz ni sus aromas
Ni calla sus arrullos mi presencia.

Mientras que tú condénasme, inclemente,
Sólo un instante á ver tu faz querida,
A adorarla fugaz tímidamente,
Y llorarla por fin, dicha perdida!

JUAN D'SOLA.

P. ARISMENDI B.



Sahara argelino. - Una caravana

EN SILENCIO....

Segué, con mi hoz de amores
todo un trigal, en la mustia
campaña de tus dolores.

En tu derruido santuario,
llené de óleo tus lámparas
y de incienso tu incensario.

En tu alma—una cisterna
abandonada y profunda—
vertí el agua de una eterna

Juventud. Los tristes bronces
que por la muerte lloraban
no más lloraron. De entonces

En el azar de tus vías,
el cascabel de mi alma
repicó sus alegrías....

Y, después de tantas cosas
milagrosas me fui lejos,
mientras caían las rosas

De las tardes de tu vida,
sin que llorara en tus tardes
mi postrera despedida!

LUIS CORREA.

EL ARCA DE NOE



ncalculables son los progresos llevados á cabo en la construcción naval, de Noé á la fecha. Es preciso confesar que en aquellos remotos tiempos las leyes de la navegación se veían al poco más ó menos, y que, en cambio, en los actuales están más «regladas» que un papel de música.

El buen Noé no podría emprender en esta época lo que se le permitió entonces; la experiencia nos ha enseñado á manejar con mayor escrupulosidad la vida de nuestros semejantes.

En los tiempos que corren, se prohibiría á Noé salir del puerto de Bremen. Los inspectores encargados de pasar visita al arca, le harían toda clase de objeciones. Cualquiera que conozca Alemania, puede imaginarse la escena y todos los pormenores del coloquio que tendría lugar.

Hé aquí al inspector, ostentando su brillante uniforme militar, impresionando por su majestad y por su corrección; completo caballero; pero inmutab'e como la estrella polar, cuando se trata del estricto cumplimiento de su consigna. Obligaría á Noé á declarar: el lugar de su nacimiento; su edad; la secta religiosa á la cual perteneciera; el monto de sus rentas; su grado y posición sociales; la índole de sus ocupaciones; el número de sus mujeres, de sus hijos y de sus criados, así como el nombre, sexo y edad de cada uno de ellos. En caso de que no estuviera provisto de un

pasaporte, lo intimaría á proveerse de uno inmediatamente; después pasaría al Arca.

- ¿Longitud?
- Seiscientos pies.
- ¿Cala?
- Sesenta y cinco.
- ¿Manga?
- Cincuenta á sesenta.
- ¿Construida de.....?
- Madera.
- ¿Qué clase?
- Cedro y acacia.
- ¿Decoraciones exteriores é interiores?
- Alquitranado por dentro y por fuera.
- ¿Pasajeros?
- Ocho.
- ¿De qué sexo?
- Cuatro machos y cuatro hembras.
- ¿Su edad?
- Los más jóvenes, cien años.
- ¿Y los más viejos?
- Seiscientos años.

—¡Ah! Vais á Chicago, ¡buena idea! ¿Cómo se llama el médico de á bordo?

—No tenemos médico.

—Es necesario que busquéis uno, así como un agente de inhumaciones; eso es absolutamente indispensable: personas de esa edad deben estar rodeadas de todo lo necesario para vivir. ¿Tripulación?

- Las mismas ocho personas.
- ¿Las mismas ocho personas?
- Precisamente.
- ¿Y además, cuatro mujeres?
- Sí, señor.

—¿Han servido en la marina?
 —No, señor.
 —¿Y los hombres?
 —Tampoco.
 —¿Ninguno de vosotros ha navegado?
 —No, señor.
 —¿Dónde, pues, habéis vivido?
 —En un cortijo, todos.
 —Como ese navío no es de vapor, debe tener, cuando menos, una tripulación de ochocientos hombres. Es necesario procurárselos á la mayor brevedad; además, precisa, asimismo, que tengáis cuatro ayudantes y nueve cocineros. ¿Quién es el capitán?
 —Yo soy.
 —¿Hacéis vuestro «debut» en la empresa?
 —Sí, señor.
 —Me lo figuraba. ¿Qué cargamento lleváis?
 —Bestias.
 —¿De qué especie?
 —De todas las especies.
 —¿Salvajes ó domésticas?
 —Sobre todo salvajes.
 —¿Exóticas ó indígenas?
 —Especialmente, exóticas.
 —¿Cuáles son vuestras principales bestias salvajes?
 —Megaterios, elefantes, rinocerontes, leones, tigres, lobos, serpientes; todas las especies salvajes de todos los climas... y un par de cada una de ellas.
 —¿Sus jaulas son bastante sólidas?
 —¡Pero si no tenemos jaulas!
 —Precisa que las tengáis. ¿Quién da de comer y beber á toda esa «ménagerie»?
 —Nosotros...
 —Vosotros, personas de tan avanzada edad?
 —Sí, señor.
 —Eso es tan peligroso para las fieras como para las personas. Es menester que esas bestias sean cuidadas por mocetones robustos que entiendan de ello. ¿Cuántos animales lleváis á bordo?
 —De los grandes, siete mil; grandes y chicos, en conjunto, noventa y ocho mil.
 —Necesitáis para ellos unos mil doscientos cuidadores. ¿Por cuántas aberturas recibe luz el navío?
 —Por dos ventanas.
 —¿Dónde están situadas?
 —Cerca del techo.
 —¿Dos ventanas para un túnel de seiscientos pies de largo por setenta y cinco de profundidad? Urge la luz eléctrica, lámparas de arco y mil quinientas incandescentes. ¿Qué haríais para resguardaros de una «via de agua»? ¿Cuántas bombas hay á bordo?
 —Ni una.
 —Son menester bombas. ¿Cómo tomáis el agua para los pasajeros y para los animales?
 —Con cubos, por las ventanas.
 —Eso no es admisible... ¿Cuál es vuestra fuerza motriz?
 —¿Fuerza... qué?
 —Fuerza motriz. ¿De qué os servís para hacer caminar vuestro barco?
 —De nada.
 —Necesitáis ó velas ó vapor. ¿Cómo está instalado vuestro timón?
 —No tenemos.
 —¿No tenéis barra?
 —No, señor.
 —Entonces, ¿cómo os gobernáis?
 —No nos gobernamos.
 —Procede un timón convenientemente instalado. ¿Cuántas anclas?
 —Ni una.
 —Urgen seis. Está prohibido permitir la

salida de un buque de esas dimensiones sin dicha garantía. ¿Cuántos botes de salvamento?
 —Ni uno, señor.
 —Son menester veinticinco. ¿Cuántos aparatos salvavidas?
 —Ni uno.
 —Deben ser dos mil. ¿Qué tiempo va á durar vuestro viaje?
 —Once ó doce meses.
 —Once ó doce meses: eso es un poco largo; pero tendréis tiempo de llegar á la Exposición. ¿De qué está forrado vuestro barco?
 —¿de cobre?
 —Su casco no tiene forro de ninguna clase.
 —Pero, buen hombre, los animalillos del mar que roen la madera van á agujerear vuestro barco como una criba y á vaciarlo antes de tres meses. No puede partir en esas condiciones; es necesario blindarlo. Una palabra más... ¿Habéis reflexionado que Chicago es una ciudad interior y que un barco como éste no puede llegar hasta allá?
 —¿Chicago? ¿Qué es Chicago? Yo no voy á Chicago.
 —¿De veras? Entonces, permitidme que os pregunte: ¿qué vais á hacer con todas esas fieras?
 —Que se reproduzcan.
 —¡Oh! ¿no os basta con las que tenéis?
 —Hay bastante para las necesidades actuales de la civilización; pero como los demás animales van á ahogarse en el diluvio, éstas servirán para perpetuar la especie.
 —¿El diluvio?
 —Sí, señor.
 —Estáis seguro?
 —Completamente seguro. Lloverá cuarenta días y cuarenta noches.
 —No os apuréis por ello, querido señor, eso acontece aquí muy á menudo.
 —Pero se trata de otra clase de lluvia. Esta cubrirá la cima de las montañas; no se verá tierra.
 —Aquí *inter nos* (y esto lo digo oficiosamente), lamento que me hagáis tal revelación. No puedo dejaros elegir entre la vela y el vapor, debo imponeros el vapor. Vuestro barco no puede llevar la centésima parte de agua necesaria para los animales durante once meses... Necesitáis una máquina para destilar el agua.
 —¡Pero si ya os dije que la tomaré por las ventanas, con cubos!
 —Bonita contestación: antes que el diluvio haya cubierto las crestas de las montañas, el agua dulce, por infiltración del agua de mar, se volverá salada. Presento á usted mis respetos, señor. ¿Me engaño al presumir que éste es vuestro primer ensayo de arquitectura naval?
 —El primero, justamente, señor; palabra de honor. He construido esta arca sin poseer la menor noción de construcciones navales.
 —Es una obra notabilísima, señor, notabilísima. Estimo que no se encuentra sobre el haz de los mares un barco de un carácter tan nuevo como extravagante.
 —Favor que me hacéis, querido señor; me lisonjeáis infinitamente. Creed que guardaré de vuestra visita un recuerdo imperecedero. Mi más profundo agradecimiento, señor; mil gracias de nuevo y... ¡adiós!
 —¿Adiós? ¡No tanto! El inspector alemán, con una cortesía infatigable, reiteraría á Noé toda clase de protestas de amistad; pero no le permitiría hacerse á la mar dentro de su arca.



CRONICA

I. Exhibe su rostro de vieja, su impávido rostro de harina, la luna. La dulce pareja pasea la luna en berlina.

Grotesca y vulgar aventura, regalo de bocas tremendas, que rompe el botón de ternura la noche de Carnestolendas.

(Oh noche de amables embrollos que vicios y duelos atizas;— dispendio de júbilos criollos, comparsas y bailes y zizizas!)

II. Amor en sus almas anida, y novios de cursi domaire, discurren la clara avenida que ondula á la vera del Guaire.

La luna con gracia oportuna, mancha el suelo con su oro claro, y el suelo, manchado de luna, es una piel de cunaguaro.

«Dios mío!»—la joven suspira con artes de astucia coqueta, y llora no sé qué mentira bajo el rasó de la caretá.

De lejos la brisa que sopla trae una música ligera, y el amante canta una copla á su lánguida compañera.

Romántica flor de cocina, sueña la miel de una ternura, mientras discurra la berlina y el mozo vive su aventura.

Mas todo en balde,—lloro y queja— gazmoñerías de muchacha: el mozo olvida su pareja por otra de más noble facha.

III. Caso de amor. Eterna hablilla—regalo de bocas tremendas— de una pasión de pacotilla la noche de Carnestolendas.



Sahara argelino. - Una calle

LA MANO DE MONO

Afuera la noche estaba húmeda y fría; pero en el salón de Laburnam-Villa, las cortinas descorridas y el fuego ardiendo alegremente le daban una temperatura agradable. El padre y el hijo jugaban al ajedrez, mientras una anciana tejía junto a la lumbre.

—¿Oís qué viento?—dijo White.

—Escucho,—respondió el hijo sin quitar la vista del tablero.....

—¡Jaque!

—Apenas puedo creer que Morris venga esta noche.

—¡Mate!—exclamó el hijo.

En ese momento se escuchó un pesado paso que se dirigía a la puerta.

—¡Hélo aquí!—dijo Hérbet a su padre.

El anciano se levantó y fué á recibir al que llegaba.

El sargento mayor Morris—dijo presentándolo.

El soldado estrechó las manos de la anciana y del hijo y tomó asiento junto á la chimenea, mientras White colocaba sobre la mesa una botella de whisky y unos vasos.

El pequeño círculo familiar miraba con vivo interés á este visitador venido de países lejanos y que sabía narrar salvajes y asombrosas escenas.

—¡Hace ya veinte años—dijo White,—¡ah! yo hubiera querido ir también á las Indias.

—Habéis hecho mejor en quedaros—replicó el sargento, vaciando su vaso á grandes tragos.

—Yo hubiera querido ver esos viejos templos, esos fakires, esos juglares—agregó White.

—A propósito, Morris, me empezasteis á contar el otro día algo sobre una mano de mono.

—¿Una mano de mono?—preguntó llena de curiosidad la señora White.

—Sí, se trata de un caso de hechicería—replicó el sargento.

Los tres que le escuchaban se inclinaron ávidamente hacia él.

—Al verla—dijo el sargento,—se creería una mano cualquiera, seca como la de una momia.—Y sacó de su bolsa un objeto que mostró á su auditorio.

La señora White retrocedió horrorizada, pero su hijo la tomó, examinándola con curiosidad.

—¿Y qué tiene de particular?—preguntó White.

—Es una rara historia que os voy á relatar—dijo Morris vaciando su vaso por segunda vez.

—Un viejo fakir la dotó de un poder mágico, de manera que de tres personas puede cada una ver realizados tres de sus deseos.

—¿Y por qué no habéis formulado esos tres deseos?—dijo Hérbet White.

Ya los he formulado,—dijo el sargento, cuyo rostro se cubrió de palidez mortal.

—¿Y los tres se realizaron?—preguntó la señora White.

—Sí, replicó el sargento estremeciéndose.

—¿Y nadie más ha hecho la prueba?—insistió la anciana.

—Sí,—un hombre, y ha visto sus tres deseos satisfechos. Ignoro cuáles fueron los dos primeros, pero en el tercero invocó á la muerte.

La expresión de la fisonomía de Morris era tan terrible, que un silencio pavoroso pesó sobre el grupo.

—Puesto que vuestros tres deseos se han cumplido, esta mano no os sirve ya; ¿por qué la guardáis?

—He pensado venderla—dijo el sargento,—pero no me he resuelto: ha enusado ya bastantes desgracias.

—Y tomó la mano entre el índice y el pulgar, la balanceó un rato y después la arrojó al fuego. White dió un grito y se precipitó sacándola de entre las brasas.

—Dejadla mejor quemar—dijo el soldado.

—Si ya no tenéis necesidad de ella—replicó White,—dádme-la.

—Yo la habia arrojado al fuego; si la conserváis,—no os quejéis de lo que os suceda.

Durante la comida no se habló más del talismán. Cuando el sargento se fué, Hérbet preguntó á su padre:

—¿Le has dado algo en cambio de su talismán?

—Una bagatela—dijo White;—no quería aceptar nada y de nuevo insistí en que no la conservara.

—Pues hé aquí que estamos en vías de ser ricos, célebres y felices—replicó Hérbet.—Padre, para comenzar, puede usted desear ser emperador.

White se echó á reír.

—Si liquidas el precio de la casa, seremos felices; pues bien desea entonces 200 libras.

White tomó el talismán, y levantándolo, exclamó:

—¡Deseo tener 200 libras!

Y lanzó un grito que hizo acudir á su mujer y á su hijo.

—Se ha movido—exclamaba mirando horrorizado la mano del mono, que había dejado caer en el suelo.

—Cuando le formulado mi deseo, se retorcí en mi mano como una serpiente.

—Pues no veo el dinero—dijo Hérbet,—y creo no lo veremos jamás.—Y puso el talismán sobre la mesa.

La familia se instaló junto al fuego. Afuera el viento silbaba con violencia, y el ruido de las puertas, que se golpeaban, hacía saltar nerviosamente á los tres personajes.

A la mañana siguiente todos rieron de sus temores de la víspira y creyeron que cuanto el sargento había contado era pura fábula.

La mano del mono quedó abandonada sobre una consola y Hérbet se fué á su trabajo como todos los días. White no olvidaba que Morris le había dicho que las cosas sucedían de una manera tan natural, que podrían atribuirse á una simple coincidencia.

Al mediodía la anciana notó que un desconocido iba y venía mirando la puerta y sin atreverse á entrar. Por fin se decidió y llamó. La señora White lo introdujo hasta el salón.

El desconocido miraba á White y á la anciana sin atreverse á hablar. Como los esposos lo interrogasen con insistencia, él balbució:

—Vengo enviado por la casa M. M. Maw y Maggins á avisaros.....

La anciana se estremeció.

—¿Qué sucede?—dijo temblando.—¿Ha pasado algo á Herbert?

—Doloro.....—dijo el visitante.

—¿Está herido?—exclamó la madre.

El hombre se inclinó en señal de asentimiento y luego dijo con lentitud.

—Espantosamente; á lo menos, ya no sufre.

La señora White dió un doloroso grito comprendiendo el sentido de esas palabras.

—Fue cogido entre un engranaje y destrozado—dijo al fin el visitante.

Los padres sollozaban con la mayor desesperación.

—Aún tengo que decir—replicó conmovido el hombre—que la casa Maw y Maggins os dará como indemnización una cantidad de dinero.

—¿Cuánto?—exclamaron á un tiempo el marido y la mujer, mirándose con terror.

—200 libras—respondió el hombre.

La madre perdió el sentido y White rodó por el suelo como una masa inerte.

En un rincón del cementerio los pobres esposos enterraron á su querido muerto y volvieron tristemente á aquella casa ya para siempre llena de soledad y silencio.

Pasaron los días, y los desgraciados padres no se resignaban.

Una semana después del fatal suceso, White se despertó una noche sobresaltado y se encontró solo. Una oscuridad completa envolvía la pieza, y junto á la ventana se oían desgarradores sollozos.

—Ven—dijo con ternura á su esposa,—tendrás frío.

—Más frío ha de tener solo en el cementerio mi hijo—respondió ella llorando.

White volvió á dormirse y á poco despertó asustado por un agudo grito que lanzó la anciana.

—¿La mano!—exclamaba ella,—¿la mano!

—¿Qué es? ¿dónde está? ¿qué pasa? preguntó White saltando del lecho.

—Quiero la mano—le dijo su mujer,—¿dónde está?

—En el salón sobre la consola—respondió estupefacto;—¿para qué?

—He pensado en los tres deseos; no buenos satisfecho más que uno.

—Y creo que bastante desgracia nos ha traído—replicó el marido.

—No—dijo ella;—formularemos aún otro. Corre á buscar la mano y pide que nuestro hijo vuelva á la vida.

—¿Gran Dios! ¿Estás loca?

—Toma la mano y pídele. ¡Oh! ¡mi hijo! ¡mi querido hijo!

White encendió una bujía diciendo:

—Piensa que ha muerto hace diez días, y que su cuerpo estaba de tal manera desfigurado, que sólo pude reconocerlo por sus vestidos.

—¿Crees que yo temo al hijo que he criado?—gritó la mujer.—¡Corre, ve por la mano!

White se dirigió á la consola y tomó el talismán temblando de miedo.

Con la frente bañada de frío sudor, pensaba cómo vería aparecer los restos mutilados de su hijo si se realizaba aquel loco deseo en que iba á pedir una espantosa resurrección.

Al entrar en su cuarto le pareció que todo estaba iluminado por una claridad lívida.

—¡Desea!—dijo la mujer.

—¡Pero esto es una locura, un crimen!

—¡Desea!—repitió ella enérgica y terrible.

White levantó la mano y dijo:

—¡Deseo que mi hijo vuelva á la vida!

El talismán cayó al suelo, y White fue presa de horrible convulsión, mientras la anciana se aproximaba á la ventana y miraba con ansia el camino.

Todo estaba en silencio; la bujía, próxima á apagarse, lanzaba á las paredes y al techo su claridad intermitente.... Por fin se extinguió.

Con indecible espanto el marido se metió en el lecho. Poco después se acostó la esposa, dudando ya de la virtud del talismán.

No hablaban; pero muy cerca uno de otro escuchaban el tictac del reloj. La oscuridad era angustiosa. White se resolvió á ir á buscar otra bujía; frotó una cerilla, que á la mitad del camino se le apagó; se detuvo para encender otra; pero en ese momento sonó en la puerta de entrada un golpe tan débil que se oyó apenas. La caja de cerillas se desprendió de las manos de White, desapareciendo su contenido. El viejo se quedó atónito. Un segundo golpe

resonó de nuevo. White corrió lleno de terror á su cuarto y atrancó la puerta. Un tercer golpe más fuerte se dejó oír.

¿Qué es?—preguntó la mujer.

—Nada, un ratón.

La anciana se incorporó sobre el lecho, prestando atento oído. Un golpe más vigoroso sacudió la puerta.

—¡Es Herbert!—exclamó la madre.—¡Es mi hijo!

Y corrió á la puerta; pero su marido le estorbó el paso.

El viejo se sentía desmayar de espanto, pensando en el abominable espectáculo que presentaría el muerto resucitado con todo el horror de la monstruosa mutilación que lo había matado, y con la asquerosa putrefacción que después de diez días de estar enterrado invadiría su carne destrozada.

—¡Déjame pasar! Voy á recibir á mi hijo!—gritaba la madre, luchando locamente por apartar á White. Entre tanto, los golpes no cesaban y con un supremo esfuerzo la mujer se desprendió de los brazos de su marido y corrió á abrir la puerta.

White la siguió hasta la escalera suplicándole que no abriera; pero ella, sin hacer caso, llegó y empezó á desprender la cadena de seguridad.

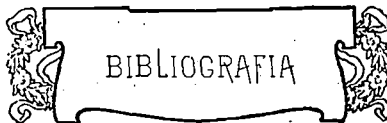
—¡Esto no puedo ser! ¡Esto es horrible!—gritaba White, y al oír que caía la cadena y que su mujer buscaba la cerradura para introducir la llave, él corrió á su cuarto y tomó el talismán, diciendo:

—¡Que no entre, que el cadáver desfigurado permanezca bajo la tierra!

Los golpes cesaron súbitamente, la anciana abrió por fin la puerta, un viento glacial bañó la escalera, y del pecho de la pobre madre se escaparon dolorosos gemidos.

El camino se extendía á lo lejos tranquilo, silencioso y desierto!

W. JACOBS.



J. M. Vargas Vila. — "La Simiente." — París, — 1906.

La evolución literaria del señor Vargas Vila es seguramente una de las más curiosas que hemos podido observar en América. Comenzó escribiendo novelas sentimentales y tiernas, cortadas por el modelo tantas veces y con tan poca ventura imitado, de la *Marta* de Isaacs. Como la política se mezclaba con frecuencia á sus literaturas, vino á ser un combatiente poderoso, un periodista de gran mérito, enemigo pertinaz y resuelto de las tiranías; con lo cual y con atacar violentamente algunas instituciones y costumbres generalmente acatadas, tuvo para granjearse una popularidad completa en muchos países de la América hispana.

Desde la publicación de *Flor del Fungo*, ha cultivado con preferencia—además de la literatura política de sus periódicos, que no es ahora del caso examinar—el género de la novela ruidosa, con amplias vistas hacia el poema lírico; de la «novela-poema», género que él defendió y ensalzó con motivo de los ataques que le dirigieron á alguna de las suyas. Si no obstante su gran popularidad, no ha formado ni aún en pequeño lo que se llama escuela, es debido menos al desdeseo de copiar sus gestos y frases por parte de sus imitadores, que á su modo literario realmente muy personal aun en medio de sus mayores y menos aceptables extravíos. Una gran parte de la medianía intelectual lo sigue con ardorosos frenesí y adopta sus maneras y sus aptitudes con descaro muy simple, sin lograr nunca, como es lógico, acercarse en aptitudes.

Por ciertos detalles de sus libros muchos han creído vislumbrar la intención desahogada de escribir un constante elogio de sí mismo, manía egolátrica que de ser cierta resultaría insoportable á fuerza de fastidiosa. Ignoro hasta dónde puedan tener razón los que ven en algunos personajes que no pueden llamarse sino heroicos, del autor colombiano, su propia figura, más ó menos disimulada bajo apa-

riencias distintas. Pero es preciso confesar que tal vez nadie ha prodigado tantos aplausos al señor Vargas Vila como los que él propio se dice con tanta frecuencia.

En el terreno de la literatura su vehemencia, propia de un escritor político, lo ha arrastrado á protestar contra toda fórmula y toda pragmática establecida; y ha declarado que la gramática no sirve sino para ser violada, confundiendo acaso los fueros del idioma con las manías académicas, y en efecto la viola y maltrata á su antojo, y á sabiendas, según su decir.

Con su vasto talento y con su ilustración, el señor Vargas Vila hubiera podido ser, si él lo hubiera querido, un escritor admirable. Ha echado por un camino muy propicio á los éxitos ruidosos entre las mayorías, y por él ha llegado á la uniformidad, al amaneramiento de las ideas y de las formas. Estas, siguiendo naturalmente la evolución del pensamiento, sistematizado en las protestas de un radicalismo rojo, hecho de puro lirismo, en la declamación del propio orgullo casi morboso, y en fórmulas de desdén para todo lo consagrado, han llegado á cristalizar en párrafos de una música igual, donde predomina una misma nota monótona, llena de fatiga muchas veces, aunque de vez en cuando reluce con inesperados destellos, cuando el talento del autor se desliga de las ataduras que él propio se ha puesto, y promulga libremente sus voces espontáneas. Así sus buenas cualidades quedan oscurecidas de un modo lamentable por el procedimiento.

En este último libro, *La Simiente*, nos presenta á Leonardo Bauci, un escritor, «terrible agitador de conciencias y de hombres», cerca del cual «la multitud sentía la vecindad inabordable del prodigio», á quien «una élite, luminosa, silenciosa y grave, le hacía cortejo»..... Etcétera. El mismo personaje altanero y absurdo de todas sus novelas anteriores. Este hombre idolatra á su único hijo, que ha muerto en un combate, en una revolución de su patria remota. En el profundo dolor ocasionado por la muerte del hijo jura la «guerra á su propia simiente», pues que la «simiente del hombre es simiente de dolor.» Nunca volverá á reproducirse.

La fecundidad invencible le sale al paso muy pronto. Pero como para él «toda ley moral es un freno de imbecilidad», no vacila en provocar indirectamente la muerte de su querida fecunda. Lleno de hastío y de tristeza se marcha luego á Venecia dispuesto á morir. En Venecia un nuevo amor lo ata otra vez á la vida; mas este amor resulta fatalmente fecundo también, y entonces, entristecido y desesperado, se suicida, arrojándose al mar, y arrastrando con él hacia la muerte á su última querida, bella criatura, gozosa en medio de la existencia, á quien él, en su vértigo criminal, hunde bajo las azules sedas mortuorias del agua, mientras el crepúsculo agoniza sobre la ciudad de los duxes.

Leonardo Bauci es un loco, marcado con atroces estigmas morales y mentales, un sér absurdo, poseído de ideas extravagantes y extrínsecas, tipo del degenerado megalómano que cumple á su antojo los más desatinados impulsos de su espíritu enfermo. Es evidente el parentesco psicológico que une á este Leonardo Bauci con los héroes de algunas otras novelas de Vargas Vila. Este se ha consagrado, según parece, á contar las aventuras diversas de un mismo personaje. Lo que predomina en estos personajes es lo excepcional. Son genios magníficos, «rebeldes é irreductibles», desdenosos de la muchedumbre, á la cual defienden contra la tiranía por capricho, ya que no puede ser por otra cosa, solitarios, perversos, suerte de superhombres baratos dignos de haber nacido en cualquier república de Sur América. Pero el autor manifiesta cierta predilección cariñosa y admirativa por estos tales. Su palabra los acaricia, los halaga, los rodea de un nimbo luminoso, los cubre de un fastuoso prestigio, como con un manto de púrpura salpicado de pedrerías sangrientas..... Lo malo es que la púrpura es apócrifa y las piedras son falsas.

Eugenio Díaz Romero. — "Raza que muere" (Poema dramático). — Buenos Aires.—1905.

El autor «ha procurado trasladar á su obra un hermoso fragmento de naturaleza argentina,

reflejando sus cambiantes imágenes en el humilde sonido de sus rimas; describir el amor como lo conoció, ora tierno ó violento, tempestuoso ó sereno; pintar sus ritos y sus misterios sin privarlos de su verdad ni despojarlos de su misterio....., según declara en el *Prefacio*, precioso como documento para apreciar las tendencias literarias del autor. La raza que muere es la gaucha. El asunto, además de ser muy amplio, está erizado de escollos difíciles para quien no sea un escritor de mucha fuerza. Poner ante los ojos del lector ó del espectador la agonía de toda una raza, encarnar sabiamente en intensos símbolos su espíritu moribundo, es ruda y ardua tarea. ¿La ha realizado Díaz Romero?

El defecto principal de su obra es, según confiesa él mismo, la «froudosidad opulenta» del drama. Nada hubiera perdido talando un poco el exuberante follaje de versos. Hay largos trozos de romance que hubieran debido suprimirse sin vacilación. Pero se comprende que el poeta, enamorado de sus versos, no quiso tocarlos. El asunto está diluido de tal manera en la vasta tirada de octosílabos, que resulta pálido y flojo. El alma gaucha no aparece clara por ningún lado. Por lo menos el lector espera verla aparecer siquiera un solo instante, revelándose íntegra en un solo acto, en una sola frase impregnada de toda ella; mas espera en balde. No hay figuras de cuerpo entero, dibujadas con enérgica nitidez, como lo reclamaba el objeto del poema. Venos atravesar por el fondo siluetas borrosas, confusas, sin fisonomía, sin expresión propia, ó rostros triviales donde no hay rastros de drama, incapaces de representar un símbolo fuerte. El autor asegura que sus personajes son seres vivientes. Bien pueden serlo; pero el caso es que ni el lector los ve vivir ni resultan elementos aptos para la tragedia.

«Don Toribio, Nicanor, Basiliano, eran, muguer su rusticidad indomable y sus naturalezas selváticas y apasionadas de paisanos autóctonos, valientes prototipos de la raza gaucha.» Lo que es yo los encuentro unos brutos, sin afeites de nobleza, sin un solo relámpago interior que los ilumine y los transfigure, que nos obligue á olvidar un momento su brutalidad habitual. Ignoro si los gauchos de verdad son así de opacos y rudos, aunque otros autores me los han mostrado muy distintos, adornados de muchas cualidades nobles en medio de la natural y oscura salvaje que les ocupa el espíritu. Porque aunque Díaz Romero pretenda encontrar un solo rasgo de elevación de alma en sus personajes, así como los enseña á nuestras miradas, son unos rústicos de testarudez bestial y pasiones desenfrenadas y rastreras.

Además, entiendo que Basiliano, el galán desdeñado por Esperanza y con mucha razón según mi modo de ver las cosas, representa la raza que muere. Pero él muere por un accidente fortuito, porque Aurora, para evitar que perezca el novio de su hermana, se anticipa á matar al enamorado celoso. Muchos dirán que lo más natural hubiera sido que aquella gritara y alarmara antes que irse para el otro con cautela, como un ladino facineroso de melodrama y asestarle boatamente su puñalada certera. Pero lo importante es que el muerto no viene á representar el fin de la raza. ¿Por qué? El conflicto en realidad no existe. Aurora, una muchacha buena, de blando corazón, se convierte de súbito en criminal, sin que las circunstancias la fuercen á serlo. Por aquí es por donde peca principalmente el drama de Díaz Romero. No hay consistencia ni armonía. La tragedia está tráfada por los cabellos, arrancada á la fuerza de su lóbrega espelunca, para arrojarla sin tino en medio de la obra.

No sé si habrá interpretado mal la intención del poeta, si se me habrá escapado la esencia trágica del poema. Pero este es mi sincero sentir.

Por lo demás el libro se resiente de la ejecución. El plan fué concebido para un drama breve, como han de ser los dramas. El autor dice que en el curso del desarrollo fué ampliándolo y acogiendo toda idea que le ocurrió sobre el asunto. De allí la frondosidad. De allí también lo borroso de los personajes y lo cansado de las escenas. El poema perdió en intensidad cuanto ganó en amplitud, que no fué mucho ganar, según creo.

JESÚS SEMPRÚM



Panamá - Parque central

LETRAS IMPRESAS

Con motivo de una carta del señor José Santos Chocano

Señor Jesús María Herrera Trigoyen.

Presente.

Muy señor mío y amigo:

La carta á usted, del señor Chocano, que circula en *El Cojo Ilustrado* anterior, es para una rectificación, y esta una no será sino simples letras impresas. Le suplico, como siempre, acogerla bondadoso.

El señor Chocano empieza por llamarme distinguido, y si le debo gracias por el calificativo, creo que no sea justo ni que haya razón para esos tomases que me expondrían á oficiosos dases, que tampoco vienen al caso.

Vayamos al finiquito. El señor Chocano dice: «no se trata de literatura; yo nunca he discutido sobre mis versos ni sobre los ajenos. Se trata de una interpretación falsa que puede ofender el sentimiento patriótico de Venezuela.» Por eso desviando á estas menudencias de críticas y rectificaciones. Yo no he escrito este verso:

Sobre la cual en bronce se ergue San Martín.

El verso que yo he escrito es éste:

Contra la cual en bronce se ergue San Martín.

Puedo comprobarlo con la publicación hecha primitivamente en Lima, hace cerca de un año. Por manera que todo lo escrito por el distinguido señor Darío Maldonado debe tenerse por nulo.

En el número 192 de *El Estado*, correspondiente al día 31 de agosto del año próximo extinto, periódico de variedades, de cinco páginas de lectura, en forma de revista, que dirige en esta ciudad de Caracas el literato Leopoldo S. Landreth. Apreció *La tierra del Sol* y entre paréntesis (*De Alma de América*), y debajo un quinteto de sonetos aludidos también de para abajo, en este orden: *Imperio, Conquista, Colonia, Independencia, Porvenir*, y por firma: José S. Chocano.

No estiraremos las pícaras sospechas hasta suponer que se sustituyó un verso lindo por uno feo, este de ahora por aquel de entonces; que los cajistas le jugaron una mala pasada al redactor, quien no corrigió las pruebas, ó que Samuel Darío Maldonado encargó un soneto pedestre al señor Chocano, para echarse al hombro el alto honor de enristrarle una crítica.

Advierto que todo el mundo que tenga el periódico á la mano ó lo pida prestado ó lo alquile, verá en letras de molde, si no está ciego, el quinto de la fila del quinteto:

INDEPENDENCIA

Llegó como un trueno, que destrozó las puertas
Ventanas del Palacio, la independiente edad.
El condor de los Andes sacó sus alas abiertas
y picoteó los rayos de aquella tempestad.

Se irguieron los criollos sobre las razas muertas.
Las monías de los indios clamaron libertad.
Colombia y Argentina cruzaron sus alerías,
y Sucre selló el pacto por una eternidad.

NOTA EDITORIAL.—Fue publicada en esta Revista la carta del señor Chocano, y lo es hoy la del señor Maldonado por atención á ambos caballeros; pero lamentamos que estos apreciables amigos, al hacer una aclaración que ha podido quedar en terreno puramente literario, hayan creído necesario hacerlo en carta al Director de *El Cojo Ilustrado*, y en términos que pueden revelar falta de cordialidad.

Es Sucre á la manera del sólido cisne; y Bolívar, la columna del propio monumento, sobre la cual en bronce se ergue San Martín.

Y sobre el monumento que en las Estades crece la juvenil figura de Córdoba parece el águila de la fama tocando su clarín.

Estos entonce renglones en forma de verso (para los que no hayan leído mi: *Un mal soneto*) fueron la causa de una invención que se me deslizó inadvertidamente con el nombre dicho y que para agravar ó complicar el acto punible, ya no es rectificación con una mendacidad porque corre en el número 332 de *El Cojo Ilustrado*.

En la parte céntrica de una pantalla, yérgense catorce líneas ó renglones ó versos, blanca y lisa, entendido, ya que las letras deben estar de negro para que resulten bien; en la mitad de ese lienzo, suponiendo que es tela, destácase todo un soneto que firmó un señor Chocano que leyeron tal vez unas muchas personas, que no es corto el trecho desde el Perú á Venezuela [quizá se cause alguien que no se eche en cuenta como el Inca, ó no venga á mulla, á caballo ó en vapor] sobre yérguese el soneto de que habló un señor Maldonado, distinguido, hoy por afandadura, porque lo vió, lo leyó, lo tocó, lo palpó en un periódico.

Píjense detenidamente los leyentes, yo no me atrevo á añadir una jota á lo llamado *Un mal soneto*, ya que no fué así, sino como está en la carta del señor Chocano. Si le columbraron un «Condor que picoteó los rayos de aquella tempestad» y no se quemó lo boca (por no repetir el vocablo pico) y que se irguieron los criollos sobre las razas muertas», y «las monías de los indios clamando libertad» y «Colombia y Argentina», etc., etc., no los juzguen por lugares comunes ni por versos prosaicos ni por rarezas mágicas (las monías de los aynarás gritando son capaces de asustar al mismísimo Piteta.... y hasta de resucitar del susto á una monía egipcia), pero no se imaginen nada de malo ni de bello ni que distan las catorce tres mil leguas de la mansión apolina, nada de eso es del señor Chocano, benévolo auditorio, el soneto no se imprimió así, el padre legítimo puede «comprobarlo» con la fe de bautismo «la publicación hecha primitivamente en Lima, hace cerca de un año».

Los criollos que «se irguieron», San Martín que «se yergue»—fuera de dos esgruidos que no se ven, porque están en el resto del quinteto—el condor por el aire dándole picotadas á los rayos, Sucre sellando el pacto, Bolívar de columna, el Mariscal de nuevo, no con el sello sino convertido en cisne sólido, San Martín á horrojadas sobre Bolívar, el monumento de piedra ó mármol creciendo, y la juvenil figura de Córdoba tocando su clarín, junto con la fama, ó lo que viene á ser, cuatro lubios juntos para una boquilla en un solo tiempo ó un pito para dos gaitas mismas, y todo ese maremagnum no le pertenece al señor Chocano, porque se lo obsequia al que se lo depara la fortuna ó casualidad, en una hoja volante ó periódica, y por eso y quién sabe cuáles ocultos móviles, si escurre el bulto el autor de la paternidad, el crítico se esconde, y el lector esquivará el cuerpo y el soneto se suspenderá en el aire como un globo ó mongolfiera que flota por carencia de peso en el vacío.

Y la consecuencia es forzosa, si el soneto no es así, la crítica tampoco será así «por manera que todo lo escrito por el distinguido señor Darío Maldonado (grazie tanto, respondería un napolitano) debe tenerse por nulo».

Reflexionemos con serenidad, sin escandernos, tengamos piedad de todos los que escriben bien y lo ofrecen los criollos y de todos los que tiran peor y lo desentonan los impresores. La prensa periódica es la Estigia expiatoria de los artistas rimados. Los día

mantes con ser que son diamantes han menester pulirlos con ellos mismos para que brillen brillantes. Las perlas de hermosos orientes, se deslustran, se empuñan, se rueñen, y mueren al cabo. Figúrennoslo que los autores perlanos del señor Chocano, en forma de verso, se tiznaron, les cayó mugre, les arruñaron en el camino. ¿De quién la culpa? ¿Mía? ¿Eso no! Yo me echo á cuestras mis muertos, y los ajenos que los entierra el dueño. Y si eso le pasa al diamante y lo sucede á toda una margarita, qué de cosas no le acontecerá á un soneto de autores alejandrinos; cómo le irá á un ser frágil, fútil, laborado en rimas, una baratija en papel de imprenta malo, en tinta borrrable y en un periódico, nada menos que en un periódico? Qué de extraño habrá en que la magallana del nomen del señor Chocano llegase hecha una lástima, ó transformada en un arrapije, á las costas de Venezuela, y se presentase njada, mustia y sin aroma al público? La culpa, por sabido, no la carga nadie del Perú para abajo ni de aquí para arriba, el deterioro es secuela fatal de lo que fue, pero si reside el daño en haber publicado la flor del soneto por la sencillez de que si viviera en la oscuridad de lo inédito ningún mortal (¿qué gracia!) lo hubiese leído, á nadie le disgustaría ó parecería malo, ni se lo quedarán «jirones en las zarras del sendero», y el señor Maldonado no se distinguiera y estaría á estas horas á la luna de Valencia, sin la enorme mácula de caberse en un pobre soneto!

Más el señor Chocano trasciende á descontento por mi irreverente crítica, y á decir verdad, á mí no me gusta tampoco. La carta es buena, aplaudida, saturada de cortesías—añoten que discernio laureles—y tan expresiva que confiesa tener «espíritu continental», que con franqueza no es poco, «sigo que no lo vivo», cerniese como una onda; como una nube á estilo del Ruah hebreo ó el Pachuc. Canuche incógnito sobre los autores primitivos versos, pues no obstante el retoque, como no respiro en ninguna altura (cuando subí á las Sierras nevadas, me iba asfixiando) me impelen las obligaciones no á «descender» sino á entrar en «menudencias de críticas y rectificaciones»:

Contra la cual en bronce se apoya San Martín.

Las dos bastardillas, dos neonantes entre sí, en el mismo verso. Ayúdame, acórrame, alma de algún poético intempestivo, empujame que no puedo ascender! ¿Por qué me niega á mí á dar lecciones y echarlas de pedagogo? Un mal soneto del señor Chocano y una carta del mismo señor. Resulta que la llamada rectificación desconfiaba por completo el sentido de las intenciones primeras y tuercas de tal guisa la figura de San Martín que señaja recostado á Bolívar, hecho que no es verdad en el fondo histórico: anda uno de los dos libertadores se apoyó sobre lo que pudo, de manera que cuando al nuestro lo derrotaban por estos trigos, y aconteció varias veces, el otro, el otro, si siquiera lo sospechaba; y cuando á don José lo pusieron en polvorosa, por sorpresa, en Cancha Rayada, Bolívar quizás estaba de juerga: gustábase mucho divertirse en lo que tenía todo su derecho, pues era de carne y hueso, si no desvarío. «El monumento que en las Edades crece», del señor Chocano «á no ser que se construyera con otro plomo en Lima», de verso ha crecido, pero de lado, por los hipocóndricos (en lengua de médicos) porque en vez de que San Martín esté aumentando por la copa ó coronilla se alarga por un flanco, al apoyarse en la columna que es Bolívar. Y como el señor Chocano no tuvo en la bondad rectificatoria de la carta, explicarnos que resolvía cambiárla y lo desalojaba de arriba, para colocarlo en otro sitio, resultan pues, dos San Martines, uno sobre la tetera de Bolívar, y otro arrimado disimuladamente á látere, lo que si no es un nuevo rima, es un exceso de estatuas ó por lo menos una inmisericordia contra el bueno de Don Simón.

«Y Sucre selló el pacto por una eternidad», en el soneto, y en la carta de Madrid, porque vuelve la albalilería «es el cimiento, base principal, sostén de la Independencia y eso no es «dadorarle», pero es desanzurrarlo con los dos generalitos que le recuesta el señor Chocano. A Sucre es piadoso no montarlo general en echarlo hojas secas encima; y bastaría, ni en broma: El ya no resiste con la pesadumbre de su gloria. Nada que los lo desdora, más no como pareciera con la verdad absoluta de los hechos titulados históricos. Oigan qué de noticias se van añadiendo! La Independencia de estos países se basa en Boyacá, Carabobo, Bombón, Pichincha, Junín, la vemos escalar hasta las cúspides de los Andes en Ayacucho: ¿no será mejor imaginarse que Sucre coronó la obra? Las bases fueron un montón de huesos regados de aquí al Cundurecuna pero no al revés. Es una opinión. Y mía de yo, ó de cualquier meollo.

En décadas cuando discurrían los mudos, y las ollas de Egipto, no se podía ni intentar la exégesis de libros sagrados y el que lo hizo ó ensayó, anduvo derecho á la hoguera. Quien mejor librado estaba del auto, estrenaba después las ceniclerías de un tizonazo en la crisma. Inviértense los tiempos y comienzan á estampar libros santos con el epígrafe del culto *Nolite me tangere* y la turbamulta con la amenaza de no me toques, acabará por no mirarlos ni con antiparras; les ofenden y perjudican los profanos, entonces, público del Continente? Amontonarlos en un tabernáculo, y no acercarse, para no caerse muerto de repente. O origines un templo como á la Piedra Negra de la Meca, pero fabricables también una Meca bien Meca, que esté tan lejos que nadie arribo en años de años y ejercitar la peregrinación para incensar los libros santos, con muchos ayunos, abstinencias de todo género, no comer pan á manteles, silicios y penitencias diurnos y nocturnos, que así acenso al fin fenezcan en la jornada y lleguemos al legadero! ni verlos, ni tocarlos, ni venerarlos.

Ahora, señor Maldonado, no se escriba literatura para la literatura, sino para un grupo de iniciados en los misterios de Eleusis, y se le dedica la obra al «eminente escritor», al «exímio bardo», al «ángel de la rima», para que se le responda en una tarjeta muy mona, muy bien oliente: «como cinco-

lada por esos dedos de orfebre, del compadre y amigos», cuando en realidad de verdad si viviera Baltazar de Alcázar se desternillaría de risa al toparse con tales manías. Ahora es un truf y llevar de gatinas y diademas un continuo meleo de cosas y mutuos esponjamiento y curvaturas de espinazos y afoites recoprosos de barbas: el carnaval es perpetuo. Cualquier Príncipe del Río, se goza orondo con su tricorneo de pupel flamante, aunque sea por tres segundos. Ahora, señor impempestivo, se le quedará el jumento enflorado, es decir, á usted se le prolongarán palmo y gemo las narices, porque si no lo vuelva en la porta-sombrosos una cesta de aromáticos jazmines al primer que se lo aparezca, métese á fríalo, tápese los ojos y tráque los oídos. Ahora se atiborra callidito la boca lo que vendan en libros, revistas, periódicos ó no compra un céntimo de papel impreso, porque no hay derecho á reclamarnos ni quejas: el recurso es el patuleo: atibórrase y cíllese.

Pero tiene que haber exégesis hasta tanto que medren «espíritus sutiles y quiquillosos» y para «conformar suposiciones tortuosas», es necesario hincar ó que nos alorquen, aunque sea con malos sonetos. ¿De modo que todos charlin, disparutan, decaratan á mandibula batiente, en escalas cromáticas y nosotros que gastamos la paciencia y los centavos en orfros no podremos contestar ni un estornudo? ¿Qué hay de esto, público de torras las Américas? ¿Enmudeces ó no?

Debería de oficio, ya que nadie me lo implora, borrar del mapa literario mi irrespetuosa crítica, acompañar en lo generoso al señor Chocano que da por «no escrito el mal soneto», que lo troncha de su bosque de árboles, bastantes de un demócrata, rechacados «los de Alina de América», pero yo entiendo que lo no escrito es lo que no se ha escrito y cada uno piensa lo que piensa con todo su derecho.

Y también lo que daré por visto [para evitar desazones á otros] será todo lo que se publique—con las excepciones ineludibles de lo bueno y lo bello—pues si gano un diacrillo y compro un libraco ó me suscribo á un periódico, con cortes y relieves dorados el primero y laminas el segundo, porque es mi razón, tengo todo lo que debo, ahora nadie quiere ser leído á la usanza antigua, con los ojos abiertos [y derrocha la excentricidad de publicarlo!] sino con una venda de cuero ó con los ojos cerrados: si los abrimos como dos firols y sorprendemos un lunarellito ó un divieso y lo continuamos al vecino en secreto, los autores retirarán todas sus obras, y habrá mayor desgracia para la humanidad y... la familia?

En serio. Macnuly cuenta que un señor escribiendo de versos para el teatro porque le criticaron algunas «braz ántes», escenas de un drama, rechacados y volvió á intentar fortuna, más que debió rectificar ó no escribir la obra entera. El caso es frecuente, no supongo.

Y la culpa no es del señor Chocano ni mía ni de Perico Sarmentino. D' Annunzio observó que el soneto como obra de arte es deficiente de por sí: los dos cuartetos, cabeza y torax deminados voluminosos para los tercetos, abdomen y piernas, harto raquíticos y gríbelos. Y una pierna atravesada, agregó! Pero es la causa sin que no se mudo y la culpa es de lo, es de cómo se podría modelar un prodigio con la fealdad de un soneto? Así es que el monumento erigido á los héroes, trajo desde el principio malos materiales, y la armazón del uno no cabía en los andamios del otro.

Señor Chocano, yo no soy culpado de las habas que se comió... su soneto!

Culpados Guido D' Arezzo, José María de Heredia, Antero de Quental, los máximos Cellinis de las rimas, los autores versos. Y culpados nosotros que por imitar lo que ellos cincelaron en oro y bronce, pretendemos repujar en estaño.

Y no me meto de oficioso á retirar la crítica, porque lo escrito escrito está. Se rectifien errores insustanciales, el autor alardea de «todo su derecho» en cambiar, pulir, limar, especialmente cuando busca reclamo en hojas periodísticas, que eso no es edición definitiva. Resulta que ó se desfigura el primerizo de tal modo que no lo conoce ni el mismo manufacturero, ó queda por ahí de pesadilla para ayudar á las comparaciones con el enemigo y la culpa es de lo, es de cómo se podría modelar un prodigio con la fealdad de un soneto? Así es que el monumento erigido á los héroes, trajo desde el principio malos materiales, y la armazón del uno no cabía en los andamios del otro.

Amén de otras prudentes atenciones (continúa de oficio) no perpetuare el flicidio de mi crítica. Yo no me enamoro de mis retoños, que son como cualesquiera hijos, defectuosos; y por no ser inhumano someterlos á un monjo perpetuo, han de salir al público, y si yo no los descubro ni el más leve defecto, alguien les escudriñará la carátula y lo que resultare de más ó de menos, y ello siempre será un obstáculo para mí.

El inconveniente, pues, es obvio: mi equipaje literario es muy exiguo, tan exiguo que no me hace falta ni maldita la gracia, pero si lo abandono, desamparo, boto, desprecio, añado un disparate á una majadería: buena ó mala mi maleta es mi maleta, y con ella cargo aunque sea como una cruz de cien toneladas. Si la aliento, la recoge algún curioso impertinente (no para utilizarla ¡ah! sino para desaharla, registrarla, urgaria, temiendo algún contrabando) la hallará así el mejor átomo de los más cífrimales, se encontrará con aquello, y estoy perdido entonces, desnudo en la calle, expuesto á la intemperie de la publicidad, á miradas deshonestas y meliosas. Los que han zureido cuartilla á cuartilla, resmas de papel, como Pérez Escrich en prosa, y Camprodón en verso, pueden arrojar muchísimo al osario y devolver al corral, volumentros volumen, lo que allá debió quedarse; pero los que escriben como

ellos (en valor literario) y entre ellos me coloco de cuerpo entero, para aturdirme con la verdad antes que me la canten recto, y me erispe de pie á enbrazar los puros y limpios de bellezas artísticas y rellenos de polvo y polva, que somos unos volantes literarios, que contamos apuñes con algún artificio en prosilla de pacotilla y tal cual estruje de dudoso palaje, chirla, adocenada, chabacana, esos en tralla, no tenemos nada qué suprimir, nada qué enmendar, nada qué componer; de hecho estamos suprimidos, enmendados y descompuestos; y nos mantenemos vivos y famosos solamente por la benevolencia y amabilidad de los que aman la lectura y se agnuntan los ripios que importan por arrobos y los ripios que se producen y gustan por quintales en ensa.

Todavía aún. Para que se impongan del contenido y valor de los restantes sonetos y ojalá que no estén trabucados los finales, á la suerte echo mano del tercero. Y sin examinarlo, porque azgo á troche-moche uno de la parvada, se lo presento al público con la venia del señor Chocano quien lo tituló ó bautizó sin reservas, *Coloniaje*. No voy á tartamudear ni esta boca es mía, hasta que no sea la copia, que tomo del mismo periódico venezolano (un viaje al Perú, ideal de mis viajes, lo aguardo desde hace años, más no irá por un soneto). Subrayo lo subrayable: alteraciones, nombres comunes repetidos, adjetivos calificativos abundantes, oraciones reflejas anfibológicas, etc., etc.

COLONIAJE

Vale un Perú—y el ara carib como uno oída,
Vale un Perú y las barbas de Heredia el metid.
Sólo quehaca en frase magistral y redonda
Como una resaca en mullida colanida.

Difírase que el ara de un Creso se defendida...
Oh! ¿edad de los virreyes que nunca tuvo igual?
Se abren los ojos claros de la virreyina blonda
Y luce brillar sin plotas la ultra episcopat...

¿Cómo el balcón morisco que un púlpito ni metid
¿Quién descolgó la escala de retorcida sedn?
¿Cuál pascó, el de sauces, que en el río se ve...?

La edad de los virreyes es balte de gran brilla,
y en él, mientes se ablan las bucas de un tressa,
se van encubriendo los cuadros de un infante...

Ahora sí, mancebo, ó revicento: el regnero de letras alidnas no es del señor Chocano, sino mío, más todos esos lunarellitos y descuidillos de forma y errores de dicción, son filigranas del propio señor, si no resuelve retirarlos, y considerarlos nulos, pero en ese evento [¿de qué la culpa?] que una alma ermitiva se apodere del lío, yo tengo bastante, ya no puedo con mi maleta, y lo que es de la ujena, ni tocarla con un palito, figurarla desde respetable distancia cuando más.

Si mi oficio fuere de magister le aturrullaría con miles de esesapulos. La idea de que se canceló lo leyendario de la vida colonial en el Perú, menos por supuesto, los malos versos y los ripios, es muy bella, sobra para una elegía á tenor de las de Moratín á las Alvará, sin embargo como no se apoya contra el segundo cuarteto, hay que traer de las orejas el ara de Cresos defendida. La originalidad de exhumar á Cresos es muy tiernecita, por cierto que se lo notan colmillos y hasta arrugas y canas. Do aquella ara ó huaca pudo derrumbarse raudales de onzas en similitud de abundancia, y sucede lo contrario, se defonda, ella sola (no indien el autor cómo), se inutiliza por consiguiente, y por esa desgracia barrunto que ni de esto b sirva. Cuando una olla que en Venezuela se defonda, se perdió el micocho ó se incubó el payo, ¿de qué una vena rimada ó praseca se defonda aquí ó en la Cochinchina, alguno salió con las manos en la cabeza.

Luego que aquello se defondó «se abren los ojos de la virreyina blonda», que eran claros, tal vez como los de la amada de Gutierre de Cetina, que si logró feliz un madrigal eterno de belleza, y en el señor Chocano, digo, en el soneto, «brillan las piedras de la mitra del obispo», y el público y yo cerraremos los ojos para no ver tanto defondamiento.

Lo demás no lo entiendo. Y quién me constriñe á entender lo que no me entra de ninguna suerte en la mollera? Empero como Cervantes puso á Sancho de compañero de Don Alonso, y Fray Gerundio á Buireque, el pue zorro y remolón, yo que no me les quedo atrás (á Don Miguel y Don Modesto) ocurro á Murachí, eriado muy perro, para que me extraña de afanes.

—Murachí, Murachí, vén acá, grito.
[Se presenta enbuzado, las orejas caídas, temblándole las piernas].

—¿Tú sabes leer? prosigo.
[Menea la cabeza, asombrado con la pregunta].

—¿Sabes ó no? Responde lo que se te antoje; tienes «todo tu derecho».

—Se agacha sobre el soneto y con el relampaguear de los ojillos me da á entender que sí].

—Pues bien, aténdeme lo que te voy á preguntar:
—¿Cuyo el balcón morisco que un púlpito remedó?

[Me gruñe por lo bajo].
—Yo no sé, mi amo.

—¿Quién descolgó la escala de retorcida sedn?
—Se vuelve irresoluto de uno y otro lado, en señal de ignorar y roner].

—«Tampoco sé», tampoco.
—Continúa entonces espantado: ¿de modo que Murachí no entiende el valor de las nuevas etorce perlas, se bahrán empuñado?

—¿Cuál pascó, el de sauces que en el río se ve?
—¿Qué sé yo? [y frunce los lomos].

—Estás insoportable de bruto; no sabes lo que se te pregunta ni quién es el dueño de las interrogantes, siquiera?

—Por las pupilas del erido indigena, como la yerba verde en los ojos del buco, del soneto de Carducci, cruzó silenciosa la imagen en letras de José Santos Chocano.

El tímido Murachí se escabulle, y yo sigo, ni más ni menos que al comienzo de estos misteriosos catore alejandrinos, perplejo, á obscuras de lo que signifiquen, conjeturando que sin un telescopio no se percibe una sola chispa de luz en las profundidades, ma-

licias y aventuras amoriles que se deslizan en el pálpito ó balcón morisco, por la escala de retorcida seda y los puntos suspensivos ó suspensos, y con la torturante curiosidad de saber en «¿Cuál paseo, el de sauces, que en el río se ve?» ó en cualquier parte donde las gentes ven los paseos en, cerca, junto al río y no que el río se ve el mismo, porque si no se vea un espejo de buen tamaño y mejor luna ni el más pintado se ve la cara ni el río se ve una gota de agua que le salpique las barbas.

Pero las tres preguntas, si no son apócrifas, están contestadas más abajo por los tres versos del soneto, y jugando á los despropósitos [de quién la culpa?] á manera de pura frivolidad, como cuando el hastío asesina en los salones.

—¿Cuál el balcón morisco que un pálpito remeda?
—La edad de los virreyes es baile de gran brillo.
—¿Quién descolgó la escala de retorcida seda?
—Y en él, se doblan las basas de un tresillo.
—¿Cuál paseo, el de sauces, que en el río se ve?
—Se van desenvolviendo los cuadros de un minué.
[Quiera el ángel de mi fortuna que este soneto no haya sufrido el percance de algún temporal en el camino!]

¿Edad por época, por era? Angola se llamaba! Ahora enigo, porque era y época por edad, son símbolos. Y ángamos la prueba, porque eso de que yo probaría es muy hipotético, yo pruebo hasta el vinagre. Tan descañabrada estaría la idea que fuera preciso cerebro de misántropo ó gusto especial para no fruncir los labios cuando v. g. se interrogara á una jamona por la edad [danza, jauru, polka, según la acepción del señor Chocano]: ¿Cuántos bailes cuenta usted, amable señorita?—Casi veintinueve y un pico... de Chimboraço! O si una niña reclamada y pediguera me saliera á boca de jarro, murmurando: ya sabe, distinguido señor Darío Maldonado, el jueves próximo cumpliré quince minués, cuadrillas ó rigodones?

Y por último, señor Maldonado. ¿Samuel Darío se pregunta y se contesta él mismo?
—¿Qué haría usted con un adéfesio como esa balumba de ritmos:

La edad de los virreyes es baile de gran brillo?

—Yo, yo, no publicaré uno más.

—¿Y con aquel diamante:

¿Cuál paseo, el de sauces, que en el río se ve?

—Ni... ni... ni me digas eso.

—¿Pero qué harías, en fin, crítico inverecundo?

Aunque eso no es delito,
pues darle por no escrito.

—Y la maleta no es tu maleta, pucha?

—Mi maleta... es mi maleta, y no de hojas, y ya eso es harina de otro costal.

Y prosigo hablando conmigo mismo y pensando en proceder así:

Si fuera natán verso tan pteroy tan malo

Al español Valbuena mandárselo en regalo

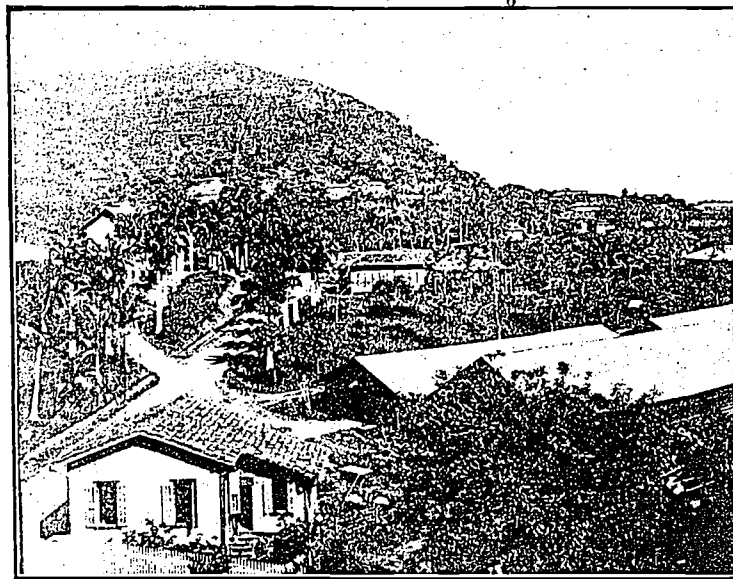
Y que le dé pirogas cuando haga otro montón;

(O por tener á un palo

Echárselo al fogón).

Soy de usted, señor J. M. Herrera Irigoyen, s. s. y amigo,

SAMUEL DARÍO MALDONADO.



Panamá - Hospital Ancon y la capital de la zona del canal.

po por el casticismo y la elegancia del lenguaje en que están escritos. Ha cultivado varios géneros de las bellas letras humanas y ocupa un puesto eminente entre los escritores venezolanos de su generación. Estas cualidades justifican y abonan su presencia en la Academia de la Historia, en donde, con sus claras luces y su saber, contribuirá eficazmente al más feliz cumplimiento de las delicadas tareas confiadas al tino y á la idoneidad de la honorable Corporación.

La sesión extraordinaria á que nos referimos estuvo presidida en representación del ciudadano Presidente Constitucional, por el señor Ministro de Instrucción Pública, quien se ha distinguido en el alto puesto que ocupa por su amor á la prosperidad de la cultura patria. El señor Ministro clausuró el acto con las palabras que gustosamente publicamos en seguida:

Ilustres Académicos:

Nuevamente comisionado por el Supremo Magistrado de la República y Restaurador de la Patria, eximio General Cipriano Castro, para representarlo en esta doctísima Academia, cumplo con gusto especial encargo tan honorífico; tanto por la inmensa honra que esta representación envuelve para mí, como por la satisfacción singular que experimento presidiendo este hermoso acto, de grande importancia y de verdadera trascendencia. Así como por el honor altísimo que, indudablemente, recibo, al encontrarme, aunque sea por breves momentos, entre vosotros; que tan acertada y dignamente componéis esta honorable Corporación, acreedora de sabios veneros de preciosos conocimientos y orgullo de la Nación.

Importantísima y muy aplaudida adquisición acabáis de hacer, recibiendo en vuestro seno como vuestro individuo de número al ilustre y renombrado doctor don José Ma Manrique, cuyos muchos y relevantes merecimientos le hacen verdaderamente acreedor á tan señalada distinción.

Así como adquisición tan valiosa es motivo de justo júbilo para este docto Cuerpo, lo es de complacencia para el Benemérito Presidente Constitucional del País; á cuyo nombre me es grato presentaros entusiastas congratulaciones. Al mismo tiempo que me permite excitarnos á no desmayar en vuestros patrióticos trabajos, asegurándoos que su apoyo no os faltará nunca, como no le falta jamás á todo lo que sea grande, y digno de Venezuela, por cuyo engrandecimiento y gloria trabaja él sin cesar.

Yo también os presento efusivas felicitaciones, honorables Académicos. Recibidas, pues son hijas de la más pura sinceridad.

Una novela

El señor general Celestino Peraza, distinguido escritor venezolano, ha tenido la galantería de obsequiarnos con un ejemplar de su última obra recientemente publicada. Es una novela titulada *Los piratas de la sabana*, en que el autor, tomando por base un suceso dramático, verdaderamente nacido en el Yururi en tiempos del auge de las minas de oro, forja una na-

rración rebosante de vivo interés, en que los sucesos están hábilmente enlazados y presentados con verosimilitud que es gran parte para el éxito indudable logrado por el novelista.

Los libros de este género son raros entre nosotros. El general Peraza ha sabido comprobar que no es preciso ir á beber en fuentes exóticas para escribir un folletín ameno, que arrebató la atención del lector y lo deleite con las peripecias del enredo, sin recurrir á resortes absurdos para despertar el interés. Estamos ciertos de que el libro del señor Peraza será acogido con aplauso por el público.

Damos las gracias por el envío.

Las cárceles de Caracas

Una compilación muy interesante de notas históricas de las cárceles y depósitos de detenidos que han existido en Caracas, desde el último año del siglo dieciocho hasta diciembre último, es la publicación que ha circulado. Su autor es el señor general Manuel Landaeta Rosales y se titula *Anales de las Cárceles de Caracas*.

La labor de este autor es de larga data y de fecunda utilidad. Su laboriosidad infatigable, su consagración tenaz, su paciencia fervorosa, lo disputan el hombre á propósito y á prueba para la faena minuciosa y sosegada de escudriñar archivos, leer y ordenar documentos, fojar legajos, protocolos y expedientes, recopilar impresos, consultar autoridades, solicitar y descubrir el dato, confrontar testimonios y anotar detalles.

A la estadística y á la historia patrias ha suministrado el señor Landaeta Rosales interesantes datos que sitúan á fácil alcance un material de penosa adquisición en estos países agitados, para escribir historia nacional.

Damos las gracias por el ejemplar que nos ha sido enviado.

Venezuela y la Compañía Francesa del Cable

Presentamos muy atentas gracias al señor Don Ramón Tello Mendoza, Gobernador de la Sección Occidental del Distrito Federal, por el ejemplar de esta interesante obra que ha tenido la bondad de enviarnos, y de cuyo contenido hemos dado ya cuenta detallada en nuestro número anterior.

Defensa de la Antropología General y de Venezuela

Tal es el título de un trabajo que acaba de publicar en folleto, en la tipografía *Bolívor*, nuestro distinguido amigo y asiduo colaborador, el señor doctor Samuel Darío Maldonado, y del cual ha tenido la cortesía de enviarnos un ejemplar.

Damos cumplidas gracias al autor.

Notas de duelo

JOHN HENRY WYRELL

Ha fallecido recientemente en esta ciudad el señor John H. Wyrell, extranjero distinguido que supo captarse el aprecio y la estimación generales con su



En la Academia de la Historia

El día 18 de febrero pasado, celebró la Academia Venezolana de la Historia una sesión extraordinaria, con motivo de la recepción del Individuo de número, señor doctor José María Manrique, designado con plausible acierto por la Ilustre Corporación, para ocupar el sillón vacante por la muerte del eximio literato señor doctor Eduardo Calcaño. El gallardo discurso del nuevo académico, que versa sobre Bolívar y la Gran Colombia, y está escrito con un amplio criterio patriótico, es una pieza oratoria digna de las solemnes circunstancias en que fué pronunciada. Respondió en un bello y sobrio discurso el señor doctor Manuel A. Díez, Secretario de la Academia.

El doctor Manrique, que pertenece también á la Academia Venezolana de la Lengua, es escritor de nota y nombradía, conocido y estimado por numerosos trabajos, que revelan su vasta cultura intelectual y la elevación de sus ideas y se distinguen al mismo tiem-

conducta honorable y su cultura. El señor Wyrell era profesor de idiomas hábil e idóneo, y enseñaba en algunos reputados colegios de la capital. Varias generaciones de jóvenes habían recibido de sus labios la enseñanza de las lenguas. Su muerte ha sido generalmente sentida. Juntamos nuestros sentimientos de duelo al de sus deudos y alumnos.

CARLOS EMILIO

Era su vida en botón, tierna y pura, con la pureza de la sonrisa y el encanto de la inocencia, una dulce fuente de dicha para el hogar donde su infancia representaba un florido regalo de los cielos. Perfumaba de alegría el corazón de sus padres y era él mismo una cándida y viviente azucena de ventura. En horas de alegría la muerte descolgó su ténicla funeraria sobre el encanto de aquella existencia; y la alegría fue trocada en amargura y los lirios caducidos de la dicha se humedecieron con un rocío cruel de lágrimas.

Nuestro amigo el Sr. Nerio A. Valarino llora la desaparición del infante que embellecía su honorable hogar. Es más hondo el dolor de los padres cuanto más dulce fue la presencia del niño; y porque la muerte tronchó prematuramente el renuevo que poseía todo el cariño de sus almas.

Acompañamos sinceramente a los esposos Valarino en su congoja.

ANDRÉS ANTON, HIJO

De una manera trágica y brusca, cuando la juventud lo acompañaba sonreída y ferviente en su peregrinación por la vida, pereció el día 25 de febrero pasado el joven Andrés Antón, hijo. Un destino deplorable y trágico presidió su desaparición de la existencia. Joven, apreciado por sus prendas morales y por sus afables y cultas maneras, la muerte hizo presa en él con brusca crueldad y el suceso inesperado impuso la consternación en aquellos mismos que no conocían la bondad de su espíritu ni cuánto representaba de fuerza viva y de posible fertilidad su juventud en plena lozanía. Cuánta sería y cuán honda la tribulación de sus deudos ante el hecho imprevisto y desventurado!

Ligamos estrechos lazos de amistad con la familia del joven fallecido, a la cual acompañamos con efectiva sinceridad en sus profundas penas.

DOCTOR IGNACIO NUÑEZ

Hondos y largos padecimientos troncharon la vida de este distinguido ciudadano que por sus virtudes públicas y privadas se hizo acreedor a la estimación general.

Lamentamos sinceramente el fallecimiento del Doctor Nuñez y presentamos a sus deudos la expresión de nuestra pena.

Libros y folletos recibidos

Reseña de la fiesta con que el Club Táchira obsequió a Doña Zola de Castro en la noche del 18 de enero del corriente año.

De mi lado por Simón González Chacón.—1906.

El general Jorge Antonio Bello, por el Dr. Rafael Soto Verde.—Maracaibo, 1905.

Damos las gracias a los señores remitentes.

NUESTROS GRABADOS

Una visita

Cuando el verdadero artista arranca un detalle a la vida real para poetizarlo, el deseo de hacer obra humana vigoriza sus facultades intelectuales y la inspiración entonces, como un águila, se eleva a regiones máximas, donde se constata de luz de iris.

La visita pertenece al género de pintura a que hacemos referencia. La naturalidad priva en ella, soplo de vida anima la tela que reproduce magistralmente la visión de un inmortal que se ha pasado por los intrincados laberintos de la realidad.

Tiempo de rosas

Como rojos labios de vírgenes morenas, ánforas palpitantes henchidas de néctares, cumil blancas mariposas de múltiples alas, como rosados effluvis de los celajes, las rosas, altivas y lozanas, vuelcan en el ambiente sus cálidas y saturan el aura que roza con leve beso ruoroso la verde manaña de las hijas.

Tiempo de rosas es un cuadro lleno de poesía,

de la perfumada y suave poesía de los jardines donde las rosas, exuberantes y espléndidas, llueven sobre la esmeralda húmeda del césped, perenne lluvia de pétalos rojos y albos que semejan deseos y sueños virginales, caídos en el verdegay, de almas que yerran en la atmósfera luminosa y pura.

Perfumes de estío

El estío, poblado de encantos, la tibia estación de las cigarras, ha sugerido a Bodeinstein la pintura que hoy traemos a las columnas de nuestra Revista.

Algo delicado, vaporoso y aéreo flota en el cuadro; el alma del estío templado, fragante y harmónico, el hálito vigorizante y sano que arrastra notas de alegres canciones y embriagantes esencias.

Mucho tiene la pintura de Bodeinstein de la ardiente y bella estación: contemplándola nos parece que asistimos a una puesta de sol en el campo, una tarde de estío, a la sombra de un árbol corpulento donde ensaya la cigarra su monótono serenate.

La vida americana

Entre las costumbres del pueblo yanqui, costumbres de una diversidad que raya en lo increíble, existe la de pesar al niño apenas ha rasgado la maternal clausura, tan pronto como exhala el primer tierno vagido.

Esta costumbre, que en algo práctico y útil se funda, está reproducida en el fotograbado que aparece hoy.

Rembrand

Sorprender al artista en su taller rodeado de sus obras queridas y de sus instrumentos de trabajo, para mostrarlo al público en quien sus talentos han despertado entusiasmo y cariño, es cosa que pesa y reporta méritos, mucho más si quien tal hace es otro artista consagrado por el favor público.

Los vigorosos colores del pincel de Gerome han fijado la personalidad del insigne Rembrand en el momento en que éste se dispone a engarzar en la alba urdimbre del lienzo los oros de su gran inmortal.

Cleopatra

En edición anterior publicamos la muerte de la reina egipcia, obra de un ilustre pintor. El mismo asunto, aunque diferente en la combinación, en el procedimiento artístico, en todo el conjunto, pero igual en la esencia, es el que Kromberg ha explotado.

Cleopatra, mordida ya por el áspid mortal, aparece yacente, desnudo el glorioso seno, pálida, exangue é inmóvil como una bella estatua derribada: la vida ha huido para siempre de aquella blanca y maravillosa envoltura corporal; en la soberbia magnolia tronchada no queda un solo átomo de vital fluido. Esta es la Cleopatra de Kromberg.

Visión de primavera

Ante la prodigiosa epifanía de la primavera, inmensa cornucopia que se vierten sobre la tierra estremecida, sembrando los campos de matices y los nires de músicas, el alma extática se arrodilla y prorrumpe en entusiasta salutación.

La primavera como en los árboles, pone también nuevos retoños en el espíritu; por eso quien la evoca el artista que la copia en cualquiera de sus manifestaciones, siente más hondamente y se produce en ricas y admirables flores de arte.

Ingenua y hermosa es la visión de primavera.

Palacio y Museo.—Luxemburgo

Dos copias interesantes embellecen las columnas de EL COJO ILUSTRADO. La Cámara de María de Médicis es una de ellas, soberbio aposento real donde el arte y el lujo se dan la mano y ostentan sus más valiosos atavíos.

Declaración de la Independencia de los Estados Unidos

El 4 de julio de 1776 la ciudad de Philadelphia dió la prueba más solemne y decisiva de su patriotismo, declarando a la faz de los pueblos su voluntad de emanciparse para siempre del yugo inglés.

Ese acto glorioso, la declaración de la Independencia de los Estados Unidos, que dió por resultado la creación de la gran República, vive en la pintura vida impercedera: Dumaresq ha trasladado al lienzo con hábil é inspirado pincel el hecho magno, génesis de las libertades americanas.

El retorno

Hondas sensaciones desconocidas embargan nuestro ánimo cuando regresamos al lugar querido, cuando volvemos a ver, después de larga ausencia, la blanca torre cuyas campanas nos llamarán a casa; cuando los effluvis de los campos nativos nos traen memorias de la infancia, que nunca mueren.

Entonces repetimos la estrofa del poeta:

«Dichosos, que no sienten los dolores
ni la punzante pena
de los que lejos de la patria lloran;
infelices que ignoran
la insondable alegría
de los que tristes del hogar se fueron
y luego ansiosos al hogar volvieron.»

El Sierro

Este río de Almería ora se despeña por sobre montes escarpados, ya se desliza majestuosamente y libre por llanuras dilatadas que se llenan del rumor de las espumosas y claras ninfas.

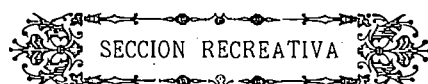
Una garganta del Sierro es un pintoresco panorama que abunda en belleza y ofrece vivo interés.

De Argelia

Continuamos hoy la inserción de los paisajes argelinos.

Esta magnífica serie de vistas da una idea a nuestros abonados de las costumbres, usos y paisajes de aquellos remotos países.

Una caravana y una calle en el Salmira argelino son los fotograbados que engalanan el presente número.



SECCION RECREATIVA

Casas nobles fundadas por comerciantes

Muchas grandes casas de la nobleza de Inglaterra, según hace notar un escritor inglés, han sido fundadas por comerciantes. Las del barón Ashburton, el conde Northook, el barón Revelstoke y la del conde Cromer, proceden de John Baring, que era tejedor de paños; la del duque de Northumberland, de Hugh Smithson, mercero; la del duque de Leeds, de Eduard Osborne, aprendiz de comerciante; la del duque de Bedford, de Henry Russell, propietario de lanchones de descarga; la del marqués de Northampton, de John Spencer, aprendiz de tejedor de paños; la del marqués de Ripon, de Robinsón, comerciante de Nueva York; la del marqués de Bath, de John O'th'Inne, posadero; la del conde de Craven, de Guillermo Craven, hijo de un labrador; la del conde de Denbigh, de Godfrey Fieldin, aprendiz de mercero; la del conde de Warwick, de Guillermo Greville, comerciante en lanas; la del conde de Dudley, de Guillermo Ward, aprendiz de platero; la del duque de Marlborough y la del conde Spencer, de John Spencer, herbajero; la del conde Carrington, de John Smit, pañero; la del conde de Radnor, de Lawrence de Bouverie, aprendiz de comerciante, y lord Mountstephen y lord Strathcona, fueron zagaes.

Cómo mueren los soberanos

ULTIMOS MOMENTOS DE REYES, EMPERADORES Y PRESIDENTES

Si interesante es conocer cómo han dejado esta vida todos los hombres que gozaron en ella de alguna celebridad mucho más importante es el saber cómo fueron los postreros instantes de los jefes de Estado. Nada, en efecto, pinta tan bien el carácter de un rey o un presidente de república como sus actos y sus palabras en los últimos momentos de su existencia.

El momento de la muerte nos dice, mejor que todos los actos de la vida, la vanidad de Nerón, la religiosidad de Carlomagno, el remordimiento de Carlos IX de Francia, la cobardía de Luis XVI y la nobleza y generosidad de Carlos III.

En España ha habido muchos reyes cuya muerte puede calificarse verdaderamente de ejemplar; pero ninguno ha llevado su humildad y fervor a los extremos que Fernando el Santo. Gravemente enfermo, en Sevilla, el insigne monarca comprendió que su última hora era llegada; y al ver entrar en su habitación al obispo de Segovia llevando en las manos la Sagrada Forma, arrojóse del lecho, hizo que le pusieran al cuello humillante dogal y, tras de recibir el santo viático, mandó retirar de su vista todo signo de majestad, diciendo: "Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo he de volver al seno de la tierra".

Muy y cristianamente también, aunque sin tan grandes manifestaciones de religiosidad, murió Jaime I el Conquistador. Sus últimos momentos fueron tan tranquilos, que durante ellos estuvo dando con toda serenidad consejos a su hijo el infante D. Pedro, indicándole la mejor manera de gobernar el reino en un sencillo discurso que comenzó con aquellas palabras tan sentidas y expresivas en los labios de un monarca moribundo: "Hijo mío, ya sois rey".

Con gran tranquilidad murió también Carlos V, cuyas últimas palabras fueron: "Ya es tiempo, ¡Jesús!". No fué tan feliz la agonia de su hijo Felipe II. Sabido es que este monarca, que como dice Lafuente, "había hecho estremecer muchas veces con su cabeza y con su pluma las regiones de dos mundos", murió en medio de horribles sufrimientos, corrompido el cuerpo antes de abandonarlo el alma. Sin embargo, su resignación y fervor cristiano fueron inmensos. En sus últimos instantes despidióse tiernamente de sus hijos, rezó un credo é hizo que le leyesen un

pasaje del Evangelio, durante cuya lectura dióle tal congoja, que todos le creyeron muerto. Pero aún se reanimó y besó muchas veces un crucifijo. Después, sin decir palabra y con sólo un ligero estremecimiento, dejó de existir.

España no es solamente en donde los soberanos demuestran conformidad con su muerte. Muchos jefes de Estado extranjeros han rivalizado con los españoles en este punto, entre ellos Luis XV de Francia, que dijo: "Cref que era más difícil el morir"; Alejandro I de Rusia, que murió pidiendo a los presentes perdón por las molestias que les ocasionaba con su prolongada agonia; Alberto, rey consorte de Inglaterra, y otros muchos. Entre las últimas frases de los jefes de república, es famosa la de Cromwell: "Mi deseo es apresurar todo lo posible mi partida". El presidente Mac kenley murió diciendo: "¡Más cerca, oh Dios, de ti!".

En cambio, han sido también muchos los soberanos que al morir han dado muestras inequívocas de terror y negro remordimiento. Cuéntase de la reina Isabel de Inglaterra que en medio de su agonia gritó: "¡Todo lo que poseo, por un momento de vida!" Y Carlos IX de Francia, recordando las sangrientas escenas de la *Saint Barthélemy*, exclamó al morir: "¡Cuántos crímenes, cuánta sangre! ¡Ah, cuánto mal he hecho!".

Felipe III tampoco murió muy satisfecho, pero demostró más resignación que miedo. "¡Vaya una cuenta que vamos a dar a Dios de nuestro reinado!", dijo a uno de sus ministros inmediatamente antes de expirar.

Muchos monarcas han muerto tan orgullosos como fueron en vida. Ya Vespasiano, pidiendo que lo incorporasen en su lecho de muerte, dijo aquellas célebres palabras: "Un emperador debe morir de pie! También están llenas de vanidad las últimas palabras del gran rey franco, Clotario I, que murió de fiebre pernicioso. "¡Quién puede ser—decía—ese rey del cielo, que se atreve a hacer perecer a los reyes más poderosos de la tierra?".

Ha habido pocos soberanos que hayan muerto sin su cabal conocimiento. Uno de ellos fué el gran Napoleón, que en sus últimos momentos parecía ver en su delirio la famosa batalla de Marengo, y exclamaba, mientras estrechaba contra su corazón las insignias de la Legión de Honor: "¡Hijo mío!... El ejército!... ¡Desaix!... ¡Cabeza de línea!".



G. AS EMPIRE
INTOR, DECORADOR
OFRECE AL PUBLICO SUS
SERVICIOS
CARTELES Y CUBRES ARTISTICOS
PARA EL COMERCIO
SE ENCARGA DE LA DECORACION
DE CASAS Y DE LA PINTURA DE VIDRIERAS
TALLER: CUA GERDE A GELASQUEZ
Nº 73

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
— ENFERMEDADES DE LA PIEL —
Vicios de la Sangre, Herpes, Aene.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

Modelos del frasco de las verdaderas

PILDORAS PURGATIVAS
DEL D^r GUILLÉ



Estas Pildoras con base de extracto de Elixir tónico antihemático del D^r GUILLÉ son empleadas con éxito como Purgativo y depurativo y en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gola, Reumatismos, Fiebres Palúdicas y Perniciosas, la Gripe o Influenza y todas las enfermedades ocasionadas por la Biliis y los Fleumas.

Dr Paul GAGE hijo, Farm.^a de 4^a Clase
 9, rue de Grenelle-St-Germain, Paris
Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

Con buen éxito.—Declara el Doctor J. Trujillo Arraval, Médico Director del Hospital de Beneficencia de Caracas: "He usado siempre con buen éxito la celebrada Emulsión de Scott".

Breve, pero significativa y saludable manifestación.

EXIJAN Vds.
UNA PILDORA BLANCA (o pastel) DEHAUT A PARIS Impresas en negro.
Las PILDORAS Purificativas y Depurativas del Doctor DEHAUT se toman al comer.
Ninguna Regimen. No más Dieta.
Las menos COSTOSAS por la gran potencia que tienen.



ANGELITA CEVA

LA EMULSION DE SCOTT LEGÍTIMA

"Angelita Ceva de la Paz, Bolivia, nació delicada y enfermiza. En su infancia se vió atacada de una anemia profunda que acabó de aniquilarla. Con frecuencia se acatarraba y las fiebres no la abandonaban.

Todos los cuidados maternos eran inútiles, se le propinaban remedios y más remedios y la niña peor que peor.

En tal estado se suspendió todo tratamiento y por indicación del médico se le administró la Emulsión de Scott Legítima. Desde el primer frasco se notó un cambio favorable. La niña empezó a adquirir carnes y fuerzas, su semblante de amarillento se volvió rosado y actualmente su salud es perfecta."

No se conoce en la historia de la medicina un preparado que reporte tanto beneficio á las criaturas enfermas como la Emulsión de Scott Legítima. Cuando se le administra con constancia, los resultados son maravillosos y seguros.

Es necesario no confundir la Emulsión de Scott Legítima con las imitaciones de pacotilla que venden algunos boticarios. La Legítima de Scott cura, y las imitaciones solo benefician al boticario que las vende.

Toda persona que tuviese que comprar un frasco de Emulsión de aceite de bacalao, debería procurar que llevase la marca que demuestra este dibujo, pues esta marca significa lo mismo que la marca de ley que se encuentra en las joyas de plata ú oro. Emulsiones que no llevan esta marca, son lo mismo que una prenda falsa, dorada ó niquelada, hechas de materiales baratos.



S 202

SCOTT & BOWNE, Químicos, Nueva York

INFLUENZA ★ **RACHITIS**
ANEMIA ★ **CLOROSIS**

VINO
AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

Granizo de colores

Aunque no sea una cosa frecuente una lluvia de agua colorada, se citan numerosos casos en que ha ocurrido este fenómeno; pero serán pocas, relativamente, las personas que hayan oído hablar de una granizada de color.

Sin embargo, esta rareza puede darse también, como lo demuestran ejemplos bastantes recientes. El día 14 de marzo de 1873, cayó en la

La cámara de oro del Sultán

El sultán de Turquía se ha dedicado á la fotografía, pero como su religión le prohíbe retratar seres humanos, Abdul Hamid no puede gastar placas más que fotografiando paisajes y monumentos arquitectónicos.

El aparato que emplea no tiene igual en el mundo. Lo ha construido una casa yanqui, y ha echado el resto en cuanto á lujo.

Todas las partes metálicas de

la cámara son de oro puro, y lo que en una máquina corriente es de madera, es de rico marfil en la del gran turco. El fuelle, en vez de ser de piel común y corriente, es de taflete blanco del más fino, forrado de terciopelo negro.

Tan magnífico aparato se guarda en un estuche de taflete blanco que tiene la cerradura y la llave de oro. Este capricho de potentado le ha costado al sultán la friolera de 51.200 bolívares.

NECESIDAD EN EL TOCADOR

DE TODA PERSONA DELICADA

DESEADO DESCUBRIMIENTO

EL JABON DE ROMERO DEL DR. LOBB

HA SIDO, DURANTE MUCHOS AÑOS, el más aceptado por las Señoras, Señoritas y Caballeros exigentes. No sólo por su pureza y por el riquísimo perfume y la abundante y fresca espuma que produce, sino también porque cura positivamente los Barros y las Espinillas del Rostro, las Irritaciones Cutáneas y la Caspa.

Precio:

3 y medio reales.



EL VERDADERO
REMEDIO

Homeopático
del Doctor Lobb
para la Anemia

como reconstituyente y robustecedor de la niña ó de la mujer raquítica ó aniquilada por alguna enfermedad. Produce ricos glóbulos sanguíneos, bella complexión, carnes frescas y líneas artísticas al cuerpo.

Precio: 3 y medio reales.

Consulte usted al

DR. H. W. LOBB

Nº 329, Nº 15 Pa. St.

Philadelphia, th. U. S. A.». El se lo enviará con gusto y desinteresadamente.—Pida el MANUAL DEL DOCTOR LOBB.—(Gratis).—El mejor amigo de la familia.

Agentes generales para Venezuela, Trinidad y Curazao,

SEÑORES H. THIELEN Y Ca.—Caracas.

(Esquinas de Coliseo y Llaguno)

Depósitos en las principales Farmacias y Droguerías de Caracas

Valencia, Herrera Hermanos.—La Victoria, H. J. Croes.—Maracaibo, José Pinedo y Ca.—Barquisimeto, Francisco A. Bolaños y Ca.—San Fernando de Apure, C. M. Laya y Ca. Sucesores.—Ciudad Bolívar, G. Scherling y Ca.—Puerto Cabello, M. Agreda.

HIERRO QUEVENNE Cura: ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
de PARIS.—El más activo y económico, el único Hierro VALIABLE en los países cálidos
Exigir el Verdadero con el Sello de la "UNION DES FABRICANTS".—14, R. des Beaux-Arts, Paris

Toscana granizo de color de naranja.

En Minsk (Rusia) se dió el caso, en 1880, de una granizada bicolor: unos granizos eran rojos y otros azules, como bolitas de añil, resultando un espectáculo maravilloso. Cinco años más tarde, en mayo de 1885, el mismo fenómeno se verificó en Castlewella (Irlanda). Esta vez el granizo era totalmente encarnado, ni más ni menos que si fuese una lluvia de cerezas.



PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILLORE, DUSSEY**. 1, rue J.-J. Rousseau, París.

**COLORES
PÁLIDOS
AGOTAMIENTO**

**GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU**

**El mejor y más económico
Ferruginoso.**

CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS

**AVISO A
LAS SEÑORAS**

**EL ANIOL DE LOS
JORET HOMOLLE**

**CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS**

**Fca G. SEGUIN, PARIS
165, Rue St-Honoré, 165**

Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**PÍLDORAS
MOUSSETTE**

**Neuralgias
Jaqueca
Ciática.**

CLIN Y COMAR - PARIS
En todas las Farmacias.

Hacer crecer al hierro

El Instituto de Franklin ha concedido la medalla de oro de Eliot Cresson al inventor de un procedimiento nuevo, por medio del cual se consigue hacer crecer al hierro.

El procedimiento se reduce á calentar y enfriar cierto número de veces, hasta determinadas temperaturas, el lingote que se trata de hacer crecer, y según noticias, los resultados que se obtienen son en extremo sorprendentes y extraordinarios.

Ante la sección de ciencias mecánicas de la Asociación Americana fueron presentados dos lingotes de hierro fundido para que los sometiesen á una inspección previa, y des-

pues se hizo crecer á uno de ellos mediante el nuevo sistema de un modo gradual, en dimensiones cúbicas, hasta que llegó á ser un 46 por 100 más grande que el lingote que se dejó para hacer la comparación, pero no aumentó nada en peso después de la expansión. Luego, se trabajaron ambos lingotes por un lado para dejar al descubierto su contextura y su aspecto metálico, y resultó muy difícil observar diferencia alguna entre ambos, excepción hecha de la del tamaño, que era muy visible.

Dícese que ya se han descubierto importantes aplicaciones prácticas de tan notable descubrimiento.

Después de probar todos los engañosos remedios que se anuncian es cuando más se agradece la eficacia **RADICAL** del **Digestivo Mojarrieta**, cuya superioridad está universalmente confirmada en las enfermedades del estómago.

Además de ser el único curativo radical del estómago y del intestino, el **Digestivo Mojarrieta** purifica los alimentos y los hace asimilables. Está universalmente confirmada la superioridad del **Digestivo Mojarrieta** y millares de testimonios verdaderamente honorables demuestran que éste es el único medicamento que cura en un día las Indigestiones, en un mes las Dispepsias ó Gastralgias y en tres meses las más graves enfermedades crónicas del estómago y del intestino.

Se debe exigir que cada hostia tenga grabado el nombre **DIGESTIVO MOJARRIETA**.

De venta en la Farmacia de **Valentiner y C^o**, Caracas; y en las principales Droguerías de Europa y América.



**VINO
NOURRY**

YODOTÁNICO
á la vez

Depurativo y Fortificante.

**DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO**

El **VINO NOURRY** reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las **Mujeres** (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los **Niños** (escrófulas, usagres, etc.).

SE VENDE

F. COMAR & FILS EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

Jarabe de Digital de **contra las diversas**
LABELONYE **Afecciones del Corazón,**
Empleado con el mejor éxito. **Hidropesías,**
Tos nerviosas,
Bronquitis, Asma, etc.

HEROSTATICO el mas PODEROSO
SOLUCION TITULADA
Las **Grajeas** hacen mas
facil el **labor del parto** y
detienen las **pérdidas.**
AMPOLLAS ESTERILIZADAS
por **inyecciones Hipodérmicas**

Ergotina y Grajeas de
ERGOTINA BONJEAN

Medalla de ORO de la S^{ad} de F^a de París.
LABELONYE y C^o, 89, Rue d'Aboukir, PARIS y en TODAS LAS FARMACIAS.

J. M. HERRERA IRIGOYEN & Ca.,

EDITORES PROPIETARIOS DE "EL COJO ILUSTRADO",
OFRECEN EN VENTA LA OBRA

**"Colón y su desenbrimiento; el Nuevo Mundo
ó la Gran Colombia",**

por **D. FELIX E. BIGOTTE;**

edición de lujo; 3 volúmenes en 4^o; papel vitela, grabados
en colores, con dos fac-símiles cartas de Colón,

A Bs. 24, LA OBRA A LA RUSTICA

DEPÓSITO GENERAL EN CARACAS

Las órdenes del Interior de la República, deben venir
acompañadas de B^o 4 más, para el franqueo.

El importe debe remitirse en estampillas de correo ó en
letra de fácil cobro.



Propiedades del Avena-Cacao

El Avena-Cacao fabricado por los señores Fullie & Ca. marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuño y Ocumaro, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El Avena-Cacao marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA
Phosphadine Fullie

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

Gente que se viste al
estilo del siglo XVI

En la aldea de Munsiedel existe una fundación caritativa de lo más curioso que puede darse.

Un vecino de dicho pueblo, llamado Cristóbal Wagner, que falleció en 1451, dispuso al morir que su fortuna se emplease en el sostenimiento de un asilo de

ancianos, á condición de que todo viejo recogido en él llevase siempre la barba, el traje y el sombrero de la misma forma que el fundador los llevó en vida.

A consecuencia de semejante disposición testamentaria, desde hace cuatrocientos cincuenta años se ven todos los días por las calles de Munsiedel ancianos vestidos á la usanza del siglo XV.



FÁBRICA
DE
MOSAICOS,

ORNAMENTACION Y PIEDRAS ARTIFICIALES

14 AÑOS DE ÉXITO

ES LA MEJOR RECOMENDACIÓN

RESPONSABILIDAD EN TODOS SUS TRABAJOS

Colores firmes é imborrables en sus Mosaicos

Está la Fábrica abierta todos los días de 7 a. m. á 6 p. m.

Puede visitarla todo el que guste ver cómo se construyen los diferentes artículos que se fabrican.

Siempre hay en depósito de 3 á 4.000 metros de Mosaico.

Dirección: Avenida del Paraíso — al lado de la Plaza de la República.

Teléfono N° 2.181.

Apartado de Correo N° 81.

NO TIENE SUCURSALES

Toda orden es atendida inmediatamente

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE MEDICINA DE PARÍS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las ENFERMEDADES DEL PECHO, las TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS, las BRONQUITIS CRÓNICAS.

L. PAUTAUBERGE, 94, Rue Lacuvée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfíense de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

Los cigarros más
caros del mundo

Los cigarros más caros que se fabrican en el mundo son para los Rothschild. Cada uno de ellos viene á costar doce bolívares, y se denominan «Soberanos de Henry Clay.»

Se presentan envueltos en hojas de oro puro dentro de estuches de cedro con incrustaciones de marfil, y aunque de forma tosca y color negro, tienen un aroma de lo más excelente que se puede imaginar.

Los cigarros que fuma el rey Eduardo de Inglaterra, aunque caros, cuestan poco más de la mitad que los que convierten en ceniza los Rothschild.

OMEGA

Níquel corriente.....	5,	Acero corriente dos tapas.....	6,50
Níquel chato.....	6,	Acero chato dos tapas.....	8,50
Acero corriente.....	6,	PLATA desde.....	9,
Acero chato.....	8,	Enchapados desde.....	10,

UNICOS AGENTES,

GATHMANN Hnos.

DR. L. HERRERA MENDOZA
(ABOGADO)

Ofrece al público sus servicios profesionales

Dirección: Coliseo á Peinero N° 45.

Teléfono número 1319.

"EL COJO ILUSTRADO"

Revista Literaria Ilustrada
CARACAS - VENEZUELA

Aviso para el exterior:
(América del Sur,
América del Norte
y Europa)

Las personas del Exterior que deseen suscribirse a EL COJO ILUSTRADO, pueden obtenerlo dándonos aviso directo.

Para facilitar el pago de la suscripción POR UN AÑO, que debe ser anticipado, señalamos las casas mercantiles, cuyas direcciones se indican al pie de este aviso. A cualquiera de ellas puede enviarse el valor en libranza a su favor en la moneda correspondiente.

En París: Francos 48

L. Theodor Ravelo - 15 Rue de Trévise.

En Barcelona de España - Pesetas 48

J. Puig Corvé - Paseo de Gracia 69

Hamburgo - Marcos 38,70

Wolfers & Pontt. - Fischmarkt 11.

New York - Fts. oro 9.23

De Sola Bros. & Pardo. - 130. - Pearl Street.

BAÑOS HIDROTERAPICOS

FRENTE A LA ESTACION DEL FERROCARRIL DE LA GUAIRA

La Hidroterapia cura: La Dispepsia, y todas las enfermedades del tubo digestivo: Friaedad habitual de las extremidades. Detenciones del desarrollo. Perturbaciones de la menstruación; La anemia crónica del cerebro. Impotencia, Neurastenia, Histeria. Dolores habituales de cabeza; las enfermedades del hígado; dificultades de la respiración; las enfermedades crónicas del centro nervioso; todas formas de Neuralgias; La Hidropesia; conviene en la convalecencia de las enfermedades agudas; las enfermedades del bazo, el estreñimiento, el Paludismo crónico, el Beri-beri, la Obesidad, etc., etc.

Es el más poderoso de los reconstituyentes

Este establecimiento, provisto de los mejores aparatos, está abierto al público bajo la dirección de su propietario, doctor R. Soucy, quien para dar mayores garantías de orden y regularidad, ha trasladado el domicilio de su familia en el dicho edificio.

PRECIOS MODICOS

TIPOS

SIEMPRE NUEVOS

los que se emplean en EL COJO para las ediciones finas

Surtido espléndido y numeroso de tipos de toda especie, para todo género de trabajos.

Víñetas, adornos, escudos de todas las Naciones del mundo, alegorias de los diferentes ramos del comercio, de la agricultura, de la cria; alegorias de las artes y las ciencias, etc., etc., etc.

De todo, absolutamente de todo hay en EL COJO para cualquier trabajo, desde el más insignificante hasta el más laborioso y delicado.

Por su abundancia, por lo escogido de sus materiales, y por el esmero y arte en sus trabajos, LA EMPRESA EL COJO es el primer establecimiento de su género en el país.

LIVERPOOL CASA DE MODAS

Confeción de trajes y sombreros

EN ARTICULOS DE LUJO ES LA PRIMERA CASA DE CARACAS

SU SURTIDO DE SEDERIA ES LO MEJOR QUE SE IMPORTA EN EL PAIS

Magníficas telas para trajes, Satinées, Batistas, etc., etc.

Cristalería, porcelana, columnas con sus potes para decorar salones, lámparas altas con pie de bronce, cuadros con pinturas al óleo, alfombras, cortinas, muebles de fantasía, damascos de seda.

PERFUMERIA DE TODOS LOS FABRICANTES

OBJETOS DE ARTE Y DE LUJO PARA REGALOS, ETC., ETC.

GRADILLAS A SAN JACINTO No. 4

Juan Manuel Díaz & Ca.

LIBROS A LA VENTA

En la EMPRESA EL COJO y en las principales Agencias de EL COJO ILUSTRADO

	PRECIO PARA CARACAS	PRECIO PARA EL INTERIOR		PRECIO PARA CARACAS	PRECIO PARA EL INTERIOR
Juan E. Arcia			Andrés Mata		
Vestigios.....	Bs. 2.50	Bs. 2.75	Idilio Trágico (Poema).....	Bs. 1.	Bs. 1.25
Ismael Enrique Arciniegas			Gerónimo Maldonado, hijo		
Poesías.....	Bs. 5.	Bs. 5.50	Episodios.....	Bs. 3.	Bs. 3.
Jacinto Añez			José Núñez de Cáceres		
Trizas de Poemas.....	Bs. 2.	Bs. 2.50	Latín Clásico.....	Bs. 3.	Bs. 3.50
Rufino Blanco Fombona			Los nuevos Petrarca y Laura, y El Infierno Prenumerando.....	Bs. 0.50	Más el porte.
Trovadores y Trovas.....	Bs. 3.	Bs. 3.25	V. M. Ovalles		
Cuentos de Poeta.....	" 2.50	" 2.75	"El Llanero".....	Bs. 2.50	Bs. 2.75
Más allá de los Horizontes.....	" 2.	" 2.50	Miguel Eduardo Pardo		
Contes Américains.....	" 4.	" 4.50	Volanderas.....	Bs. 3.	Bs. 3.
Pequeña Opera Lírica.....	" 2.50	" 2.75	Francisco de Sales Pérez		
Cuentos americanos (Biblioteca Mignon).....	" 1.	" 1.25	Ratos Perdidos (nueva edición).....	Bs. 3.50	Bs. 4.
José Antonio Calcaño			Gonzalo Picón Febres		
"Dos Fieras" (novela) 2ª edición.....	Bs. 1.	Bs. 1.25	El Sargento Felipe (novela).....	Bs. 3.	Bs. 3.25
Pedro-Emilio Coll			Flor (novela).....	" 2.	" 2.25
El Castillo de Elsinor.....	Bs. 2.50	Bs. 3.	Victor M. Racamonde		
Julio Calcaño			Mis Versos.....	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Parnaso Venezolano (600 páginas).....	Bs. 3.	{ más el porte.	Baldomero Rivodó		
" " Empastado.....	" 4.		Entreteneamientos Filosóficos y Literarios (tercera edición).....	Bs. 4.	Bs. 4.50
Manuel Díaz Rodríguez			Voces y Locuciones extranjeras.....	Bs. 3.	Bs. 3.50
Confidencias de Psiquis.....	Bs. 3.	Bs. 3.	Máximo Soto-Hall		
Sangre Patricia (novela).....	" 3.50	" 4.	"Chispas Venezolanas".....	Bs. 1.	Bs. 1.25
Dr. Anibal Dominici			Felipe Tejera		
Comentarios al Código de Comercio, á la rústica.....	Bs. 14.		Manual de Historia de Venezuela (cuarta edición).....	Bs. 4.	Bs. 4.25
Idem idem empastado.....	" 18.		Juan C. Tinoco		
Pedro César Dominici			Album de Viajero.....	Bs. 3.	Bs. 3.25
Ideas é Impresiones.....	Bs. 3.	Bs. 3.	Doctor Elías Toro		
El Triunfo del Ideal (novela).....	Bs. 2.50	" 2.75	"Por las Selvas de Guayana" (con grabados)	Bs. 5.	Bs. 6.
Dr. A. Ernst			José Ignacio Vargas Vila		
Las Familias más importantes del Reino Vegetal (especialmente las que están representadas en la FLORA DE VENEZUELA).....	Bs. 2.50	Bs. 2.75	Bustos y Medallas.....	Bs. 1.50	Bs. 1.50
Alejandro Fernández Garofa			Sueños Azules.....	" 1.	" 1.25
Oro de Alquimia.....	Bs. 2.	Bs. 2.25	Del Opio.....	" 4.	" 4.
J. M. Galindez			Carlos A. Villanueva		
Tinta Roja.....	Bs. 2.	Bs. 2.25	París.....	Bs. 3.	Bs. 3.
José Gil Fortoul			César Zumeta		
Pasiones.....	Bs. 1.50	Bs. 1.75	Escrituras y Lecturas.....	Bs. 3.	Bs. 3.25
Emilio Constantino Guerrero			Empresa El Cojo		
Campaña Heroica.....	Bs. 2.50	Bs. 3.	Tablas de Derechos de Aduana, calculados ya, desde 0.025 gramos hasta 1.000 kilos para cada una de las clases arancelarias. En pesos y en bolívaros.....	Bs. 10.	
Sangre Patria.....	" 2.50	Bs. 3.	Plano é Indicador de Caracas.....	" 2.	
Lucía (novela).....	" 2.	Bs. 2.25	Tablas de Monedas.....	" 1.	
F. Jiménez Arráiz			Almanaque de pared, astronómico y religioso.....	" 20.	gruesa.
Del Vivac (2ª edición).....	Bs. 3.	Bs. 3.25			
Miguel Mármol (Jabino)					
Tiros al Blanco.....	Bs. 1.50	Bs. 1.75			
Pólvora y Taco.....	Bs. 1.50	Bs. 1.75			

EN LA EMPRESA EL COJO

Hay siempre á la venta los artículos comprendidos en la lista impresa por orden alfabético, que se envía á quien la solicita

TIPOGRAFIA ESPECIAL

SE SIEMPRE RENOVADA

Ediciones de obras á todo lujo—Ediciones elegantes—Ediciones económicas—Acciones de Compañías—Billetes de tranvías y ferrocarriles—Libranzas—Etiquetas—Facturas—Libros talararios—Carteles—Hojas volantes—Listas de precios—Circulares—Conocimientos de embarque—Guías—Timbres de papeles y de sobres y Récepas—Participaciones de matrimonios, y ofrecimientos—Felicitaciones—Bautismos—Comuniones

TARJETAS AL MINUTO

Tarjetas comerciales—Tarjetas de agradecimiento—Folleto—Periódicos—Cheques de Banco—Programas de Baile—Menu para banquetes—Almanaques Y cuanto trabajo fino, delicado, artístico y de capricho, se requiera en el arte tipográfico.

FOTOGRAFADO

Se hacen ellos conforme á los originales que el interesado presente; y á precios muy económicos

LIBROS EN BLANCO

Los fabricamos de cuentas; para actas para facturas; para balances; para inventarios; para relaciones de gastos semanales; Indices; Copiadores, etc., etc. Existencias de libros de todos tamaños y clases.

Y se hacen á la orden, de rayados especiales como lo indique el interesado

FABRICA DE SOBRES

Se fabrican en EL COJO sobres de todos tamaños, de papel superior, y se presentan del modo más conveniente para los detalladores. Se envían muestrarios y tarifas á quien lo desee

FABRICA DE GOMA LIQUIDA

PARA OFICINAS

En frascos de vidrio, con cápsulas de metal y pincel correspondiente. Ventas por mayor y al detal.

MATERIALES

para encuadernadores, impresores, dibujantes, pintores, etc.

PAPELERIA

Toda clase de papel para oficinas públicas, escritorios, impresores y encuadernadores.

ARTICULOS DE ESCRITORIO

Burtido completo de las principales fábricas de Europa y Norte América. Cuanto se desee en este ramo.

ARTICULOS ESPECIALES y de FANTASIA

un gran número de artículos de esta especie.